Roma V. Brann

Al final éramos magia

Todo está finamente conectado



t!)


Roma V. Brann
Al final éramos magia
Todo está finamente conectado
t!)

Al final éramos magia

Ocho años han pasado desde aquella famosa noche de festival en donde sus vidas cambiaron y ahora todo parece haber dado giros inesperados. Alina y Meme han estado separados y en diferentes partes del mundo. La vida los ha puesto a prueba y han sabido crecer alejados uno del otro. Pero lo que parece ser un encuentro accidental se convertirá en algo más, al entender que nunca se olvidaron, que nada es totalmente casual y que son parte de un plan mucho mayor.

Todo, absolutamente todo, está finamente conectado.

11:11



t!)
(tinta libre)
ediciones



Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Diseño de interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Corrección de interior: Giuliana Farinati.

Brancati, Romina Verónica
Al final éramos magia : todo está finamente conectado / Romina Verónica Brancati. - 1a ed. - Córdoba : Tinta Libre, 2024.
176 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-824-905-6
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio,
total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.
Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y
distribución por internet o por cualquier otra red.
La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad
de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2024. Brancati, Romina Verónica
© 2024. Tinta Libre Ediciones

A Cayetano

El término sincronía se emplea con referencia a la coexistencia o combinación de sucesos en un mismo periodo temporal. La sincronía, por lo tanto, implica que ciertos hechos se desarrollan simultáneamente o de manera concordante.

'Coincidencia de hechos o fenómenos en el tiempo'.

(Real Academia Española, s. f., definición 1)

'Coincidencia, correspondencia de varias circunstancias en el tiempo.

Serie de acontecimientos en una época determinada de la historia'.

(The Free Dictionary, 2016)

En el plano espiritual la sincronía consiste en una simultaneidad de la realidad exterior que aparece para hacer visible lo que venía incubando nuestro mundo interior.

(En el aire Blog)

Para mí la sincronía fue lo que
me llevó a saber quién soy.

Roma V. Brann

Agradecimientos

Esta es la historia de la espera más larga de mi vida. Y, en esa espera, me han ayudado sobremanera mis lectores. Ellos, que me incentivan a no abandonar el hermoso arte de escribir, a seguir contando historias.

Agradezco, por supuesto, a mi familia, que incondicionalmente ha sabido darme el amor y la caricia.

A Tomás, que es mi vida entera.

A Gabriela, por sostenerme.

A Thiago, por los mates y las risas.

A Ailín, porque con tu magia regás cada instante.

A mis padres, por dejarme la huella de arriesgar siempre pase lo que pase.

A Úrsula Gil, por acompañarme en este trayecto, paso a paso, como profesional, como amiga, como confidente.

A Agustina Ques y a Mariana, ambas con su profesionalismo y compromiso, me han animado a transitar un camino no antes transitado.

A Martín Olgiati y a Flor Torres, por el arte impecable de siempre.

A Matías Ojea, por sostener el partido de Meme con tu visión de deportista y periodista.

A Juan Antonini, por sus relatos de futbolista.

A Guido Bottaro, por el amor incondicional, por ver en mí lo que yo no podía ver.

A Maximiliano, por conocerte, por la sonrisa, por aquellos días.

A mis fieles compañeros de siempre…

Y a Sam, por acompañarme cada noche escribiendo.

Gracias totales.

Prólogo

Los días de Alina & la lectura en biodescodificación

Ha aprendido a los golpes a verse reflejada en todo cuanto le ocurre. Por momentos creyó que el universo, padre, Dios creador habían truncado o bloqueado su destino, su "maldita" suerte. Descreyó del amor por afirmarse en el miedo. Se volcó a su lado oscuro y triste para desafiar a todo cuanto se le cruzara. No fue la casualidad ni el destino, sino la causa quien le dio una importante lección…

—Y yo, ¿qué hago ahora? —pregunta Meme.

—No, y yo, ¿qué hago ahora? —contesta Alina.

Soy un plan de acción que activo como mecanismo de supervivencia, ya sea supervivencia al recuerdo, al amor, o para sentir mi cuerpo y tomar protagonismo.

¿Qué sucede cuando otro es capaz de amarme en mi oscuridad? Nos preguntamos o sacamos conjeturas sobre si el amor nos arma o nos desarma, nos completa o nos deja a medias, pero jamás nos preguntamos si integramos esas dos polaridades, si lo intentamos, si somos capaces.

El universo se mueve como un péndulo y todo, cuanto sucede, tiene un fin. Cada causa tiene su consecuente. Cada caso tiene su historia. Cada historia es un mundo y en ello no deberían entrar juicios, sino desarmar el verdadero sentir para poder habitarlo.

¿Quién podrá una vez amarme? Amarme tal cual soy. Alina; Alina Mars. Alina, que en su nombre posee "el todo" y lo descodifico, pues. *All in*: todo está aquí dentro, Alina, en tus adentros, eres tu propio Dios, Alina Mars, que no sabe, pero inconscientemente arrastra la frecuencia de energía de ese Marte furioso, creador, de acción, ese dios de la guerra.

Batalla con todo. Si hay algo que nos ha enseñado esta historia es a batallar.

Alina se desencuentra en su propia historia, se hace cargo de las situaciones confusas e incoherentes de los demás. Se entristece al no sentirse correspondida. No la culpo, nos refleja a varios leer su historia y entender que su memoria es de abandono.

Su padre se ha ido… ¿Qué podríamos pedirle a una niña que ha sido abandonada? ¿Qué esperamos de una niña que ha sufrido la falta de amor, la falta de mimos, de abrazos?

¿Por qué somos tan jodidamente exigentes? ¿Por qué exige Alina? ¿Por qué se enoja Alina? Su enojo, su reproche, su exigencia no es más que el reparo de todo aquello que no pudo una vez tener, pero que en su interior permanece vacío. Vacío que suple, llena y repara cuando deja ir a Meme. Pero… ¿quién o qué es Meme, en realidad? Una partícula de ella misma proyectándose en el afuera, un arquetipo de vínculo maestro, un espejo que marca causa-consecuencia, que la encuentra con el reparo de lo que alguna vez y para siempre debemos aprender: soltar. Un espejo que se lo proyecta una persona que puede, incluso, tener menos años de edad, pero ser igualmente de sabia.

Meme —y lo descodifico: Me-me, yo y yo—. Soy yo y yo; primero, en mi universo, lo que

debo “resolver”, todo cuanto habito o falto está primero en mí.

El universo no hace más que proyectarnos aquello que tiene que estar cerca, en nuestra sincronía, momento y lugar para por supuesto dar paso al camino que está trazado. Recuerden: todo por algo es y tiene una función, aunque nos “calentemos” (este término pueden aplicarlo a todo).

Su propia historia le pide tomar protagonismo desde niña. Niña que decide habitar en el momento en que responde ante su padre. Niña que tiene que aprender a abrazar (y a abrazarse ella sola) para poder dejarla ir. Su historia le pide que ¡crea! Los personajes de dicha historia intentan despertarla, a sincronías, a anécdotas, incluso a golpes. Que crea en la magia (que alguna vez perdió) y en las verdades, como lo hacen los niños. Después de todo, Alina siempre recuerda que quien nos falla también está atravesando una herida.

Antes o después, “será mía la pista”. Alina sigue preguntándose qué paso es el que tiene que dar, pues, recuerden, no tuvo quien la guiara, pero sí tuvo quien la abandonara. No es justo, ya lo sé, pero así pactado el destino fue; y ahora, de los escombros, solo queda volver a construir.

La línea de tiempo se pausa y se estanca siempre en aquellos momentos en los que hemos padecido un *shock*, allí mismo es donde se instala la memoria, el recuerdo de algo que nos queda atravesado en las entrañas y allí mismo es donde hay que volver. Un tiempo antes o un tiempo después, para vernos nacer. Para construir.

“Respiro profundo, cargo mis pulmones lo suficiente como para tomar el coraje necesario o ahogarme en angustia. Voy al salón, voy al club, voy a casa, voy (o vuelvo) a mi sentir. Vuelvo a mí”.

Antes o después: 8 años antes, 8 años en el medio y 8 años después. La línea cronológica de esta historia se teje en 8, pues se abre al infinito, a las causalidades, a las preguntas con y sin respuestas, al aprendizaje, a la sincronía. ¿No es acaso sincrónico que viaje en sus recuerdos de 8 en 8? ¿Qué vivió Alina a sus 8 años? ¿Será esta su primera memoria de abandono? ¿Notamos que, a los 8 años de Alina, su amor (Meme) está naciendo? ¿Cuántas sincronías nos suceden y no vemos por el simple hecho de no estar conectados al todo?

El camino que cruza es aprendizaje que la lleva a darse cuenta de que todo cuanto su padre ama, ella odia, como queriendo inconscientemente habitar ese lado rebelde de “aunque tú lo ames, yo lo odio, porque no quiero estar conectada con tu abandono”. Pudiendo así afirmar que esa infancia, que ha quedado herida, aún llora, y que cualquier cosa es mejor que respetar ese legado paterno. Lo que muchas veces no sabemos es que el universo de historias nos llenará siempre y cuando uno no sane su nido. La carencia afectiva, la desilusión, el reproche, el aviso, el abandono se hacen presentes en estos días; en los días que precisamente ella atraviesa. Se hacen presentes en su escuela, en su festival. Ha atravesado un sinfín de historias tristes y horrorosas que han de ser una excusa perfecta para seguir llorando.

Pero ahora la niña tiene que crecer. Se da cuenta cuando deja de tener la piedra en el zapato y esa piedra aumenta su tamaño, adquiere forma de pelota y golpea directamente en su cabeza.

Despierta, Alina, es momento de sanar. Ira, bronca, insultos, llanto, vacío... Cuando todo está perdido, ya no tengo nada que perder. Cuando llego a lo profundo de mi vacío, puedo verme

completamente desnuda y puedo empezar a observarme desde mi carencia. Pues, ¿qué necesito entonces? ¿Qué quiero? ¿Qué busco o reclamo en los demás? ¿Es esto una señal? ¿Me están solicitando que retome mi camino, que aborde mi pasión? ¿Por qué me interpela tanto que otros sí puedan hacerlo? ¿Quién va entonces a verme esta vez? ¿Se volverán a reír de mí?

¿Qué importa? Estoy jugando con fuego. ¿Esto es real?

¿Es real lo que siento? Quiero y merezco gritar, llamar la atención porque alguna vez me sentí *nada* y hoy quiero serlo *todo*.

Me veo reflejada en alguien que también tiene su infancia herida. Sus 17 o 18 años me hacen recordar los míos, tomo la fuerza de ese joven, de ese niño por querer parecer o convertirse en un adulto. Y me duele, claro que me duele, pero... ¿por qué me duele? ¿Qué veo en él que también está en mí? ¿Por qué quiero cuidarlo? ¿Por qué lo amo con tanta fuerza?

¿Cómo reaccionamos ante nuestros espejos? ¿Ante aquello que inevitablemente el universo nos está mostrando todo el tiempo y no le hacemos causa?

"Decidir es un acto de locura". Decidir sobre uno mismo es un acto de locura y también de valentía. ¿Cuántos fastidios, cuántos amores dejaré que me fallen para convencerme de que esta es la falsa fidelidad a la que estoy arraigada? ¿Cuántas veces permitiré que me desvaloricen para que otros salgan victoriosos a causa mía? ¿Puedo reconocer, acaso, que el primer amor que puede fallarme es el de mis padres? ¿El de mi padre abandonándome? El resto es la nada misma, es aprendizaje, todos cargan con su herida, con su llanto, con su angustia. Algunos no actúan como "deberían", pero… Cada familia es un mundo lleno de historias. ¿Qué podríamos reclamarle al otro si yo no me reclamo a mí misma? ¿Qué reclamar y para qué? ¿Qué busco con ello? Tengo que definirlo, porque reclamar es tomar partido. Partido, partidazo como el que se juega Meme. ¿O será el que se juega Alina? ¿Qué más da? Son lo mismo.

Escribo desde mí y escribo desde Alina, justamente todos somos espejo y hoy podemos ser uno. Puedo ser yo (o Meme) y preguntarme: ¿qué encuentro en los hombres de esta historia que también está en mi padre? ¿Por qué el universo atrae o deposita a quienes tienen partes de él? ¿Por qué mi padre no pudo antes amarme? ¿Acaso necesito preguntárselo o basta con sentarse en un banquito frente al muro de las promesas a contemplar que la vida sigue, que la vida pasa, así, sin más, y que hay que aprender a tomar todo cuanto tenemos hoy? Tomarlo con amor, abrazarlo, honrarlo, caminarlo, vivirlo.

Y, entonces, retruco: ¿pudo Alina amar a su padre? ¿Puede ahora? ¿Puedo yo? ¿Puede Meme? ¿No es la fidelidad de esta historia más que un sinfín de sincronicidades que se envuelven y desenvuelven solas para llevarnos a destino?

El destino no está ni bloqueado ni entorpecido, no está detenido, todo simplemente sucede, si le damos lugar, ya que:

"No puedes pasarte la vida negando el amor tan solo porque no soportas lo que acaso este conlleva".

"El amor es un regalo, ocasionalmente puedes tener la maravillosa fortuna de que sea mutuo, pero que no lo sea no significa que deje de ser un maravilloso regalo. Doloroso, pero increíble".

Amar duele, claro que duele. Quizás el universo encuentre esta forma de expresarse en esta

historia, dándole lugar justamente a ese dolor que nos causa amar. El amor, a veces, también es una falta, una ausencia: te dejo ir porque te amo. Te dejo ir porque no puedo darte lo mejor de mí, y es allí donde surge en parte la sanación. La niña deja de ser niña. Se sabe en soledad. Aunque se enoje, le toca crecer. Nos toca crecer. La soledad trae un vacío que también hace espacio y en ese espacio es donde se abre la conciencia. La niña se da cuenta que creció entre angustias, abandonos y mucho apoyo materno. Se da cuenta de que, al fin y al cabo, la vida sigue su curso y que no podemos depender de otros para sentirnos plenos. Por ello “mi reclamo”.

Es en la ausencia en donde Alina pudo encontrarse en lo que dicen “mi lugar en el mundo”; haciendo sola, pero estando en compañía. Los aplausos son la nueva melodía del triunfo. De ese carro que nunca dejó de avanzar. Alina se leyó el destino, solo que no se había dado cuenta de ello. Su cuestionamiento interno-externo fue lo que la ha ayudado a habitarse.

¿Acaso no está el universo aplaudiéndome porque aprendí una lección? La línea de tiempo se detiene y viajo en ella veinte años atrás. Vuelvo a mi infancia, soy Alina, veo a esa Alina, a esa niña llena de sueños. ¿En dónde estoy? ¿Estoy en casa? ¿Estoy con papá? ¿Estoy en la cancha? ¿En mi pista de patinaje? ¿Quién me alienta? Observo. Son todos, pero hoy soy yo misma. Necesité hacer este viaje para poder encontrarme. Para poder ir a buscarme y darme la mano. Nos pesa la nostalgia. Al final comprendo que todo parte de algún lugar. Que dejar ir tiene que ver también con integrar. Y que integrar tiene que ver con sanar.

Busco a mi padre, encuentro mi refugio, dejo ir a aquel chico que hoy es un hombre. Lo veo en mi mirada, comprendo su historia, me veo en él. Me abrazo. Lo abrazo con mis ojos. Vuelo a él, vuelvo a mí. Estoy en mi refugio, he dado a luz. El amor puede desarmarte, por completo, pero puede también juntar todas tus partes rotas en un solo abrazo, en una risa, en un amor, para poder construir un nuevo capítulo, un nuevo libro, un nuevo caminar.

Hoy empiezo con el pie derecho, que alguna vez lastimé, acompasando mi paso con mi pie izquierdo, que alguna vez dejé atrás.

Úrsula Gil

Lic. en Biodescodificación

Al final éramos magia

Capítulo 1

Se apoya algo cansada en las sillas nórdicas de la cocina que Jija tanto amaba. Está del otro lado de la mesa azul marino, la misma donde solía tomar ricos desayunos e idear grandes planes de amores fallidos. Allí mismo le había entregado aquel famoso par de patines de talle 36 y ruedas número 57 que terminó por darles la gran revancha nada más ni nada menos que allí, en el famoso Gran Salón. Pero esta vez es diferente. O quizás no, quizás esta vez sea similar. Porque aquella vez lloraba desconsolada por Piper y ahora, ahora no sabe muy bien por qué llora, pero llora con el corazón latiendo igual que hace años atrás.

Son las 11:11 p. m. Hace pocos días ha despedido a Maite en la casa, todo ha sido una vorágine que le comió el alma. Hace un minuto estaba impecable, no se le caían las lágrimas a borbotones como ahora, o por lo menos aparentaba bastante bien el nudo en la garganta. Todavía relucían sus pestañas y podía pararse y simular frente al mundo ser la Alina que siempre todo lo puede. En esta que se ha convertido de pronto y que, a los ojos del mundo, parece segura, reluciente, increíble; la que cada tanto apenas se permite equivocarse, errar. La que está en los detalles, la inteligente, la resiliente, dirían todos. Pero lo cierto es que puertas adentro es batalla. Lo cierto es que está aterrada, el amor la aterra. Ha saltado a lo incierto. La incertidumbre de haberse equivocado o no le anuda también el pecho.

«Cuando el dolor ya está instalado hondo y arremete, aférrate a tus sueños», recuerda en palabras de Jija. Hoy todo se resume a Jija. Por Jija estuvo en aquel salón antes y también después. Si la vieja cascarrabias no hubiera sido tan insistente y ponzoñosa en el acto de que persiga sus sueños, nada hubiera pasado. A Alina le habían enseñado muy bien a no rendirse y eso mismo era cada tanto su milagro y cada tanto su condena.

Tiene los ojos hinchados y negros por el maquillaje corrido, y de horas sin dormir pensando. Fantasea demasiado, pero aprendió a bajar a la tierra porque así lo requiere el vivir. No evita cada tanto viajar por las nubes un rato y descansar de la exigente que lo quiere todo perfecto. «La perfección no es un valor», piensa, pero le cuesta el suspiro.

Tiene sus manos en el medio del alma y le está aturdiendo el teléfono que no ha parado de sonar desde hace días. Del otro lado, Juano llama preguntando cómo está. Sabe que la extraña, sabe que tiene el corazón destruido. Comprende el dolor porque eso mismo la rompió a ella antes y la rompe ahora, aunque en otras circunstancias: jamás en la vida hubiera querido dañar a quién le devolvió la esperanza. Pero el corazón no sabe de razones y Alina eso también lo sabe. Cuando amas a alguien, amas a alguien y no importa lo que hagas para intentar negarlo, no importa cuánto intentes esconderlo o disimularlo, brotará por cada grieta de tu persona y te envolverá como el amor sabe envolver. Y será inefable.

Susurra ahora algo para sí misma, hace una mueca, pestañea pesado. Se retrepa en la silla cada tanto y, cuando lo hace, respira más profundo; como si tuviese que acomodarse un poco el alma para volver a decir algo que al final no dice porque no puede. Tiene la boca seca, las manos le

tiemblan, le aturde demasiado todo, pero jamás bajaría la vista. El silencio inunda y tiene escamas, tiene pequeños adornos, adornos musicales en forma de respiración cortada, claqueo de dedos, el tictac de un reloj que parece haberse detenido un día de aquel enero del 2007 y vuelve a funcionar ahora, de pronto, sin permiso, sin piedad. «¿Por qué?», se pregunta para sí misma, y tiene la respuesta: porque sí. Porque el amor te desarma y te arma casi ocho años después al ver los mismos ojos. Porque te revuelve las tripas y te tironea desde adentro como una fuerza que nadie nunca podría explicar con palabras. Porque te muestra a viva luz las miserias de uno, del otro, de ambos. Sabe Alina que es porque sí, sabe que no hay explicaciones lógicas para todo. Sabe que simplemente así sucede.

Estira su cuello hacia un lado y hacia el otro. Recoge su pelo, se seca una lágrima con su mano, quiere disimular, pero ya nada puede disimular. Toma un pañuelo, lo pasa por su cara intentando barrer la mancha negra que se ha formado sobre su párpado. No sabe que la tiene, pero lo supone. No quiere que la vean así. A veces quisiera volver el tiempo atrás, a cuando era más joven, donde unas noches sin dormir no causaban estragos. Exagera. Siempre lo hizo y siempre lo hará. Es fanática de lo barroco, de todo, todo mucho o todo poco, pero todo. No hay grises. El día que entendió por qué nunca había tenido grises, lloró también. A eso también la había llevado él. Si él supiera que su amor la llevó a enterarse de quién era… pero no lo sabe. No sabe el tiempo que ha pasado esperándolo, pensándolo cada día, invocando a los dioses en los que no creía para, aunque sea, tener noticias de su existencia. No sabe realmente las veces que volvió a buscarlo al Viejo Club, que volvió incluso a verlo en caras ajenas. Ninguno de los dos tampoco sabía que aquel día que se despidieron en la puerta del club iba a ser el primer día del resto de ocho años que los separarían. Alina carga cierta rabia que mezcla con pena y nostalgia, y entiende que todo eso puede convivir en sí misma perfectamente.

Y se une en un segundo al comprender que el día que se rindió, fue el mismo día que decidió no buscarlo más. No escribir más sobre él, dejarlo atrás. El día que se rindió, probablemente haya sido el mismo día que él necesitó encontrarla.

Hace una mueca, quiere decir algo. «¿Qué?», piensa y nada sale, pues tendría que empezar desde muy atrás, cuando todavía el viejo Dano existía para levantarla en peso y sacudirle las ideas. Se le está estrujando el alma y cualquiera que la conoce un poco lo notaría, pero quien no podría pensar que está perfectamente inmutable. Sabe mentir.

Se les está estrujando la mirada contra aquellos ojos que jamás olvidó, pero de donde jamás correría la vista. Se le está estrujando el alma, pero no está sola: Meme está del otro lado de la mesa azul marino. Tiene el pelo impecable, como lo ha tenido siempre, y un par de ropas caras que podrían traducirlo, ahora, en alguien de mejor pasar. «Tiene demasiadas cosas iguales, tiene demasiadas diferentes», piensan ambos en perfecta sincronía. La vida los ha encontrado nuevamente o, en verdad, jamás se han desprendido el uno del otro. Como un hilo invisible que dicen que conecta a las personas de una manera cuasimágica y que Alina catalogaría de empalagosa. Lo cierto es que allí mismo están, en total silencio y en total desconcierto. Como si hubieran olvidado algo atrás y ahora lo hubieran encontrado. Están teñidos de bronca contra el tiempo y a la vez de una felicidad y un amor inconmensurable. Se miran, se miran y no pueden dejar de hacerlo. Se miran como aquel primer 23 de mayo hace ocho años atrás.

Capítulo 2

Un año antes

Alina

El mirador del puente Golden Gate estaba demasiado atestado de gente como para permitirles sacar una foto limpia, impecable. Un grupo de turistas chinos bajaba en manada de un auto azul metalizado, a los gritos y desenroscando cámaras del cuello para correr hacia el mejor foco, como si el Golden Gate fuera de pronto a desaparecer. Alina revoleó sus ojos y refunfuñó. Nunca le había gustado el tumulto de gente y estaba teniendo la mejor charla desde su llegada a California con su compañero de artes literarias, Juano, que, por cierto, también se había convertido en los últimos años en su novio sin ningún tipo de posibilidad de poder mencionar la palabra *novios* en voz alta.

Según Alina, ir buscando etiquetas bastaba para que todo se arruinara siempre. Así que, el mismo día que se cruzó con Juano en la puerta de la universidad de Letras y que supo a ciencia cierta que algo pasaría con él, simplemente lo dejó ser. «El amor puede ser batalla, pero también puede ser simple», pensaba por aquel entonces parafraseando al viejo Dano.

Y, a decir verdad, funcionó, porque tiempo después no solo tenían una relación más que cercana, sino que también habían pasado de ser “no novios” a ser “no novios, padres”. El motivo: Maite. Maite no había estado en los planes, pero el plan estaba en sus vidas.

La relación con hermanita menor de Juano, cuya madre había abandonado por razones que jamás nadie supo, se iría a convertir, en poco tiempo, en lo suficientemente estrecha como para que la niña le susurré “mamá” al oído y a Alina le diera un síncope. Porque no estaba preparada para ninguna maternidad, pero tampoco estaba preparada para deshacerse de amor con aquella pequeña que, en poco tiempo, se había convertido en su debilidad. No obstante, Alina se encargó muy bien de desprenderse de aquel término y manejarse con la muchachita en modo “Alu”, aunque en todos lados terminaba (a fin de ahorrar historias) por mencionar que era su hija o su sobrina.

Juano esbozó una sonrisa, Alina también. Sabían perfectamente que estaban a punto de dar el gran salto. Cuando se conocieron, todo era incertidumbre y ahora todo estaba tomando fuerza y forma. Por aquellos años, ambos cursaban un posgrado de artes literarias en la Universidad de San Francisco. El departamento de escritura creativa era un anexo a pocos metros de la sede central que los cruzaba en el mismo camino cada tanto, pese a que asistían en diferentes horarios. «Lo que es para ti, te encuentra», susurraba Alina las veces que se quedaba junto con él compartiendo letras y café en los banquillos de madera de la universidad. Y así era, ambos se habían encontrado para contarse, de alguna manera, otra historia acerca del amor. Juano había finalizado una relación de largos años con su novia Megan de la preparatoria y, a la vez, enfrentaba la ausencia de su madre y, por consiguiente, el cuidado de Maite. Alina, en cambio,

había dado el salto con un poco más de seguridad. Se había alojado en la casa de su padre, había conocido a sus hermanos lejanos, había mejorado notablemente su confianza y entrenaba en modo *hobbie* cada tanto en la pista de Union Square, en San Francisco, a la vez que daba clases particulares de escritura.

Cuando Alina llegó a San Francisco, encontró parte de su historia que unió con pedazos a ella para darle sentido a algo que venía gestando dentro de sí misma. Pensó que solo estaría unos meses… y en un abrir y cerrar de ojos habían pasado 8 años. Desde entonces, su concepto de amor había cambiado en numerosas ocasiones y tomado formas diversas.

«El amor adquiere formas diferentes cuando te paras desde otra perspectiva», escribía en su cuaderno; esta vez no de planes fallidos, sino de sueños por cumplir. Extrañaba a Meme con cada parte de su alma. Y todo lo que había podido asumir acerca de amar a alguien, se lo había vuelto a cuestionar una y otra vez, sobre todo el día que aquel desapareció de su conocida y vieja lista de chat para no volver jamás. Después de aquel suceso, Juano fue volver a respirar.

—¿Estás segura? —preguntó con su vista en el imponente Golden y con voz entusiasta, pero a la vez temerosa.

Alina respiró profundo, pero no había ninguna duda:

—Completamente segura —respondió y se encendió, pues sabía que del otro lado de sus miedos la esperaba su Buenos Aires querido, su famosa y perfecta tienda Verdi y su conocido Viejo Club. Claro que le temblaba el pulso, el corazón, el cuerpo.

Juano miró el horizonte que le regalaba un paisaje impecable, se dejó atravesar por la cálida brisa y asintió con la cabeza:

—Entonces, allá vamos, Buenos Aires…

Esa misma noche, en la casita azul que habían alquilado y refaccionado con esfuerzo durante los últimos años y donde los tres compartían vivienda, Alina abrió su Facebook y publicó su maravillosa foto frente al Gate. En el pie de la misma, escribió: «Mi compañero de aventuras, allá vamos».

Cuando se recostó, no pudo evitar recordar lo que desde hacía días crecía fuerte en su cabeza: Meme. Con perspicacia, pero no pudiendo contener su impulso, escribió “Meme” en la barra buscadora de su perfil por millonésima vez, pero como ya era costumbre, nada encontró. Se decepcionó un poco de sí misma por teñir de cierta nostalgia aquel feliz momento de regreso a su ciudad natal. Había prometido hacía ya más de un año no buscarlo más, pero ahora aquello se hacía inevitable. Su última visita a Buenos Aires había sido hacía ya 3 años, justo antes de que Juano le propusiera compartir hogar. Como si de pronto hubiera querido pedir permiso a un amor fantasma, Alina, en aquel entonces, viajó por pocos días y con la excusa no tan excusa de extrañar a la Verdi. Pero, a decir verdad, lo primero que hizo fue pisar su viejo club y preguntar por él, como en cada una de sus últimas visitas.

Aquel joven se había convertido en sombra; hacía ya tiempo que había desaparecido de la faz de la Tierra y aquello la había obligado a replantearse nuevamente su supuesto amor: «Una persona no puede tomar tu vida y ponerla de pies, no puede tener ese poder… pero lo que tú sientas respecto a esa persona puede moverte por completo, para siempre. Y puedes aprender de

ello, nutrirte y resignificarte o puede eso mismo hundirte. Y eso serías tú poniendo de pies tu vida», escribía en su diario por ese entonces.

Aquella vez, había recorrido cada rincón del Viejo Club; se había cruzado con Cecilio, el famoso cuidador de canchas, quien había jurado ver a Meme por esos pagos hacía unos meses. Pero Alina sabía que para Cecilio todas las caras eran iguales, no confiaba mucho en él ni en su memoria y tampoco quería creerlo. No iba a asumir tan fácilmente que Meme recorría tranquilamente el club sin buscarla, sin preguntar por ella, sin contactarla. Le dolía imaginar aquella escena y volvía sobre sus pasos para repasar las palabras del viejo Dano: el amor es batalla, pero también es libertad.

En el medio de aquel viaje y de aquella ilusión fallida de encontrarlo, tuvo tiempo de dejarle a Cecilio el teléfono de Stin. Y tuvo tiempo de hablarle a Stin de todas las bondades futbolísticas de Meme. Stin, un conocido amigo de su padre, representante de futbolistas en California, había comentado en una cena familiar su viaje a Buenos Aires para visitar a su familia materna. Alina lo había atosigado a preguntas acerca de su trabajo y obligado a escuchar incontables veces aquel famoso partido de Meme. La cuestión fue que, con el robusto hombre de cejas gruesas, mirada penetrante y cabello negro impoluto en gel, habían conectado en una charla interesante y este, finalmente, le había otorgado su teléfono por si, en alguna ocasión, Alina volvía a tener contacto con el famoso joven. Teléfono que, en ese momento, entregó a Cecilio con cierta pena y resignación, pero fiel a su alma humanitaria.

Toda aquella escena se armaba en Alina ahora que faltaban horas para pisar nuevamente tierra argentina. No vaciló en atacarse: «Estoy completamente demente para seguir pensando en esto, basta. Alina, basta», se repitió en voz alta, lo que hizo despertar a Juano quien dormía a su lado plácidamente.

—¿Qué dices, amor?

—Nada, nada… que, a dormir, que nos esperan largas horas de empaquetar la mudanza —respondió dejando su celular a un costado en la mesa de luz.

Nunca concilió el sueño.

Capítulo 3

Un año antes

Meme

Había trotado por horas a lo largo del balneario Playas Doradas. Hubiera querido estar más tranquilo de lo que estaba para disfrutar aquel último paisaje que le regalaba un golfo de aguas relajadas y un sol resplandeciente, pero su realidad albergaba un cúmulo de sensaciones encontradas. Un nudo en el estómago le había impedido digerir el desayuno ligero previo al entrenamiento y, aunque bastante había relajado con aquella corrida, aún lo sentía dentro de sí mismo. No era para menos, lo esperaba en Buenos Aires un contrato abultado. Su primer contrato con todas las letras y para nada menos que en el club de Los Azules que, al fin y al cabo, era el club de sus amores. Claro que temía.

Por primera vez, dudaba de sí mismo. No porque no creyera en sus competencias, pues al momento infinidades de pruebas habían demostrado su calidad futbolística que, según él, no destilaba aires de grandeza, pero que podía tener la fuerza de un sueño vigente en sus espaldas que lo hacía arremeter contra cualquier cosa. El reto era otro: volver al Viejo Club, porque aquello era mucho más que volver al Viejo Club.

Se sentó cerca del balneario a descansar y descomprimió sus cordones. Soltó el brazalete que sostenía su celular y desconectó los audífonos que luego enroscó en su mano. Estiró su cuello y respiró profundo, era menester escuchar el silencio de la mañana que le había regalado el golfo por años y que ahora necesitaba más que nunca para llenarse de aquello y sostenerlo en esa aventura que de manera inminente iría a comenzar. No pudo evitar emocionarse, pero no soltó una lágrima. Una coraza como fuerte armadura había construido sobre su persona hacía ya rato, sobre todo desde la muerte de su padre. Incluso sabiendo que aquel mismo recuerdo lo tocaba por dentro sobremanera, tuvo el control suficiente para apretar los puños y cargarse de adrenalina. No hubiera podido sostener este tiempo a solas de ninguna otra manera que no sea endureciéndose frente al mundo, o al menos eso creía.

Cuando quedó solo en aquella ciudad sin su padre, decidió desconectarse de todo. Nada habían podido hacer sus amigos que, por aquel entonces, compartían juego en el equipo de mando del barrio. Había pasado semanas dentro de su casa en profunda depresión y soledad, pero claro, no era la primera vez que se había sentido así. La soledad la conocía desde hacía rato, la conocía desde tiempos remotos. A pesar de ello, aquella muerte lo había marcado como nunca. Porque era su padre, por los sueños que compartían juntos, por todo lo que lo había cuidado en su enfermedad y por todo lo que había resignado por él, pese a que, este último, aun en momentos críticos, lo incitaba a no abandonar su sueño.

«Cuando todo está perdido, piensa, detente un segundo, un segundo a mirar alrededor. Toma algo de lo que haya alrededor, toma lo simple, ve, búscalo, aférrate a ello. Lo simple puede ser a

la vista de cualquiera pasajero, pero a los ojos del que sabe observar, puede ser grande. Y eso grande quizás no lo veas, pues piensas que todo está perdido, pero detente, busca un segundo en ti, busca dentro de ti y nuevamente alrededor de ti, acciona, lo simple, la magia está en lo simple», leía en un trozo de papel que había sacado de pronto de detrás de la funda de su móvil.

Todo aquel recuerdo venía a él de pronto y lo conmovía, pero una vez más se detuvo frente a su emoción para no dejarse trastocar de sentires. El día que leyó por primera vez aquellas palabras, vagaba por el Viejo Club buscándola. Por ese entonces, su coraza no era tan dura como por estos días... aquella vez sí lloraba, aquella vez hubiera necesitado que ella, la que lo había siempre incentivado a no abandonar nada, lo abrazara y lo devolviera en el Meme que alguna vez fue. Pero no estaba. No estaba y él tampoco había estado. Había decidido alejarse de todo el día que se comprometió con Sarah. Sarah había estado para él siempre desde su llegada al sur, se había convertido poco a poco en alguien más y él la quería, y bastaba el quererse de ambos para construir algo en común, sólido, aparentemente real. Aquel compromiso, más la enfermedad de su padre, terminaron por alejar a Meme de todo y centrarse en lo que en ese momento era su prioridad. Claro que todo iba a tornarse diferente a sus planes…

—Se lo pedí, le pedí que volviera y no lo hizo— susurró Meme respirando el aire puro que le regalaba el sur y recordando el día que le pidió a Alina volver. Habían hablado largo rato por chat. Un chat que cada vez más se disolvía en nostalgia, en silencios incómodos y en la amargura de tenerse lejos. Nunca había revelado su situación con Sarah, pero la cosa era que con la joven muchacha empezaban a tornarse más cercanos. Meme empezaba a perder la fe en aquel amor utópico y lejano que de alguna manera le impedía ser y se conectaba con lo que para él era posible. La misma tarde que Alina le dijo que no podría volver por meses, fue la misma tarde que él decidió desaparecer del mundo y dar por finalizado aquel amor. Claro que nunca se lo comunicó. No pudo, no supo cómo. Solo pudo hacerlo así. Quizás lo abrumaba su situación, quizás tan solo se dejó vencer.

—¿Por qué no me dejó su móvil? ¿Por qué tan solo escribió aquello? Si yo lo había intentado, lo había realmente intentado... —expresó en voz alta como convenciéndose a sí mismo de su desaparición y arrojó su cuerpo en la arena tibia del golfo para reconfortarse. Repetía cada tanto aquellas palabras para cerciorarse de que sus acciones habían sido las correctas a su entender. Pero el sentir era otro.

Leyó nuevamente aquel papel que divisaba entre los finos rayos del sol matutino. Nuevamente la imagen en el Viejo Club vino a su encuentro y cerró los ojos con fuerza como si quisiera recordar los detalles de aquella devastadora tarde: hacía semanas, había muerto su padre; hacía días que la relación con Sarah estaba también rota. Él le había pedido un tiempo, ella le ahorró gastos en confesarle con cierto dejo de hostilidad nunca haberlo querido lo suficiente. Había tomado el primer micro a Buenos Aires y se había sumergido en el interior del club en busca del abrazo que nunca debió haber dejado ir. Había deambulado un buen rato con lágrimas en sus ojos y un destino incierto hasta que aquel señor de canas y nariz prominente lo divisó a los lejos. El resto era historia.

Meme sintió vibrar su teléfono y un sacudón lo movió del penoso recuerdo. La llamada

entrante que respondió no le permitió ni un “Hola”:

—¿Se puede saber dónde te encuentras? Te estamos esperando, ya deberías estar listo —dijo una voz gruesa del otro lado y con firmeza.

—Sí, sí, perdón, me he quedado colgado en la rambla de la playa. Estoy en camino.

—Tienes menos de dos segundos, Meme. Eres ya profesional. ¡Vamos!

Meme sonrió, respiró profundo y respondió.

—Lo soy, claro. Gracias, Stin.

Una vez que se desempolvó de aquella arena tibia y emprendió el camino de regreso al hotel donde lo esperaban para emprender el vuelo a Buenos aires, repasó con ganas:

> «*Cuando todo está perdido, piensa, detente un segundo, un segundo a mirar alrededor. Toma algo de lo que haya alrededor, toma lo simple, ve, búscalo, aférrate a ello. Lo simple puede ser a la vista de cualquiera pasajero, pero a los ojos del que sabe observar, puede ser grande. Y eso grande quizás no lo veas, pues piensas que todo está perdido, pero detente, busca un segundo en ti, busca dentro de ti y nuevamente alrededor de ti, acciona, lo simple, la magia está en lo simple*».

Rezaba aquel papel que leía de la mano de Alina, con un teléfono al dorso que rezaba “Stin” y que ahora se había convertido en su más preciado tesoro.

Capítulo 4

Un año antes

Alina

Maite enroscaba un ovillo de lana en la pata de la silla de madera de la sala de estar. El sol resplandeciente del mes de junio entibiaba la mañana y les regalaba un ventanal iluminado, y con árboles verdes y frescos. Alina solía sentarse entre aquellos almohadones que había acomodado minuciosamente de cara a la vidriera y que usaba como rincón, como refugio a todo, mientras el mundo del otro lado sucedía. La ciudad de la bahía era un abrazo a su sentir. Lo fue antes con aquel impulso que la envolvía hacía ocho años atrás y lo era ahora despidiéndola cálidamente.

Alina miró a Maite sonriendo, mientras apretaba con su rodilla derecha el montón de prendas que le faltaba empacar y que empujaba contra la maleta de mano.

—No van a entrar —le dijo Juano, quien aparecía en la escena y se escurría de pronto entre cajas.

Alina resopló. Movió el pelo de su cara, el polvo de toda aquella casa moviéndose, vaciándose, la hizo estornudar. Maite fue a su encuentro, le besó la mejilla y apoyó sus manos rosadas sobre su cabeza para acariciarla. Luego, volvió a moverse sigilosamente para seguir anudando el ovillo de lana a la pata de roble. La pequeña de rulos prominentes dorados y ojos redondos negros, le regalaba frescura, serenidad, perspicacia. Claro que no había sido así siempre. Alina nunca había tenido mucha gracia por los niños, le costó aceptar aquel mundo nuevo que de pronto la obligaba a lidiar con las corridas al pediatra, los resfriados de invierno, las caídas y los llantos atroces, y los juguetes en cada rincón de absolutamente cualquier lugar. Pero la cosa era que, poco a poco, en todo aquel caos, había encontrado el resguardo que quizás no tuvo en otro lugar. No tardaron en quererse y Maite no tardó en apegarse a aquella, que de pronto le contaba las más increíbles historias antes de dormir y que la invitaba a un mundo diferente, sobre todo después de la huida sin motivos aparentes de su madre biológica.

Alina volvió a estornudar, una y otra vez. En el lapso que tardó en recoger un pañuelo de la cocina y volver a intentar aquella odisea de meter mil prendas en una maleta muy pequeña, escuchó a Juano vociferar algo que no capturó con claridad, pero que indicaba la llegada de Tanón, el padre de Alina, que ayudaría con la mudanza. Transportarían algunas pocas cajas a la casa del mismo y el resto las empacarían para llevar a Buenos Aires.

El hombre no tardó en entrar en escena con su imponente voz y su figura impecable de prendas adineradas:

—Hija, ¿estás por allí? —preguntó curioso, pero Alu no respondió.

El silencio de pronto retrepó en el lugar como una pausa infinita. Maite no se inmutó. Alina volvió a estornudar y dejó caer una lágrima de su mejilla. Hubiera soltado un llanto terrible, pero el tiempo le había enseñado a saber disimular bastante bien, si así el momento lo requería. Y ese

momento para ella lo requería. Porque en su interior un amontonamiento de sensaciones encontradas la movía sobremanera. Y de todos aquellos sentires, la terrible duda era lo que más anclaba en su alma. «¿Esto es lo que quiero?», se preguntaba y la duda lacerante le movilizaba el cuerpo. Claro que estaba segura de volver a Buenos Aires, así lo había decretado en el mirador del Golden Gate cuando Juano en un acto casi romántico se lo preguntó, pero no estaba segura de todo el resto. Y todo el resto era todo lo que había construido con Juano en años. Y todo el resto también era lo que le pasaba por dentro. Cuestionaba sus creencias como si un día, de pronto, aquellas que traía y que la ponían en el lugar de Alina patinadora, hija, novia y hasta madre, se hubieran derrumbado y hubiera quedado atrapada en la realización de lo que toda la vida había pensado que quería: la familia ansiada que no pudo tener de pequeña. Pero lo cierto era que Alina nunca se había dado cuenta de que aquel interrogante venía calando hondo hacía rato. El no estar segura de lo que alguna vez fue su utopía, la ponía de malas.

Tanón insistió en su llamar:

—Hija, ¿estás bien? —le susurró acercándose y sabiendo que a él no lo podía engañar.

Los últimos ochos años habían construido un vínculo más fuerte de lo que esperaban ambos. Compartían charlas largas, interminables, de anécdotas de cancha y de todo aquello de lo que no se había podido hablar en su momento. Tanón la conocía muy bien ahora y el mismo sentir de aquella Alina dubitativa le llegaba a sus ojos.

Lo miró con ojos llorosos y negó con la cabeza, todavía en silencio. Él se sentó a su lado. Maite siguió enrollando otros ovillos en la silla, que ahora cargaba de patas abultadas en lana. Antes que aquel pudiera empezar su interrogatorio, Alina tomó aire y le susurró:

—¿Y si vuelvo a verlo? —le preguntó asomando la cabeza por la ventana para asegurarse de que Juano estuviera entretenido con las cajas y bien lejos de poder oírla.

Tanón suspiró. Si alguien había sido testigo de aquel amor, era él mismo aquella noche de festival. Y le sucedieron otras largas noches en San Francisco, algunas de risas y otras de llantos interminables. Sobre todo, el día que Meme desapareció.

—Y si vuelves a verlo, me llamas para que le dé una patada en el maldito traste —le dijo e hizo una mueca de severidad que a Alina pareció graciosa, pero que la mantuvo seria—. Alu —dijo su padre y negó con la cabeza—, él simplemente se fue. Y no tuvo reparos en contactarte ni en dejarte llorando —rezó contundente.

Alina justificó:

—¿Y si le pasó algo? Teníamos una teoría, ¿te acuerdas? Hace un tiempo, cuando la hablábamos en casa. Capaz algo le pasó y entonces….

—Entonces, nada. Alu. Basta de suposiciones y teorías. ¿Vas a escribir en tu diario estas teorías también? —preguntó codeándola, mientras ella se encogía de hombros—. Hija, si alguien en verdad te quiere, hace todo por encontrarte, y se sumergirá en los lugares más recónditos para sentirte y no habrá nada que lo detenga. Y lo sé perfectamente porque yo también desaparecí, yo también hui alguna vez. Pero estuve cada día de mi vida escribiéndote y queriendo volver a verte. Nadie que en verdad te quiere desaparece por siempre y porque sí. Eso es ser un maldito cobarde —sentenció Tanón.

—Pero papá…

—Papá, nada. Es real. Y no digo que no te haya querido, que haya sido especial, quizás... Digo que el querer no implica que él haya tenido la capacidad de construir contigo. Y no está bien ni mal, sino que así fue. Meme no pudo, Alu. Le pediste que te dé unos meses aquella vez y desapareció. Además de todo, egoísta —soltó con crudeza.

Alina esbozó una escurridiza sonrisa que contradecía su cara lagrimosa de angustia y alergias a los ácaros. Tanón tenía esa manera de decir las cosas que combinaba con un poco de seriedad y su humor característico, y que a ella siempre reconfortaban.

Tomó aire, sostuvo, largó como quitándose las penas:

—Quizás ese sea el problema, pa. Que en verdad dentro de mí… siento que él nunca se fue. Como si mi alma estuviera unida a su alma. Él nunca se fue de mi… —expresó con ojos cargados de tristeza sólida.

—Alu, él se fue. Vos solo lo estás sosteniendo. La pregunta es: ¿hasta cuándo lo vas a sostener entre tus manos?

Se miraron ambos en silencio. La casa no hablaba. Maite dormitaba. Juano apareció interrumpiendo lo que podría haber sido una mirada eterna. Cuando Alina y su padre se miraban, se explicaban todo.

—¿Algo para comer? —Ofreció aquel y ella se desperezó no sin antes darle un fuerte abrazo a Tanón.

Horas más tarde, terminaban de empacar todo y repasaba en el ordenador de su habitación las reservas del vuelo y los últimos detalles que Katina, desde Buenos Aires, preparaba. Tuvo un segundo para pedirle a su amiga de toda la vida que también la espere con varios *shots* de tequila, pues la situación lo ameritaba. Irían por fin a tirarse debajo del limonero a charlar sobre los años y el pasar de la vida misma. El viejo Dano no estaba, pero lo que había dejado era grandísimo a sus ojos.

Antes de desconectarse de todo aquello, respondió mensajes, publicó en Facebook su foto del día empacando y repasó las solicitudes de amistad en un acto casi espontáneo:

Cody Green, Máximo Rey, John Smith, Patrick Lambert, Lucas Díaz.

Ignoró todas y apagó la computadora.

Tan solo una semana la separaba de pisar la ciudad rioplatense y los nervios se hacían notar. Pasó el resto de los días escuchando a Nina Simone e invocando a Jija en rezos.

Capítulo 5

Un año antes

Meme

El arribo a Buenos Aires había sido tranquilo. Una hora y once minutos fueron suficientes para conectar una vida en el sur, hasta ese momento anclada, con un nuevo horizonte que prometía demasiado.

Stin había pasado las últimas dos semanas junto con él en Playas Doradas. El hombre de cabellos oscuros y ojos prominentes había aprovechado para pasear junto con su pomposa esposa por las calles de Bariloche y, de paso, ir en busca del muchacho que, a sus ojos, vislumbraba un futuro prometedor. Por estos días, estaba mucho más convencido que aquella primera vez que habló con Meme. En aquel momento, una llamada de un teléfono desconocido y la voz rota de un joven no parecían anunciar lo que después acontecería. De hecho, Stin no había dudado en dejarlo colgado al móvil más de una vez a pesar de los reiterados llamados de aquel. El destino iba a intervenir luego obligándolo a mudarse sorpresivamente a Buenos Aires tras los reiterados fracasos en sus negociaciones. Una economía rota, pases frustrados de jugadores, deudas a la orden del día... no tuvo muchas más opciones que regresar a su ciudad natal y replantearse empezar de cero. Y así fue. El primer día que pisó suelo argentino echó insultos a su suerte y mientras caminaba con ira por los pasajes del aeropuerto internacional Ministro Pistarini, su móvil sonó por milésima vez. Esta vez, un mensaje de texto iba a ser el inicio de una larguísima negociación. Stin estaba roto, pero no era ingenuo. Conocía perfectamente cada detalle de aquel mundo, contratos, cláusulas, cómo embaucar o, mejor dicho, endulzar a las familias de aquellos que aparentaban buen talento, pero un pasar de escasos recursos. Stin tenía grandes habilidades de captación y el muchacho ahora era la presa perfecta.

Jamás Meme reveló que llamaba de parte de Alina, solo confió en aquel papel y en las palabras de ella. Jamás Stin supo que el chico era el mismo chico por el cual aquella había pasado horas deshaciéndose en elogios ni que esa misma noche su número de móvil iría a viajar luego kilómetros hasta las manos del chico. Stin solo sabía una parte de la historia y eso era suficiente: un joven del interior, talentoso a sus ojos, fresco, enérgico y de escasos recursos que había conseguido misteriosamente su teléfono.

Él podía negociar con cualquier club, el costo era una porción de dinero que, en solo un año y escasos meses, iría a crecer demencialmente. Blanco Futbol club C por seis meses y veinticuatro días, Soley por otros seis meses y dos días y, ahora, Los Azules, los de primera, por dos años y por un monto que superaba las expectativas de Meme, pero que Stin sabía perfectamente posible dadas las características de él. Negocio redondo, rápido, conciso y soñado a los ojos de aquel, porque desde el día 1 el joven no paró de insistirle a Stin con negociar únicamente con Los Azules, y a él le convenía. Claro que no sabía que Meme tenía una revancha que disputar allí, el

partido había empezado ocho años atrás.

Ambos habían pasado las últimas semanas negociando y coordinando los últimos detalles de un contrato que se cerraría esa misma tarde en el seno del famoso Viejo Club. Unas horas después de arribar, invadido de nervios y mordiéndose las uñas en la habitación del mediano hotel que habían reservado para él, rezó a su padre y a su suerte. El clima invernal de Buenos Aires regalaba un cielo lluvioso, gris, áspero, que por momentos mezclaba con intervalos de rayos de sol resplandeciente y que combinaba con sus sentires. Estaba a punto de dar el gran paso. Los estudios médicos ya habían sido hechos, las pruebas tomadas, el contrato repasado. Solo faltaba firmar; y eso estaba a escasos cinco minutos.

Se sentó en el borde de la cama a esperar el llamado de su representante que le indicaría que ya emprenderían camino al Viejo Club para anclar la firma y, en el mientras tanto, repasó sus mensajes de WhatsApp: Santiago, su amigo de Blanco C deseándole suerte e invitándolo a comer por decimocuarta vez, mientras Meme se daba a la fuga. Si algo le salía bien, era esconderse cuando sus emociones lo requerían. En el siguiente chat: Sarah, su exnovia, que asomaba después de semanas de silencio con un escurridizo «Hola» y que Meme ignoró por completo. Habían cerrado en ser amigos a distancia y eso para él era suficiente y para ella mucho más, ya que ya se encontraba comprometida con alguien. El resto eran mensajes interminables de otros compañeros de equipos pasados y de Stin, claro.

La sensación de buscar algo dentro de aquella lista de recados y de no hallarlo le había recorrido el cuerpo hacía rato. Cerró de inmediato WhatsApp, miró el reloj, las tres horas con treinta y un minutos marcaban el tope de la tarde temprana. Sonrió. Respiró profundo. Dejó el celular a un costado. Fue al baño. Volvió. Prendió la tv. Apagó la tv. Volvió a tomar el celular: tres y treinta y dos minutos, y el tiempo pasaba espeso. Encendió su reproductor de música para relajarse con alguna melodía movediza, pero los acordes de un pasado y recordado *Yellow* se hicieron presentes; y con los acordes, el recuerdo de él y Alina sentados en los bordes del parque circular ocho años atrás.

Escuchar esa canción, era verla a ella. Recordó los dibujos, la recordó sonriendo y cruzando la avenida con sus dos vasos de café con leche y alfajores. «¡Cuántas veces me sostuve de este recuerdo!», pensó y se dejó invadir una vez más por aquello. Alina le había enseñado a fantasear bastante este tiempo. No quiso perderse en aquella escena que ocasionalmente lo enmarañaba hasta perderlo y retomó contacto visual con el celular para pausar la canción que ya se adentraba de lleno. Sin embargo, el silencio y la ansiedad eran demasiado pesados como para dejarlo inactivo, así que abrió su Facebook: «Sin notificaciones», susurró y largó un largo suspiro. Luego, puso en su buscador Alina Mars y repasó su perfil, como de costumbre. Una foto pública y radiante de su persona favorita en patines y en lo que parecía ser una pista de hielo gigante y hermosa en algún lugar del mundo o, mejor dicho, en un punto concreto: San Francisco, como localizaba el lugar que ella misma describió. Otras también públicas con un tal “Juano” que Meme prefirió pasar de largo inmediatamente y, como era de costumbre, la que más le gustaba a él y que había guardado en una captura de pantalla como tesoro más preciado: la de Alina en su famosa tienda Verdi. Sonrió porque de alguna manera la sintió cerca. Sonrió como no pudo sonreír las otras noches que también la buscó y mucho menos el día que vio las fotos con Juano.

Pero si algo Meme sabía, era que no podía reclamarle algo. Antes de cerrar su Facebook y volver a la espera, verificó que le haya llegado la solicitud de amistad que todavía marcaba pendiente, se frustró un poco, pero se relajó de ese sentir.

«¿Cerrar sesión de Máximo Rey?», preguntó Facebook y dio okey en el táctil.

Cinco minutos después, llamaba Stin confirmando que ya era hora.

Capítulo 6

Un año antes

Alina

Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto Ministro Pistarini, Buenos Aires, Argentina. Por favor, permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores y la señal luminosa de cinturones se apague. Los teléfonos móviles deberán permanecer totalmente desconectados hasta la apertura de puertas. Por favor, comprueben que llevan consigo todo su equipaje de mano y objetos personales. Les recordamos que no está permitido fumar hasta su llegada a las zonas autorizadas de la terminal. Si desean cualquier información, por favor diríjanse al personal de tierra en el aeropuerto; muy gustosamente les atenderán. Muchas gracias y buenos días.

—Alu, Alu... —le susurró Juano en el oído, mientras Maite se colgaba en su cuello haciendo piruetas—. Dale, amor, dale que llegamos —dijo y se inclinó a recoger su mochila en los compartimientos superiores.

Alina despertó como quien despierta de una pesadilla: sobresaltada y algo aturdida. Desenrolló sus hombros, movió su cuello para darle alivio al dolor de haberse enroscado en las angostas butacas casi nueve horas, pero enseguida se incorporó en el lugar. Con sus ojos a media asta, espió por la ventanilla del avión, mientras estiraba sus brazos para terminar de desperezarse.

—Sumamente incómodo —dijo y tomó una bocanada de aire.

Juano la miró sonriente como quien está a punto de entrar a un juego y mira a sus padres. Alina le devolvió una expresión seria que para nada coincidía con la emoción de aquel.

—¿Estás bien? —le preguntó y la besó en la boca.

—Lo estoy —respondió y le sonrió escurridiza.

Ya se podía ver a los pasajeros sosteniendo sus equipajes dentro del avión y aguardando a que abran las compuertas. La luz verde de avance no tardó en llegar. Se movieron dando pequeños pasitos aguardando a que el tumulto aflojara.

Una vez afuera, la manga vidriada le reflectó un sol que conocía muy bien y que estaba a punto de sentir de lleno nuevamente. El sol de Buenos Aires era una caricia, «como mojarse los pies en la orilla del mar», pensó y volvió a suspirar como si en cada suspiro tragara algo de lo que sabía que luego acontecería, pero que al momento no podía vislumbrar con claridad. Sabía que dentro de sí misma algo se estaba moviendo, haciendo ruido. De ese ruido que a veces quieres tapar y seguir, pero no puedes. Porque molesta, porque está ahí, gritando algo que no quieres repetir en voz alta.

Saludó a las azafatas y los tres caminaron por la alfombra larga hasta migraciones. Una vez que presentaron la documentación debida, se acercaron al salón de cintas donde esperaron su

equipaje. Fue interminable. Una increíble demora y una cinta atascada hicieron que tuvieran que aguardar más de cuarenta minutos por sus maletas y que el cansancio se hiciera más pesado. Maite correteaba por la sala, Alina por momentos parecía completamente ida de sí misma y transportada a algún recoveco de su mente que no paraba de rumiar. En el intervalo que duró aquello, Juano le preguntó varias veces si se sentía bien y, ante su negativa, solo optó por abrazarla y quedarse a su lado.

—Te conozco, amor —le dijo—. Tranquila, todo va a estar bien —le susurró y la besó en la frente.

Alina lo miró y se quedó unos segundos colgada de sus ojos verdes tiernos y amorosos. Juano era alto, esbelto, tenía cabello castaño oscuro, tez blanca y pecas, que Alu no tardó en acariciar y que lo hicieron cosquillear.

Juano era, a los ojos de cualquiera, increíble, inteligente, y manejaba un perfecto inglés y un perfecto español gracias a su desaparecida madre puertorriqueña. A los ojos de Alina, incluso, era la persona que necesitaba para probablemente construir lo que no pudo construir su madre de pequeña. Pero ella sabía que su corazón latía por el recuerdo de alguien más y eso era tan inevitable como el recuerdo vívido que por estas horas la enmarañaba. «El amor sucede», pensó y pestañeó lento para quedarse un rato en aquel mundo interior. «El amor sucede», repitió sabiendo que adoraba a Juano, como nunca había adorado a nadie en su vida, pero no lo amaba. Y no amarlo en estas circunstancias de Buenos Aires y en medio de toda su confusión interior empezaba a hacer ruido haciéndola dudar nuevamente de todo lo que no dudó aquel día en las cercanías del Golden Gate.

Sacudió su pensar para no enredarse en aquello, el móvil sonando ayudó en su despertar: Katina llamando.

—Amiga mía, joder, ¿dónde te encuentras? Tengo el traste agotado ya de estar aquí fuera, pero ¡qué lindo verte, tenerte! Te traje vodka, he preparado unos tragos en la Verdi que ya verás… —decía Katina desde el otro lado del móvil sin dejar meter bocado a Alina y entusiasmada.

Alina sonrió, su voz la reconfortó.

—Estamos varados en la cinta, Kati —explicó con voz cansada —, pero ya salimos.

Si a alguien había extrañado en este tiempo era a Katina. Su amiga de tragos, maquillajes y noches sumergidas en los rincones de la Verdi. Hacía tres años que no la veía, pero eran inseparables virtualmente. Incluso largas noches de charlas eran motivo para encenderse mutuamente, si así lo requerían. Se habían tenido siempre. Katina sabía todo, desde el inicio. Desde antes de que ella se pudiera dar cuenta. Era altamente intuitiva, lo fue antes y lo era ahora al escuchar la voz de Alina y saber que algo en su tono opaco de voz se escondía. Había viajado dos veces a California y había sentido lo mismo al verla, como si observara una felicidad no del todo completa, un dejo de nostalgia continua, un interrogante que vislumbraba siempre en sus ojos.

Pero en aquellos años no había tiempos para tantos replanteos de nada. La vida las había sorprendido sobremanera y agradecían. Alina, con todo lo que estaba a la vista, y Katina con una vida que la movilizaba cada día: dueña de la Verdi junto con Ágata y con la mismísima Alina

que nunca había dejado de invertir y participar en ella. Jefa, por consiguiente, de cuatro empleados, dos de la Verdi, dos de la vieja tienda 21, que ahora se convertía en un módulo más luego de que el año anterior la 21 estuviera a punto de cerrar, y después de que Katina tuviera un amorío con el señor Andrew, dueño de esta última. Terminó luego por convencer al mismo de vendérsela a pesar de que tiempo después y, a su mejor modo, lo mandó bien lejos para no verlo más. Estaban en la cresta de la ola: ventas superadas cada año, libros y bandas en vivo a disposición, alta facturación. Lejos habían quedado las tardes rumiando y mirando la vidriera de la desolada, por entonces, Verdi. Tanto Katina como Ágata (que, a sus casi 70, lucía sumamente joven) hacían y deshacían a su antojo. Ya, sin embargo, hacía meses que Ágata había emprendido viaje con su novio veintiséis años menos que ella a Bali y, de momento, su presencia era escuetamente telefónica, por lo que Katina estaba al completo mando.

Cuando las maletas estuvieron por arriba de la cinta, Juano hizo una mueca de alivio y por fin activaron a buscar las suyas. No tardaron en salir, pese a que la pequeña maleta de Maite había quedado atascada en la cinta del salón de al lado y tuvieron que perder aún más tiempo en su búsqueda.

Una vez que estuvieron del otro lado, una Katina de maquillaje imponente, botas largas, y abrigos pomposos y elegantes corrió a su encuentro. El abrazo de bienvenida no tardó en llegar y fue interminable. Ninguna se dispuso a contener las lágrimas, no había por qué fingir semejante momento de felicidad.

—Maldita zorra —dijo aquella llorando y Alina le palmó fuerte la espalda con la misma emoción. Juano solo pudo sostener a la pequeña y dignarse a observar. El momento era de aquellas dos amigas que alguna vez hacía ocho años se habían separado, que se habían reencontrado luego en diferentes partes del mundo, que se habían tenido y que ahora irían a construir lo que ambas sabían que irían a construir: la gran fiesta de Dano. Que pensaban hacer el nombre del viejo y que no habían tardado en empezar a planificar. Era la tónica, era la vuelta, era el momento, era el aniversario de haber sobrevivido a lo peor y aquello era motivo para anclar una fiesta que prometía. Claro que la emoción era inmensa.

Una vez que estuvieron arriba de la camioneta que los conectaría nuevamente con la vieja casa de la infancia, Alina pudo dejarse llevar por el paisaje de camino que la abrazaba dándole la bienvenida a su hogar. Respiró profundo intentando abrir el pecho que arremolinaba de sentires. Respiró profundo y miró a Katina fijamente que sentada frente a ella le devolvía la mirada con ojos que Katina sabía mirar: profundos, intensos, curiosos de saber lo que aquella destilaba pues podía leerla, aunque cada tanto era un enigma. Alina asintió con la cabeza, Katina también lo hizo. Se volvieron a abrazar de cara a la ventanilla y con sus mejillas compartidas.

Katina le susurró bajito para evitar que Juano oiga:

—Estoy acá, estoy con vos, lo estuve siempre y lo voy a estar, aunque decidas patear todo a la mierda.

Alina cerró los ojos fuertemente y una lágrima rodó por su mejilla. Por fin se sintió en casa.

Capítulo 7

Ahora

Meme

Pasa entre dos adversarios, amaga, sostiene, gira sobre su eje, hace un pase impecable. La toca de nuevo, se enciende, arremete, cobra vida el encuentro que parecía achatado dos minutos atrás. «La defensa no juega el segundo tiempo», piensa y aprovecha la poca lucidez del central para arrojar un caño de aquellos.

—¡Qué calidad! —exclama el relator del partido y no le queda aire para gritar el gol que regala la zurda de Meme en el minuto 93.

El hincha renace, se deshacen las gradas en aplausos a pesar de la impiadosa amarilla que, en mitad del juego, castigó a Meme a no poder disputar el próximo encuentro. No importa. Ganan. Un empate hubiera hecho perder a Los Azules la ilusión de un campeonato, pero aún están a tiempo, dan los números, dan las cuentas, dan los sueños y la ilusión de estampar una estrella más. Meme observa el estadio en llamas, escucha su nombre, se besa el escudo que ancla en su pecho, festeja. Pita el árbitro marcando el fin de aquel suplicio y tres puntos adentro que tiemblan en el cuerpo de todo aquel que haya padecido años de Los Azules no ganando absolutamente nada. Puede ser la chance, puede ser la oportunidad.

Se abraza con sus compañeros, intercambia un cinco con el rival, se codea. El vestuario se llena de cánticos y palmadas.

Horas más tarde y lleno de frenesí, Meme descansa en los aposentos de su impecable departamento y repasa en su computadora las jugadas, como de costumbre. Cada tanto, se obliga a no torturarse tanto con su exigencia y perfeccionismo e intenta desconectar de todo aquel mundo que hace más de un año lo tiene en aquella vorágine. Meme destaca. Destaca y él lo sabe pese a que intenta no regodearse de ello y mantener el perfil bajo.

«Stin llamando» aparece en la pantalla y decide no atender. Las últimas semanas lo ha estado aturdiendo con la idea de abandonar a Los Azules y viajar al exterior una vez finalizado el campeonato. «Te quieren en España. Y vos sabes que es un salto cuántico, de dinero y de todo lo que puedas imaginar tener», repetía en la última charla que tuvieron, en la anteúltima y en otras también. A Meme claro que le entusiasma la idea de volar alto, pero dentro de sí mismo algo le dice lo contrario: aún no es hora de abandonar a Los Azules. Quiere quedarse más tiempo, quiere disfrutar lo que soñó en ese mismo lugar cuando era un niño. Quiere abrazar lo suficiente al Viejo Club hasta empalagarse de él y tener luego la valentía para efectivamente alzar vuelo. Stin no lo acepta; sabe perfectamente que Meme ha crecido en los últimos años a una velocidad insospechada y de ninguna manera tiene en sus planes desaprovechar la oportunidad de forrarse de dinero a costa de él. Poco le importa si quiere o no. Para Stin está cerrado y es cuestión de otras pocas charlas más y vencer su voluntad.

Ignora otra llamada más sin mosquearse, estira sus pies en la cama, suspira. Recuesta su cabeza en la almohada, pero la adrenalina no le permite dormir. Son las 11 p. m. ya pasadas y, en Buenos Aires, la noche se asemeja a un tango: un cielo nublado, una llovizna fina de esas que despiertan cualquier nostalgia. El sonido de aquello lo relaja, pero cada tanto le recuerda que hay silencio, que hay soledad. Soledad que intentó tapar en brazos de Sarah en su momento y de otras mujeres ahora, cada tanto, cuando quiere. Una sensación de desasosiego y vacío le retrepa el alma fuerte. Cuando aquello llama, sabe tomar su móvil y recurrir a lo que de inmediato lo saque de su desesperanza, y entonces se mezcla entre noches de amigos, tragos y sexo. Él lo suele llamar el SOS, de hecho, eso mismo textea a su —ahora— incondicional amigo Joan, compañero también en Los Azules. Pero esta noche es diferente, más que un SOS necesita compartir su victoria con quien se encienda de la misma manera que él, con quien comprenda de sus pasiones, con quien pueda sacarse el disfraz de ser el Meme de todos, para ser simplemente Máximo Rey. Él sabe que hasta el momento solo unos ojos han sabido cobijarlo, y desde entonces va por la vida buscando en otras caras aquel mirar.

Hace un año, cuando todo empezó, decidió cancelar aquella solicitud de amistad fallida que nunca fue aceptada. En su momento, una solicitud había sido la llave que abrió una historia; las cosas ahora parecían mostrarse diferentes.

Meme hubiera podido hablarle a pesar de ello, escribirle un mensaje, hacer señas, él sabía que podía hacerlo. Pero también sabía que aquella foto de Alina con aquel muchacho había calado hondo a sus expectativas y a su ilusión. Sumado a su desaparición de años, a aquel papel que nunca detalló su móvil, supo a ciencia cierta que, a pesar de su generosidad, Alina no iría a perdonarlo tan fácilmente y entonces decidió dejarla ser, liberarse de ella, olvidarla como quien quiere arrancarse un recuerdo de encima. No supo que estaba grabada en su alma hasta tiempo después. Y es que cuando todo parecía ir genial, cuando la vida empezaba a mostrar otra cara y otra suerte, aquel sentir volvió y, con ello, el extrañarla, soñarla.

Esta noche cuelga de él el recuerdo de aquel terrible partido, de él en la camilla y Alina acariciándole el hombro; un tiempo que parecía de otra era, pero que para su memoria era un ayer.

Se deja envolver en aquella sonrisa y un escalofrío le recorre el cuerpo, como si su aura lo estuviera rozando mágicamente. Cierra los ojos, como le ha enseñado ella misma, cuando la simpleza de las cosas amerita profundizar en el sentir. Sonríe allí mismo, recostado en su cama y, con mezcla de felicidad y tristeza, pide una señal. No cree en ningún dios, pero la pide. De hecho, se había peleado con ellos el día que pidió por su padre y las cosas no salieron bien. Insultó aquella vez a su suerte y a cualquier deidad que acaso pudiera existir. «Las personas buenas mueren», se lamentaba en aquel momento con ira y un enojo que lo mantuvo con furia por largos años. Pero ahora era diferente, había vuelto a conciliar con algo superior el día que firmó contrato con Los Azules y, más tarde, en sus partidos. Nunca creyó que fueran dioses, más bien sabía que era su padre. Y quizás por la soledad que lo envolvía ásperamente, por el recuerdo o por todo lo que había hasta el momento transitado, lo nombraba por las noches agradeciéndole por tanto. Así como aquellas veces lo invocaba, ahora le pedía una señal.

«No puedo olvidarme», susurra. «Dame una señal, denme una señal, quien sea que exista del otro lado, quien sea que me esté escuchando», repite, pero solo el silencio y la garúa de fondo responden. Dos segundos más tarde, insulta a su persona por saberse tan fantasioso, ríe de sí mismo negando con la cabeza y logra conciliar el sueño, que ya se había vuelto pesado.

Una semana después, los nervios afloran. Mañana juegan Los Azules, sin él, por acumular tarjetas. Lo cual lo recoge en emociones y broncas, pero «las reglas del juego», piensa mordiéndose las uñas. Sabe que esta vez le tocará mirar desde las gradas el desempeño de sus compañeros, sabe también que su presencia es importante fuera de la cancha. Meme tiene el ánimo de levantar a todos y ser el líder que enciende. Cada tanto, quisiera tener esa misma virtud para sí mismo, puertas adentro es otro cantar.

Luego de responder mensajes, bañarse y alistarse, baja al garaje del edificio para recoger su auto que lo llevará rumbo a la casa de Joan con el cual merendará y ya más luego se reunirá con Stin para conversar acerca de España e intentar calmarlo en intensidad.

Ya frente a su Corolla metalizado, se sienta y se acomoda en la butaca grisácea, introduce las llaves, sacude el asiento del copiloto, respira profundo y gira el encendido. La llave da el *clac* y el motor activa el estéreo que dispara con un dial de radio a todo volumen, que lo deja perplejo. Suena una melodía, la conoce, lo trastoca en emociones, pero solo puede mirar la pared blanca algo descascarada que frente a él le devuelve melancolía. No piensa, no hace deducciones ni tampoco razona, solo deja que aquello envuelva su persona hasta el final. Y así sucede, la nostalgia lo envuelve, le tiembla un poco el pulso y los recuerdos; respira profundo y en aquel respirar la música se disuelve. La voz impecable de una locutora asoma:

Hermosa tarde en Buenos aires, 21 grados, despejadísimo este día de sol y compartiendo buena música, buen jazz. Lo que sonaba: Nina Simone y 'Black is the color'. Seguimos con más en radio Solar…

Escucha la voz de aquella e inmediatamente sabe que sus planes acaban de cambiar. Una visita a las antiguas canchas del Viejo Club lo espera. Emprende viaje, nervioso.

Capítulo 8

Ahora

Alina

Está recostada bajo el limonero de la Verdi. Una melodía que conoce bien suena en sus oídos acariciando el momento. Maite está a su lado, dormitando bajo el sol que las baña en una tarde impecable, despejada, apacible. Los últimos días han sido agotadores para Alina y para todos allí en la Verdi, pero, dentro de todo aquel agotamiento de clientes, proveedores y libros, está la satisfacción de saber que faltan tan solo 24 h para la gran fiesta. La fiesta de la Verdi, con la que el viejo Dano alguna vez soñó y la que han estado organizando por casi más de un año, desde la llegada de Alina al país.

Katina rompe el silencio haciéndose presente en el jardín del fondo y entonando un tango desafinado que desarmoniza con el *jazz* del lugar. Se detiene al ver a Alina y a Maite arrojadas sobre el pasto y sonríe:

—Si te viera Dano, querida —dice sabiendo que jamás nadie la hubiera imaginado haciéndose cargo de una niña. No porque no confiaran en sus competencias maternas, sino porque a los ojos de todos Alina seguía siendo una adolescente envuelta en el cuerpo de alguien ahora adulto.

Claro que ella tampoco lo hubiera imaginado. De hecho, cada tanto no le sentaba bien saberse en un rol que nunca pidió, pero a la vez siempre supo dejarse llevar por el amor de Maite que la atravesaba por completo y la sanaba. Conectar con ella y quedarse horas jugando en los pastizales de la Verdi era volver a su casa de la infancia, a las tardes de plaza con Jija, a los *waffles* con nata fría y café con leche. Las tardes de plaza con Jija eran tardes de aquellas que Alina solía llamar “dementes”, a veces, y otras, “mágicas”. Porque Jija era así, combinaba aquellas dos facetas en una e invitaba a Alina a soñar y a reír con lo poco que por aquel entonces tenían, y eso era vivir en grande. Jija le había enseñado a cerrar los ojos y volar antes de que ella pudiera enseñarle eso mismo a Meme. Jija estaba en todas partes.

—¡Kati! —responde Alina sin moverse y abriendo apenas los ojos para no encandilarse del sol —. Si me viera Dano, acostada, me pediría que me ponga a hacer cosas, a limpiar las bibliotecas del fondo, sobre todo —dice y se ríe.

Hace ya más de cinco años que el viejo cascarrabias ha partido. Un ataque cardíaco, una noche, durmiendo, un día después de su aniversario con Amalia.

«Las cosas no suceden porque sí», pensaba Alina en aquel momento y también ahora. Aquella vez, una llamada por la madrugada había anunciado lo peor. Y lo peor porque no había podido despedirse como hubiera querido, quizás abrazándolo fuertemente y agradeciéndole por tanto… estaba lejos, en San Francisco, y alejada de todo. No obstante, pudo organizar su trabajo, sus clases y su vida en la Bahía, para tomar el primer vuelo que, al menos, le permitió regalarle un par de cartas, un par de flores y muchas lágrimas. Le prometió al viejo cuidar la Verdi como su

casa, pero de eso Dano ya no tenía dudas… Alina lo había demostrado años atrás.

Ya luego de aquellos tiempos duros sin el viejo tiñendo con su aura cada esquina de la tienda, Alina decidió junto con Kati comprar a Ágata una parte de La Verdi. En poco tiempo, las tres se convirtieron en dueñas de aquel lugar que, en sucesivos meses, dio el salto y se amplió en un anexo a la Tienda 21. «Dano no para de trabajar ni desde el otro plano», exclamaba Kati sabiendo que desde aquella muerte la Verdi había levantado más vuelo aún. Y claro que así lo era.

—Llegaron los equipos musicales —menciona Kati y se dirige a la puerta para recogerlos.

Alina se despereza y desprende con suplicio del verde pastizal con el cansancio de no haber parado de hacer cosas para organizar la famosa fiesta. Era idea de ella, era la que más había insistido en regalarle al viejo una celebración: era el aniversario de haber sobrevivido a lo peor.

Maite aún dormita, el sol parece brillar más fuerte, el limonero reluce y la pared mágica conserva secretos que Alina, que Dano, que ambos saben y guardan en silencio. La pared mágica es un portal y Alina lo sabe. Hoy está más pensativa que de costumbre, hoy los recuerdos la envuelven.

El *jazz* que sonaba limpio hacía unos segundos ahora se tiñe de murmullos de Kati, de Luz Luciérnaga (la exempleada de la Tienda 21 a la que Katina había llamado zorra tiempo atrás y de la que se había vuelto bastante cercana en contraposición a lo que ella había alguna vez pensado), y de otros empleados que trabajan a su alrededor para la gran noche. Una fiesta de suficientes invitados y de muchas maravillas: una banda en vivo en La Verdi y otra en la 21, poetas, catering de primera categoría, viejos y nuevos clientes compartiendo arte y literatura. Lo que habían organizado a lo largo de casi un año era impecable.

Se había necesitado ese tiempo para asumir algunas cosas. La llegada a Alina a Argentina, el volverse a asentar, el volver a enraizarse en su Buenos Aires había atrasado la fiesta que programaba, en un principio, para meses atrás.

Juano llama a su móvil, ella larga un suspiro molesto:

—¿Sí? —responde en un tono demasiado áspero.

—Hay que llevar a Maite a la psicopedagoga —dice apagado.

—Pensaba llevarla a patín ahora.

—Alina, ¿otra vez con lo mismo?

—Okey, okey… es que la psicopedagoga no sirve de nada. Maite necesita moverse, ¿entiendes?

—Maite necesita lo que dicen los médicos —responde contundente—. No voy a pelear de nuevo por esto —aclara.

Un silencio incómodo se abre entre ambos, Alina nuevamente suspira.

—Me parece bien, yo tampoco. Tú sabes, es tu hermana. No me meto más, pero es que la quiero como una hija, lo sabés… pero sí, perdón, no me meto más, ya sabes —responde nerviosa y se da cuenta de que esta charla es la misma charla de ayer, de antes de ayer y de los últimos meses.

Alina no cree en psicólogos, ni en psicopedagogas, ni en nada que identifique un trastorno por un par de puntos que alguien alguna vez escribió en un libro. Maite no tiene a sus ojos ningún problema de aprendizaje. Simplemente ella aprende diferente, a otros tiempos. Tiempos que para Alina son distintos al tiempo humanamente contabilizado en meses, en años, en días.

Juano afloja en su hablar:

—Lo sé, Alu. Lo sé —dice y suspira también—. Perdón si te he respondido mal, es que no me encuentro bien... estuve pensando en lo que hablamos los últimos días. Entiendo que fue todo muy rápido, pero es que… realmente no quiero perderte —dice con voz casi quebrada y el silencio vuelve a arremeter incisivo.

Alina siente una opresión en su pecho, pero sabe que no hubiera podido seguir durmiendo con él y pensando en alguien más. No era justo para Juano que, de alguna manera, había sido su compañero incondicional desde hace tiempo. No era justo tampoco para Maite, ni para nadie. Cuando le pidió un tiempo, Juano estuvo a punto de volverse a California. No lo hizo para no ver sufrir ni a su pequeña hermana ni a Alina, pero la cosa era que en los últimos meses el muchacho había hecho todo y más por reconquistarla. De hecho, hacía algunas semanas habían vuelto a verse cada día, habían compartido cenas, habían compartido clases de patín de Maite, pero el tiempo seguía corriendo y Alina seguía no pudiendo aceptar que algo en su corazón ya no latía igual. Decirle que ya todo se había terminado implicaba enfrentarse a lo peor: Juano volvería a San Francisco con Maite. Pero no decirle nada implicaba castigarlo con una espera que él no merecía y que ella tampoco, incluso en toda esa confusión, incluso en toda esa vorágine que sentía en el cuerpo y que por momentos la ponía a dudar de sus acciones. Estaba confundida, lo quería como no había querido a nadie, pero no lo amaba, y Alina no podía mentirle a quien le regaló de nuevo la vida.

—Juani, sabes que te adoro con toda mi alma, ¿no? Eres una de las personas más importantes de mi vida —dice y la tristeza la abruma.

—¿Pero? —responde él y sabe que siempre hay un “pero” que anula todo lo lindo anterior.

—Pero ya no puedes esperarme con las mismas ilusiones de ayer.

—Puedo esperarte —responde él sin vacilar.

Alina respira profundo, si alguien sabe de espera, es ella. «Toda espera anula el presente y crea una ilusión de un futuro utópico», piensa y hace una pausa: «y eso es llenarse de nada», se dice a sí misma e intenta arrojar un bálsamo a la conversación, pero Juano interrumpe:

—Llevemos a Maite a patín, dale, está bien. Vayamos hoy, tenés razón. Pero vayamos juntos. Compartamos el día que después con la fiesta y los arreglos no tendremos tiempo de mucho, le aviso a la psicopedagoga que nos cambie el turno —dice y Alina cierra los ojos y hace una mueca de cansancio. Su razón le grita a los cuatro vientos que no, pero su corazón necesita cada tanto del regocijo que él le da. Piensa y sabe que su accionar es sumamente egoísta, pero no puede evitarlo. Juano tiene la cualidad de encenderla en ciertas ocasiones y darle la seguridad que nunca tuvo… y por momentos aquello es irresistible.

—Okey —responde—. Ven por nosotras a las cuatro.

Corta la llamada que ha quedado áspera en su boca y Katina aparece nuevamente a su

encuentro con manos sucias y envuelta en papeles. Se sienta a su lado y suspira:

—Día de locos —dice y Alina la abraza pese a que embadurna en polvo—. Vamos, Alu, ayúdame que no terminamos más. ¡Esto se ha vuelto duro! —exclama y se levanta de sopetón—. Unos últimos retoques a ambas tiendas y la preliminar de la gran fiesta estará lista.

—Qué pena que Ágata se pierda de todo esto —expresa Alu con un dejo de nostalgia.

Katina sonríe:

—Le he dicho que le mandaba fotos. Pero tranquila, no ha de hacerse mucho drama, debe estar follando de lo lindo.

Apenas una hora después y con casi todo listo, Alina parte a su casa a la espera de que Juano las recoja. Antes de retirarse, Luz Luciérnaga le hace una seña llamándola, recuerda algo en su cabeza, revuelve papeles en su escritorio mientras aquella pone cara de poca paciencia.

—¡Ja! ¡Aquí está! —le dice mostrándole un post-it anaranjado—. Te buscaba al teléfono un tal Máximo Rey, ¿lo conoces?

Capítulo 9

Ahora

Meme

Está parado una vez más frente al dibujo que él mismo levantó en el *boulevard* hace más de ocho años atrás. “Nunca olvidarnos”, firma él mismo de puño y letra. El Meme de aquel entonces cargaba sueños que hoy son realidad y algunos que el tiempo ha escurrido entre sus manos. Traga saliva varias veces, tiene un nudo en la garganta. Allí mismo ha estado también el primer día que firmó con Los Azules. Le había dicho a Stin que lo espere en las inmediaciones del estadio y había recorrido la manzana solo para encontrarse con aquello. Halló en aquel momento el mural algo desgastado y con algunos grafitis que opacaban la total belleza de aquel rostro enmarcado y cargado de historia. Pero la esencia era la misma, enfrentar su obra de arte era entender que aquellas marcas que vislumbraba en su superficie quizás eran las mismas que este tenía en su interior: lo que brillaba en su momento, ahora tenía bordes descascarados, opacos, desteñidos de tiempo, de lluvia y de soles. Así también conservaba su amor, en esencia, lo que perduraba era que aquella pared era un momento de magia detenido en el tiempo.

Extiende su mano y acaricia sin tocar los cabellos de aquella Alina enmarcada. Luego, decide dejar su lujoso carro en las linderas de esa misma calle y bordear a pie el predio que le da la entrada a las viejas canchas. Iba a pisarlas luego de años porque a ellas no había querido volver luego de la noche de Cecilio, del recado, de Stin. Recorrer el Viejo Club era transitar un pedazo de vida, de su adolescencia. Había podido con aquel mural, pero entrar al anexo era otra cosa. No estaba preparado en aquel momento, pero ahora sí, la señal había sido muy clara: Nina Simone era la respuesta a todo.

Meme no está en modo estrella ni tampoco es la persona más popular, pero quien aclama a Los Azules lo conoce, lo admira y corea su nombre. Así que, con cautela, ubica sus gafas negras para evitar hacer sociales. Una visera gris que ha sostenido entre manos desde que bajó del auto ahora también forma parte de aquella especie de camuflaje perfecto. Camina por las calles linderas que adorna con flores y enredaderas verdes brillantes. Igualmente, vislumbra por los alambrados las canchas de *paddle* y de *hockey* que, al parecer, ya están activas con algunos visitantes; no tarda en llegar a la famosa y antigua entrada azul y blanco de estrellas pintadas (ahora impecables) y de recuerdos demasiado vívidos. Se detiene frente al acceso que da paso al camino que lo llevará de regreso ocho años atrás. Suspira.

Apenas atraviesa el umbral, un escalofrío le recorre el cuerpo y ya puede sentir dentro de sí mismo la emoción de volver a donde sus sueños nacieron. No se deja llevar por aquel sentir y prosigue cauteloso en su andar. Bordea las canchas de tenis y llega a las canchas de fútbol de memoria. Un pastizal verde impecable lo recibe y el viejo club ya no parece tan viejo. A sus ojos:

—Reluciente —susurra sonriendo.

No puede evitar detenerse en el campo de juego donde largas tardes disputó batallas. Se detiene, observa. Un joven de unos 15 años hace una pirueta con la pelota, asiente con la cabeza. Detenerse en aquello lo trae de regreso a sus entrenamientos matutinos, a sus botines gastados, a su padre, a Alina… También recuerda el día que bailó, allí mismo, bajo la nieve en alguna de esas mismas canchas. «Hermosa», piensa afligido de una nostalgia que ya lo riega.

Continúa firme el paso y la puerta azul que da entrada al famoso Gran Salón le congela el cuerpo. Con más ímpetu que hace unos años atrás, no tarda en espiar por los rectangulares vidrios. La busca entre los rostros de aquellas jóvenes, como si buscara un alma perdida en el tiempo, una sombra, un pedazo de recuerdo. Aquello lo embarga enteramente. Quita sus lentes, restriega un ojo, se muerde los labios; respira profundo cargando de hombría y la sensación de estar aún enamorado de un recuerdo lo apena. Se siente por momentos tonto, lucha con su coraza y su orgullo que cada tanto arremete como en el campo. No va a llorar como un niño, pero podría hacerlo sin mucho esfuerzo. Tiene todo lo que ha soñado: talento que definitivamente le ha regalado un contrato con Los Azules, dinero en su bolsillo, un departamento impecable y una carrera que promete bastante a pesar de que cada tanto piensa que ha llegado algo tarde. Tiene 25 años. A su pensar, no es un gran futbolista, pues conoce sus limitaciones, pero también conoce sus fortalezas. Sabe que tiene lo suficiente para incluso barajar la oferta de España e ir por aquella gloria. Está a tiempo. Cruzar el charco está tan al alcance de sus manos como decirle simplemente a Stin que sí, que acepta. Claro que le falta lo más preciado: su padre, sus hermanos (de quienes se ha distanciado hace tiempo) y ella, a la que nunca ha podido olvidar porque nunca nadie le encendió tanto el alma.

No duda y abre la puerta del Gran Salón de un tirón. Nadie se percata de aquello, cada cual conecta con su entrenamiento y apenas dos personas se acomodan en las gradas, las de madera, sí. Las de antes y las de ahora. Tan vigentes como siempre. Se detiene a mirar la escena y se paraliza en el deslizar de aquellas muchachas que le devuelven una noche, varias tardes, el festival... aquel de hace tiempo. También, la primera vez que la vio patinar y que por entonces no sabía todo lo que luego le esperaría. La pena crece y el orgullo se rompe «soy un estúpido», se dice e inmediatamente toma su celular. Abre Facebook, allí mismo, y su pulso no le tiembla. El corazón se le exalta, va a escribirle directamente, nada importa a su sentir. Va a decirle que ya basta de distancia, que la necesita, que quiere ir a buscarla a cualquier parte del mundo, si es necesario, y que se conformaría con ser su amigo y soportar la presencia de Juano, aunque el alma le explote de amor. Está a punto de abrir el chat y largar todo aquello, pero se percata: «no voy a esperar nuevamente a que lea mi mensaje o acepte mi solicitud», piensa. Y una idea mejor, que no había pasado por su cabeza antes, llega como una lámpara que se ilumina de pronto:

—Claro —dice—. La Verdi —se responde en voz alta y poco le importa si alguien lo oye.

«En la Verdi alguien va a saber de ella», piensa y despierta, como si hubiera estado metido en una burbuja por largo tiempo y ahora pudiera ver la luz. Sabe perfectamente dónde queda, pero busca la tienda en el buscador para confirmar la dirección que tantas veces visitó:

Tienda Verdi. Monte Castro. C. P. 218. Tel.: 566 5153

Lee e inmediatamente captura la pantalla del móvil. Piensa un segundo más. Vuelve a las gradas, intenta calmar el impulso que le pide ir hasta allá e investigar sobre su paradero, pero su teléfono suena interrumpiendo: Joan, del otro lado, preguntándole dónde está. La última vez que Meme no asistió a una comida con él fue el mismo día del aniversario de la muerte de su padre. A Joan jamás le fallaba. Meme responde:

En el campus del club, Joan. Por la noche paso y te explico.

Escribe y cierra el chat. Vuelve a pensar sobre qué hacer y lo mejor que se le puede ocurrir es llamar a la Verdi. No se detiene mucho con aquella idea y marca. Del otro lado, una voz femenina y demasiado aguda responde:

—*Tienda Verdi, buenos días, ¿en qué podemos ayudarte?* —se escucha y Meme se congela en silencio. La voz claramente no es de Alina, pero el pulso le tiembla como si lo fuera.

—*Hola. ¿Hola?* —se escucha del otro lado.

—Hola, ¿qué tal? Perdona la molestia —dice con voz temerosa.

—*¡Hola! Dígame, señor, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Quiere reservar un libro?, ¿preguntar por un título?, ¿reservar para la fiesta de hoy? Soy Luz Luciérnaga, recepcionista para servirle. Tenemos todo, ¡todo tenemos en la maravillosa Verdi, claro!* —se escucha y Meme sonríe por aquella rareza que a la vez lo anima a preguntar.

—Alina, estoy buscando a Alina. Quisiera saber de ella —pregunta y el preguntar le aterra. El segundo que pasa entre sus palabras y la respuesta de la tal Luz luciérnaga es interminable, detiene el tiempo, detiene su hablar.

Inmediatamente:

—¡Katinaaaaaaaaaa! —se escucha del otro lado—. Katina, ¿Alina dónde se encuentra? —dice y Meme se congela y tiembla, mientras afina el oído.

Un murmullo se escucha y Luz Luciérnaga retoma el teléfono:

—*No está* —responde—. *O sea* —agrega—, *sí está, pero está quién sabe dónde. O sea, no está tan cerca como para poder pasarle el teléfono, ¿me comprende? Por cierto, ¿quién la llama?* —interpela y Meme apenas puede respirar.

Con lo poco que le queda de aire y con la voz cortada, habla:

—Entonces, ¿Alina está en Buenos Aires? —pregunta y del otro lado Luz Luciérnaga curiosa:

—*Perdone, señor, pero ¿quién es usted?*

—Soy Máximo Rey, un viejo amigo de la infancia. Podría decirle que la llamé. ¿O me comunico más tarde?

—*Le aviso, claro. Aguarde que tomo un papel, deme un segundo. Má-xi-mo Rey lla-mó a Alina hoy* —se la escucha balbucear del otro lado—. *¿Sabe qué? Por las dudas llame de nuevo porque mi cabeza, mi cabeza explota…tenemos mucho éxito, mucho éxito. En fin. Adiós* —dice y corta.

—Está en Buenos Aires —dice recalculando su sentir y un escalofrío le recorre el alma.

Se queda en las gradas movilizado y con la mente en blanco.

Minutos más tarde y para aflojar la tensión, decide buscar a Cecilio en el cuarto de copas del fondo. Apenas una hora después, ambos están cenando en el bufet del club.

Capítulo 10

Ahora

Alina

El umbral de la casa de la infancia luce algo más luminoso que hace unos meses atrás. Si pudiera contar las tardes que ha pasado en esa misma vereda con su madre, con su padre, con Jija atándole los patines de cuatros ruedas que desgastaban en el áspero pavimento, no le alcanzarían los días. «Toda una vida», piensa y se lo ha estado repitiendo los últimos meses.

El árbol de tilo de la entrada, el que plantó alguna vez junto con su padre, le regala una hoja, le regala una brisa que le acaricia la nostalgia, la melancolía. Son las 4 p. m. y el frío cala lo suficiente como para abrazarse a sí mismo:

—¡Maiteee! —exclama a la niña que ya se encuentra correteando de esquina a esquina y esperando la llegada de Juano.

La pequeña se aproxima sonriente y revoleando por los aires la funda de sus patines. Alina hace una maniobra inteligente para calzarle el gorro de lana. Maite intenta arrancárselo con la mano que le queda libre, Alina intenta de nuevo:

—¡Maite! —exclama—. ¿Acaso quieres enfriarte las orejas y que te queden azules? —dice y la muchacha larga una carcajada contagiosa.

—¡En el Viejo Club no hace frío! —exclama Maite y Alina niega con la cabeza.

Es la tercera vez que pisará el Viejo Club desde su llegada más reciente a Buenos Aires. La primera había sido sola; el mismo día que pisó suelo argentino, pasó la noche llorando en las gradas del Gran Salón. La segunda fue para llevar a Maite a entrenamiento infantil. No iba a hacerlo. No quería trasladar su intención de patín a la niña, pero fue inevitable. Maite había encontrado los patines y los trajes en el placard de la vieja casa y se había maravillado con todo aquel desparrame de colores, lentejuelas y cintas que sostenían más que una historia. Así que, sin más revuelo, supuso que a la niña podía gustarle aquello y no se equivocó, puesto que había quedado maravillada. Por los patines, los colores, las figuras, los trucos... se notaba que aquello la hacía disfrutar y la conectaba con otro mundo diferente al que estaba acostumbrada. Claro que después comenzaron las discusiones entre Juano y Alina porque, justamente, los entrenamientos de patín coincidían con los horarios pactados con la psicopedagoga. Así que, en un tira y afloje, habían acordado una grilla que se resumía a una vez cada quince días a patín. Grilla que Alina odiaba, pero que acataba pues, al fin y al cabo, Juano era su hermano y el que decidía por ella. Hoy, sin embargo, dadas las circunstancias, el día se presentaba diferente. Acudirían a la pista sin más planificación que la de un impulso interno que la había encendido a aquella desde temprano.

El reloj marca las 4:05 p. m. y a Alina nunca le gustaron las impuntualidades. Menos hoy que el tiempo le queda ajustado puesto que a las 7 p. m. comenzarán los movimientos en la Verdi y

su presencia es vital. No obstante, la incomodidad de aquel pequeño retraso de Juano no la molesta en demasía, más bien, le da un tiempo para respirar el aire gélido de Buenos Aires que, al fin y al cabo, la reconforta. Necesita que ese frío helado le despierte los sentidos, le abofetee en la cara.

Su teléfono suena. Una notificación de mensaje de Tanón llega con un:

Hija, ¿estás por ahí?

Alina responde de inmediato:

No. Llame más tarde, ocupada pensando.

Escribe y sonríe. Recuerda en ese interín que un tal Máximo Rey llamó a su encuentro hace unas horas y el nombre le suena familiar, pero no deduce de dónde. No se enmarañó mucho en el momento que Luciérnaga se lo comentó y menos ahora, pero algo lo trae a su mente: «Máximo», piensa. «Ha de ser algún cliente viejo», reflexiona, mientras espera que su padre le responda el chiste.

Graciosa, ¿eh?

Contesta Tanón del otro lado y agrega:

No te veo muy ocupada pensando, más bien te veo relajada en la puerta de casa. Por cierto, te queda bien el tapado rosa que te regalé.

Alina hace un gesto de asombro, mira alrededor, se inquieta, sonríe de par en par. Responde inmediatamente:

¡Tienes ganas de joderme! ¿Dónde diablos te encuentras?

Exclama en voz alta y escribe o al menos intenta eso, pues no le dan los dedos. Antes de terminar de completar la última palabra, aparece Juano manejando su carro y a su lado su padre riendo a carcajadas. Alina rompe en llanto y corre hacia él mismo anticipando:

—¡Maldito mentiroso! —exclama llorando y lo codea fuerte desde el otro lado de la ventanilla del auto que no termina de estacionar.

Minutos más tarde, se funden en un abrazo que guarda casi once meses de espera. Alina sabía que vendría en aproximadamente dos semanas, pero a sus espaldas y con ayuda de Juano, Tanón había conseguido pasajes antes. La estrategia iba a ser llevarla a la psicopedagoga a Maite y que Tanón espere de sorpresa en la casa, pero el día había tomado otro rumbo quizás más provechoso. Tanón había conseguido el primer vuelo disponible y el motivo del apuro estaba claro: Los Azules de primera. Dos entradas para el partido que se disputaba al día siguiente se escondían en su bolsillo. No tardó en mostrárselos:

—Mañana, nuestro primer partido desde que tenías… ¿doce? —dice emocionado.

Alina lo abraza fuerte. No contiene las lágrimas y tampoco podría hacerlo.

Faltan tres horas para la gran fiesta de la Verdi, su padre de pronto está frente a ella abrazándola y la espera mañana un evento excepcional que guarda recuerdos de su infancia, de su madre, de Jija… claro que está emocionada y la felicidad la envuelve en un aura que de pronto la hace vibrar y recuperar la luz.

Después de minutos de abrazos y más llantos, parten los cuatro hacía el Viejo Club.

Compartirán la clase de patín con Maite, y Tanón aprovechará para saludar a sus conocidos del lugar.

La felicidad aflora.

11:11

Todo está finamente conectado

1 hora y media antes

Alina

La llegada ha sido mitad risas, mitad llantos de Alina, que ha venido sintiendo un agujero en el medio del pecho por su padre, por la fiesta y por ese no sé qué que la viene envolviendo en una especie de melancolía intensa, esa que conoce muy bien desde siempre y que padece y encanta en pasados utópicos en la misma medida. Tiene los ojos cargados de emoción, tiene la mirada en Maite, tiene el corazón en el Viejo Club. Tanón sube la ventanilla, Juano pone el *stop*, Maite grita e intenta abrir el cierre de la funda de los patines que queda enroscado en el colgante de pompones de colores que lleva la misma. Alina le pide que espere mientras se envuelve en bufandas y hace malabares para abrir la puerta.

Cada vez que traspasa la entrada de estrellas azules y blancas, le da un no sé qué, pero ahora, con su padre caminando a su lado, con Juano y con la pequeña Mai, «todo parece tener otro color», piensa y se convence de eso. Por momentos, quisiera no hacerse más preguntas acerca de nada, por momentos quisiera aceptar el semejante regalo que la vida le dio. Agradece cada minuto, cada paso recorrido, cada acto valiente que la llevó a tener lo que ahora tiene. Agradece y lo hace de corazón, pero el alma le grita otra cosa, desde hace tiempo… y es insostenible.

Son casi las 5 de la tarde, los acontecimientos han ameritado la tardanza sobremanera, pero igualmente apuran el paso. Pasan los molinetes de entrada, caminan despacio por el sendero que conduce hacia el Gran Salón. La pista de maratón, las piletas olímpicas y las malditas canchas de fútbol que Alina viene ignorando desde que pisó el primer día. Verlas, es buscarlo. Ella lo sabe, por eso prefiere no prestarles atención, no mirar, no detenerse. Prefiere seguir, aunque el recuerdo le está tironeando desde el fondo. Evade.

La puerta de azul perlado los recibe impoluta e ingresan los cuatro, en manada, a la pista que ha venido renovándose a sus anchas desde hace tiempo. Menos la tira de gradas de madera de la derecha, esa permanece intacta.

Alina ayuda a Maite a cambiarse, mientras Tanón observa todo detenidamente y recupera el recuerdo. Juano se acomoda a su lado mientras le murmura sobre fútbol, básquet… Juano es fanático de los Nuggets; jugaba, de hecho, en el equipo de la preparatoria y su 1, 80 metros lo ameritaba. El tiempo luego lo llevó por otro lado, pero conservó su fanatismo por aquellos. Tanón, en cambio, no había sido bueno desempeñándose en ningún deporte, pero ha sido fanático de Los Azules desde tiempos remotos. Luego, el trabajo y la rutina lo llevaron a alejarse de aquellos partidos que sacaban a relucir lo mejor y lo peor de su persona, pues era, a sus sentidos, muy vehemente. Pero tenía grandes e imborrables recuerdos; recuerdos que estaba a un paso de revivir.

La clase empieza. Maite ya desliza sus primeros pasos titubeantes, Alina la mira detenidamente como miró alguna vez a las niñas que danzaban del otro lado del vidrio de la puerta azul, un día parecido a este, ocho años atrás.

Se enciende entre música y ruedas.

1 hora y media antes

Meme

—Vos tenés que entender que el fútbol se juega cuando se tiene la pelota y cuando no, también, querido. No se puede aflojar en este momento. Hay que fortalecer lo anímico, querido —dice Cecilio quien, con su efervescencia y ojos saltones, se pierde en explicaciones. Meme asiente con la cabeza, como acatando instrucciones, y porque sabe que, si no fuera por él, nada en su presente estaría pasando. Todavía recuerda cómo en ese mismo bufet se sentaron a hablar la noche que Meme deambulaba con lágrimas en los ojos por el club. Ya lo había visto el viejo con anterioridad en el mismo estado, más tarde la vería a Alina dejándole aquella nota que marcaría el camino milagroso hacia su destinatario. Cecilio era el mensajero. Él tampoco sabe que de pronto se iría a convertir en el engranaje de una historia que estaba a punto de volver a encajar.

La noche que Meme recibió el papel, fue la misma noche que había decidido ir a la Verdi, ir a su casa, a buscarla. Pero Alina ya había levantado vuelo de regreso a California y una tal Ágata lo mandaba a mudar del umbral de la tienda:

—Señor, Alina no está en el país. ¿Acaso es un cliente viejo? Porque tenemos nuevos rubros ahora, estamos a escasos meses de ampliarnos, le puedo ofrecer una suscripción al club de lectura que contiene —le decía aquella, interminable, y a Meme poco le importaba lo que pudiera ofrecerle.

Por supuesto, aquella misma tarde decidió marcar su primera llamada a Stin, la primera de miles. Y luego, el resto es historia.

Se acomoda en la silla de plástico, el bufet a esa hora (y para su suerte) no está tan cargado de gente, pero ya unos pocos le extendieron la mano reconociendo, tras esas gafas, a un indiscutible cinco. Máximo Rey mañana tendrá el gran reto de quedarse fuera por haber sumado tarjetas. No obstante, los nervios afloran casi igual que como si fuera a estar dentro. Aprovecha esta charla técnica con Cecilio más que nunca, pero no olvida que lo que lo trajo hasta aquí es otra cosa. Hace horas escucha hablar al viejo, mientras su corazón late de un modo que, asume, extraño. Un presentir le araña el alma y lo relaciona con el evento de mañana como para anclarse una respuesta y quedarse en paz. Pero Nina Simone suena en su cabeza impecable, como aquel 9 de julio. Cierta incomodidad le recorre el cuerpo, mientras Cecilio se deshace en palabras, pero él ya nada escucha. La imagen de Alina danzando en la nieve llega a su cabeza impoluta, como si en cuestión de segundos hubiera viajado al pasado para encontrar calor en aquel recuerdo.

Desde las ventanas del bufet y a lo lejos observa las luces del Gran Salón, el sentimiento ha permanecido intacto en su interior.

—Estoy enamorado de alguien —dice interrumpiendo a Cecilio—. ¿Se puede estar enamorado durante tantos años y sentirlo de igual manera? —le confiesa.

—¿Quéééé? —responde el viejo desconcertado, que venía incluso haciendo unas anotaciones y que estaba a punto de dárselas como tips para su próximo desempeño.

—Nada, Cecilio, pensaba en voz alta. Disculpa —dice y se acomoda el abrigo como para

partir.

Antes de abandonar el Viejo Club, se propone pasar nuevamente por el Gran Salón para volver a endulzarse con algún recuerdo.

Una vez fuera del bufet, se despidió del viejo con un abrazo.

Metros más adelante, Cecilio, que ha sabido parlotear todo el tiempo, pero que no ha sido indiferente a sus palabras, le grita:

—¡Eu, Máximo! No, no se puede estar enamorado todo ese tiempo. Pero se puede amar, que es diferente.

Veinte minutos antes

Alina

Tanón ha abandonado el salón hace algunos minutos para dirigirse al bufet y tomar su clásico café negro, como solía hacer tiempo atrás cuando las previas de los partidos ameritaban el mismo encuentro con amigos que hoy no están. Luego, se reunirá con ellos a la salida del club. Dejó el recado para Alina mediante Juano.

Maite descansa ya en las gradas junto con su hermano. La prepara para salir a la intemperie que, en menos de una hora, ha descendido más de 3 grados. Alina ha aprovechado este tiempo para salir del lugar dos minutos y despejar su cara en los vestuarios del Viejo Club. Aprovecha para sacar su neceser y retocar un poco el maquillaje corrido de hace unas horas atrás, cuando su padre acudía a su encuentro. «Te amo», le escribe a su padre en un mensaje y vuelve a guardar el celular en el bolsillo del tapado rosa largo que tanto ama. Tiene el cabello revuelto, los ojos cansados y el alma aparentemente feliz, si no fuera por esa sensación de estar olvidando algo que no la deja en paz desde hace días. Se recoge el cabello, lo ata con una coleta, se mira en el espejo, vuelve a soltar su cabello, sacude la cabeza. Se moja la cara, se acuerda de que hace unos minutos se maquilló, chasquea la lengua. Está molesta, pero nada en apariencia indica el por qué. El celular le suena:

Más yo, responde su padre y lee el nuevo mensaje que ingresa de Katina:

Deberías ya de estar acá, nena, dale.

Alina intenta maniobrar el cierre de la canilla del baño, que ha quedado trabada. Una notificación se hace presente:

Máximo Rey te agregó como amigo en Facebook.

Entrecierra los ojos. «Otra vez», piensa, recordando lo de esta tarde. «¡Pero qué pesados a veces estos clientes!», se dice y acepta la solicitud sin investigar mucho más. Guarda el teléfono, un escalofrío le recorre el cuerpo. «Basta», se dice y espera a Juano en las afueras de los vestuarios para emprender el regreso a casa y ya luego ir a la gran fiesta.

Veinte minutos antes

Meme

Está parado en la puerta del Gran Salón. Se detiene un segundo y mira nuevamente la pista y las luces. Esta vez, sonríe. Suspira con sabor a rendirse de toda una historia que a sus ojos podría estar acabada, pero no para su corazón. Un muchacho alto con una niña de pomposos rulos rubios abre la puerta de sopetón y causa un susto al fantaseado Meme que hace días viene rumiando.

—Lo siento —dice el muchacho y se aleja.

Meme mira el reloj y apura el paso al molinete de salida. Joan lo mensajea al instante:

Estoy afuera. Salida derecha

Meme sonríe negando con la cabeza. Si alguien lo conoce bien, es Joan. Si alguien sabe de las historias pasadas, es su amigo incondicional de juego y, ahora, de vida. No iba a esperar verlo a la noche. Meme le responde sarcástico y entre risas:

¿Acaso soy tu novia?

Ubica sus gafas y su gorra disimulando acaso algún otro saludo, pasa los vestuarios rápidamente y los molinetes también. Se detiene cuando un niño le grita "¡Máximo!" y le pide un autógrafo. Joan estaciona a pocos metros y ya lo divisa *glamoureando* en las afueras del club. Le grita desde el auto y le hace una seña con la mano. Meme lo divisa y le devuelve el gesto. Otro joven más se acerca a saludarlo y sabe que ese joven fue él mismo antes y quizás ahora también, así que no duda en devolverle el saludo. Se quita los lentes, le revolotea el cabello con la mano. Otros que ingresan al Viejo Club lo reconocen, se acercan, lo felicitan, el viento hace estragos y vuela la gorra gris que hace un rato escondía a Meme del mundo. Pero se queda allí, saludando, mientras Joan, que no tiene su misma paciencia, no para de hacerle señas desde el auto. Queda rodeado de al menos diez personas y firmando autógrafos.

11:11

Lo que es para ti te encuentra

Lleva sus patines en su funda, Maite no ha parado de correr de aquí para allá y Alina no ha reparado en intentar calmarla. Por el contrario, necesita que la niña corretee lo que necesite corretear por los caminos del Viejo Club.

Decirle viejo ya le queda viejo. El club tiene muchos años y alberga una parva de historias, de recuerdos que ahora de pronto comparte con Maite, con Juano, que la toma de la mano y le sonríe. «No quiero», piensa Alina y se suelta de él de inmediato como si acaso un reflejo le llegara impoluto. Sabe que la respuesta de un final a Juano puede romperle el corazón, pero lo siente tan claro como nunca lo sintió.

Las luces amarillas resplandecen, la noche ha caído abruptamente producto del incipiente invierno. Una música suena a lo lejos desde algún recóndito lugar. No es *jazz*, pero a sus oídos, le encanta. Si cerrara los ojos por un instante, volvería sin demasiado esfuerzo a años atrás, donde el nudo en la garganta le marcaba ese mismo camino y otros tantos años atrás también cuando Jija caminaba a su lado, cuando su madre la abrazaba antes de entrar a aquel temido, por entonces, gran salón.

Pero ahora los mantiene abiertos y vívidos al mundo que tanto le costó construir y que, de pronto, cuestiona, pero, a decir verdad, nunca fue tan genuina con su sentir.

Mira su reloj, mientras Maite continúa dando vueltas en círculos. Son las 7 de la tarde y en la Verdi la fiesta ya se anuncia. No está Dano, tampoco Ágata. Pero está Katina, como siempre estuvo, y también Alina, que se ha encargado de resguardar los sueños incansables de aquel lugar y jamás perderlos. La magia no se ha perdido: «Ocho años, una vida entera», reflexiona Alina y sonríe recordando aquellos momentos duros. Lo extraña al viejo con toda su alma, desearía por un momento que regresara tan solo a retarla, por algo, por lo que sea. Algunas ausencias son demasiado rotundas, pero de ello Alina ha aprendido hace rato.

Un terrible grito de gol resuena en todo el lugar y, entonces, gira la vista hacia las malditas canchas de fútbol que tanto odiaba y que hasta hace horas había decidido ignorar. Aquello la llena de sentimientos que afloran entrelazados y que no podría definir con exactitud. Recuerda que mañana su padre pasará a buscarlos para ir a ver a Los Azules de primera y asiente con la cabeza. Es la tercera vez que camina por aquellos senderos luego de su vuelta a Buenos Aires y todavía no puede dejar de conmoverse con cada rincón de aquel lugar que plasma en su cabeza infinidades de imágenes. Pero lejos de lo que alguna vez sintió, ahora aquel lugar es su principal refugio. El lugar donde siempre va a querer volver. Porque volver allí, ahora, es como volver a casa.

Maite se escapa y Juano corre tras ella por fuera del molinete de salida. Siempre lo hace y aquel parece ir lento en su búsqueda para no atraparla de inmediato y dejarla ser en su absoluta y plena libertad. Alina ríe cuando ve aquella imagen que ya es común a sus ojos y que la deja ocasionalmente embobada.

Un instante antes, sintió su corazón conmoverse con aquella imagen en el campo de juego y ahora saborea los restos de melancolía, y deja que aquello se esfume entre su supuesto esplendoroso presente. Atraviesa la salida y, a lo lejos, Juano ya se visualiza haciendo piruetas por el aire con la pequeña Mai. Vuelve a sonreír, pero su melancolía no se ha disuelto; por el

contrario, aumenta. Intenta apurar el paso y esquivar a una muchedumbre que se aglomera en la puerta del Viejo Club por alguna razón desconocida. Se toma el pecho, aquella sensación de no poder respirar es tan vieja que no recordaba que se sentía tan pesada sobre sí misma.

Su corazón la alerta, la alerta como solía hacerlo cuando las cosas pasaban de pronto. Mira nuevamente a lo lejos, Juano sigue jugando con Maite y «nada puede estar mal», piensa, pero su alma se enmaraña en sentires inexplicables. Quisiera a veces arrancarse esa extraña sensación de estar olvidándose algo atrás, pero no puede. Lo siente como lo sintió hace largos años y allí mismo.

Respira, intenta como sea esquivar aquel tropel que poco a poco va esparciéndose. Vuelve a detenerse, piensa. Algo le sucede y ahora se conoce demasiado, pues su soledad le ha enseñado de sí misma. Respira y no puede. Un hombre se deja descubrir desde el centro de aquel tumulto y Alina clava sus ojos en él, que ha quedado de frente a su encuentro. Sus manos tiemblan, su corazón late, pestañear sería un pecado pues no puede dejar de mirarlo. Lo conoce.

«¿De dónde?», se pregunta y nada llega. Por un instante, siente estar sumergida dentro de una pecera donde ya nada hay a su alrededor, ni el Viejo Club, ni aquella muchedumbre, ni Juano, que de pronto la llama desde la otra punta junto con Tanón. Pero Alina ya no escucha, ya no responde a nada de aquel mundo externo, porque de repente está en otro lugar, en otro mundo, con aquel desconocido que ahora la mira con el mismo desconcierto. «¿En qué lugar estamos?», cuestionan ambos y Meme, aunque perplejo, le sonríe. «Si lo conociera diría que le pesa la nostalgia tanto como a mí», reflexiona e intenta leer sus rasgos. «Tiene el cabello negro, sus ojos son rasgados, su sonrisa podría armarme o desarmarme», dice y entonces siente a su alma desplomarse, aunque todavía está de pie. Lo mira fijamente, él también la mira a ella, como si tratara de leer lo indescifrable de su persona. Se miran y no pueden dejar de hacerlo. Alguna vez tuvieron solo eso y a aquello se aferraron. Se miran y sus corazones se inundan de felicidad, pero a la vez de sólidas nostalgias y tristezas. Se miran y saben que no hay casualidades que los hayan llevado hasta ahí.

Capítulo 12

Está estupefacta, desconectada, le tiembla el pulso. Juano, que maneja a su lado, comenta algo que Alina no responde y que tampoco ha escuchado. El frío de Buenos Aires parece disolverse y un calor inminente le retrepa la frente. Traga saliva y llanto.

Palidece. Tanón se da cuenta de ello e interrumpe:

—Hija, ¿todo bien? —pregunta y le acaricia el hombro desde atrás.

Alina lo mira por el espejo retrovisor sin responder y asienta con la cabeza. Tanón confirma que nada anda bien. Juano continúa relatando algo de los Nuggets que ahora ni Tanón escucha pues tiene los ojos en su hija. Maite pregunta qué van a comer a los gritos y patea el asiento trasero que le ha quedado incómodo a su ser inquieto. Alina, que ha estado sosteniéndole la mirada a su padre por el espejo, vuelve los ojos al frente y las luces de los semáforos le parecen incandescentes, eternas. «¿Qué acaba de suceder?», piensa y respira agitada. Una sonrisa conocida desde lejos le marcaba el profundo sentir de su alma. Por un momento, parece contemplar todo como desde otra perspectiva, desde otra escena, el cuerpo no le pertenece, el tiempo desaparece. Un *shock* desde adentro la tironea y pega un grito:

—¡Un momento! —exclama—. Detén el auto, he olvidado la billetera en las gradas —dice mintiendo y Tanón lo sabe.

Baja del auto con movimientos torpes y corre a toda velocidad los cien metros que han separado la puerta del club del auto de Juano. Ha salido corriendo de allí apenas Meme atinó a acercarse y se ha sentado en la butaca del auto, refregando las manos una y otra vez.

Frena apenas unos metros antes de los molinetes. Mira alrededor, la muchedumbre se ha esparcido y Meme parece haber sido un fantasma que jamás estuvo allí. Alina se acerca a la puerta de entrada, respira agitada, lo ha estado haciendo desde que lo vio. Intenta controlarse. Sabe hacerlo, sabe disimular muy bien todo hacia afuera y por dentro sabe guardarse rota. Un hombre de seguridad que maneja un aparato de *tickets* en sus manos, la vislumbra perdida y le pregunta:

—¿Está usted bien, señorita?

A lo que Alina no responde. Quiere hacerlo, pero no puede. «¿Acaso estoy loca?», piensa y está a punto de convencerse de ello cuando alguien le roza el brazo.

Una sensación de descarga eléctrica la causa una reacción repelente y gira sobre su eje.

—Hola —dice Meme, en carne y hueso, frente a ella. La ha estado observando desde el auto de Joan totalmente exacerbado.

Alina lo mira y responde entrecortado:

—Hola —dice e intenta sonreír y disimular su nerviosismo, pero le cuesta el alma y la herida.

Meme parece estar sumergido en su misma burbuja sin entender qué coincidencia los trajo hasta allí, a la misma hora, en el mismo lugar. Revuelve, en menos de un segundo, en

suposiciones y casualidades que sabe él mismo que no existen. Rompe el hielo, como lo ha hecho siempre:

—¿Cómo has estado? —le pregunta y necesita abrazarla y que jamás se vaya, pero claro, no lo hará. No puede. Han pasado ocho años y demasiada distancia. No sabe lo que siente, pero siente demasiado todo. Recuerda las palabras de Cecilio: «Se puede amar», piensa esperando la respuesta de Alina, que ha estado en silencio observándolo.

—Bien —responde con cierto dejo de timidez. Lo mira, se detiene en cada detalle de su ser. Él también lo hace.

Meme va a hablar de nuevo, pero Alina interrumpe:

—¿Dónde has estado? —pregunta.

—Viajando —responde entre suspiros y Alina asiente con su cabeza. La mueca triste de ambos evidencia lo profundo que ha calado la ausencia.

Alina se deshace en nervios y el viento gélido que arremete la despabila en una expresión de recelo que no evita. Está enojada. Intenta meter un bocadillo más, pero Meme vuelve a interrumpir:

—Y buscándote —dice y sus palabras son como una daga.

Ambos parecen estar compartiendo aquel campo nevado de hace 8 años atrás. Ambos están callados, se miran a los ojos, luego escurren las miradas... hay una especie de incomodidad que riega el aire, el habla, el cuerpo. Nada de lo que sienten parece haber cambiado en demasía, pero todo es muy confuso. El silencio habla por los dos y saben muy bien de ello.

Tanón aparece agitado e interrumpiendo la escena:

—Ali —le dice y pone los ojos en Meme. Le cuesta reconocerlo, pero lo hace a pesar de su notable cambio y crecimiento.

Alina hace señas de que espere, Tanón se queda aguardando.

Alina mira a Meme una vez más:

—Parece que eres famoso —dice.

—¡Ja! No lo soy —comenta—. Bueno, un poco. Pero nada del otro mundo.

—¿Llegaste donde querías? —le pregunta ella, que ha estado velando por sus sueños antes de que él pudiera enterarse.

Meme hace un silencio.

—Pensaba que sí, hasta ahora —le responde y Alina enmudece.

Tanón se ha alejado unos metros, pero hace señas a su hija de que se apure.

Alina mira su reloj y la llegada tarde a la Verdi ya es un hecho que causará estragos en Katina.

—Fue un gusto verte —le dice y titubea para saludarlo en la mejilla, pero no lo hace.

Meme le sostiene su mirada y agrega:

—Mañana estaré aquí. Ya sabes... Los Azules —explica sonriendo, y Alina le devuelve un gesto demasiado distante a sus sentidos.

—Adiós, Meme —le responde dando pasos hacia atrás lentamente.

—Me llamo Máximo —dice, mientras le está pidiendo con el alma entera que no se vaya.

Alina lo mira en silencio y asiente con la cabeza: «Rey», piensa esbozando una leve sonrisa y gira en dirección a su padre.

Se aleja con Tanón rumbo a la Verdi.

Máximo le pide a Joan que siga el auto de Juano.

Capítulo 13

La gran fiesta de la Verdi

Alina

Los acordes en el piano regalan una melodía de Nina Simone que ha inundado el jardín del fondo con destellos musicales de una sutileza majestuosa. El limonero adorna de luces cálidas, bancos barnizados de madera y mesas de patas ornamentadas acomodan el ambiente. La pared mágica, rodeada también de luces, de pequeños ganchos dorados y de un cartel de letras talladas que anuncia claramente "La pared mágica". Debajo del mismo, una canasta de mimbre con pedazos de papiros, lápices y cintas de colores. En detalle, escrito y como si fuera la letra chica de un fármaco:

Aquí sucedieron magias. Recoge tu papiro y escribe tu deseo. Luego, deja que el milagro haga lo suyo y, sobre todo, cree en ello firmemente.

La magia es uno mismo.

Alina observa con su copa ancha en su mano y de cara al miniescenario lo que estos años le han regalado. Los acordes de aquella melodía que, claro, conoce bien, se le cuelan en los oídos, en el alma. Katina a su lado cerrando los ojos, abriéndolos, mirando a su amiga emocionada y no queriendo perderse ningún detalle. Se abrazan de cara al pianista que ha estado haciendo estragos con aquel instrumento. Hace años, en ese mismo lugar, la noche no brillaba.

—Hoy hay más de un motivo para festejar —susurra Katina y Alina responde casi con ironía pues el día le ha enseñado de milagros:

—Ya lo creo —dice sabiendo lo que su amiga y compañera aún no sabe.

Lo que ha pasado horas antes de pisar la Verdi, la ha dejado en una especie de burbuja. Pero disimula. Ha disimulado al llegar a la casa y tragar lágrimas frente a Maite y también lo hará aquí. Se ha encerrado por un largo rato en el baño con el pretexto de estar preparándose para el evento y, mientras respondía a su padre —que se encontraba del otro lado de la puerta— con voz entera, impecable, por dentro le explotaba el cuerpo. Se ha sentado en el inodoro y ha tomado el corazón con su mano, como suele hacer cuando siente que las cosas están alzando un vuelo desmedido. Ha hecho grandes esfuerzos para inhalar, sostener, largar, largar todo y repetir mil veces hasta pararse frente al espejo y saberse maquillar reluciente. El vestido blanco largo y el cabello recogido con sus mechas claras por delante han sido un acierto. Y así, sin registrar a Juano en lo más mínimo, ha partido hacia la Verdi para estar inmaculada, como lo está ahora, frente a aquella banda, frente a aquellas personas que disfrutan de la noche. Pero por dentro es batalla.

Juano está sentado en una de las mesitas de aquel esplendoroso lugar, junto a Tanón. No ha

dejado de mirar a Alina y sentir su indiferencia como puñal al alma. Maite ha estado correteando y jugando con Luz Luciérnaga. Han enroscado unos anillos fluorescentes en sus manos y en sus cabellos. Luciérnaga sabe ser una niña más siempre, aunque cualquiera desde afuera y a sus ojos podría decir lo contrario. Tiene el cabello reluciente que levanta en una coleta, tiene aires de estrella, de saber todo siempre, de atreverse a cualquier situación que requiera de su audacia como aquel *fuck you* años atrás del otro lado del vidrio de la 21. Por dentro, es otro cantar. Corretea con la pequeña en una ida y vuelta de escondites y bailes, se pierden entre risas.

El teléfono de Katina suena, del otro lado de la Verdi, el anexo 21 está atestado de personas que cargan sus bolsas doradas de aniversario y aportan al evento comprando alguna lectura de interés.

Todo marcha a la perfección.

Vinicius le anuncia del otro lado de la pantalla. El joven brasilero asistente ha manejado un pequeño grupo de tres personas a su cargo desde que la Verdi se amplió y ha hecho maravillas con la organización. Alina suele chistosearlo con su seriedad, pues a sus 25 años tiene aires de señor mayor, según ella, y suelen, entre ambos, tener grandes momentos de risas por su pronunciación ambigua. A Vinicius nada se le ha escapado nunca y pone el grito en el cielo si acaso Luciérnaga olvida alguna cosa, que ya es común.

El móvil de Katina vuelve a sonar insistente y esta vez un mensaje ilumina su rostro:

¿Pensaban que no iba a venir?

Ágata dice en su WhatsApp y automáticamente muestra la pantalla encendida a su amiga que hace una mueca de asombro abriendo los ojos de par en par y da pequeños saltos:

—¡Lo que me faltaba, por todos los universos! —grita Alina en desespero.

Kati la abraza, aunque parece no estar tan sorprendida como ella. Su amiga le exclama:

—¡Ya lo sabías, zorra! —le dice y se deshacen en risas.

Katina insulta por los aires, lo que roba algunas miradas.

Exclama mirando el cielo:

—¡Maldita, *sugar mummy*! —grita desaforada.

Nadie aparece al encuentro y ambas se mueven nerviosas. Segundos después, y arriba del escenario, alguien recita:

‘¿Quiénes somos los que buscamos? ¿Somos peces que seguimos una corriente hasta que algo nos sorprenda o somos los que tomamos el timón esperanzados de que el amor suceda? ¿Cómo hacer para dejar de buscar el amor en cada instante?’, me dije alguna vez desesperanzada. Luego entendí que te encuentra. Y lo entendí cuando me olvidé de justamente buscarlo.

Hoy, a nuestro Dano, que fue amor en todas formas y que hoy nos cubre de felicidad, pero que alguna vez nos ha cubierto de tristeza. Como dice Nina: ¿De qué vale el arte si no encontramos belleza en la más honda tristeza?

Gracias, hermano, por nuestra Verdi.

Relata Ágata desde arriba y con un micrófono en mano, mientras Alina y Katina se mezclan entre llantos desconsolados y sonrisas. Luego, corren a su encuentro y se abrazan las tres en una emoción profunda que dura minutos y que todos aquellos espectadores observan sin saber que detrás de aquello hay historia, hay marcas, hay heridas.

Casi una hora más tarde, la Verdi se eleva en un festejo que trae mucho más que recuerdos. Las tres están reunidas en una mesita de aquel jardín del fondo riendo a carcajadas en lo que ahora parece ser una comedia, de la mano de Ágata contando su experiencia de viajera con su joven pareja Roy que, por cierto, no ha dejado de observarla desde el otro lado del jardín, pero que sabe que necesita aquel momento con aquellas dos más que nunca.

La noche revela su máxima expresión y el frío ha pasado desapercibido a los cuerpos que bailan y que encienden. Hay un aura de encanto, de un no sé qué que envuelve las horas y que parece volcarse en aquel lugar como sanando una herida. Hay una brisa, hay un silencio entre las tres de pronto que habla, que dice más que cualquier palabra. Alina hace una mueca que Ágata identifica muy bien pues la conoce desde sus tempranos años. Le toma la mano, a aquella se le escurre una lágrima que intenta despejar con su mano derecha, la misma con la que sostiene una copa. Katina la abraza. Alina suelta lo que ha estado conteniendo en el pecho desde hace horas:

—Vi a Meme —declara contundente. Nombrarlo otra vez le resulta extraño en su hablar. No contiene sus palabras, necesita largar lo que ha estado sosteniendo desde hace horas—: «Y sinceramente quisiera correr e ir a buscarlo donde esté, pero —explica y Katina interrumpe:

—¿Me estás hablando de que lo has visto de verlo, de verlo, en realidad? —pregunta.

—Te estoy hablando de verlo en realidad —responde Alina.

—Pero me refiero a si en realidad es *en realidad*, o sea, verlo cara a cara.

—Katina, por dios, ¿estás estúpida o qué? —comenta Ágata—. Ya deja de beber ese mojito que te vuelves loca. Deja a la chica que cuente.

—Por Dios, que exageras siempre. Llevo solo seis mojitos, déjame —dice balbuceando—. Es que es realmente extraño. Han pasado años —reflexiona Katina y Alina encoge los hombros.

En menos de diez minutos, larga el rollo de horas antes y ambas escuchan detenidamente.

—Justo hoy, ha sido justo hoy —dice Alina y agrega—: digo, que Katina estarás borracha, pero que sí, que justo hoy que se cumplen años de la Verdi, que se cumple un aniversario de que Dano no está, que apareces otra vez tú, Ágata. Que sí, es muy loco.

—Pero eso lo hemos planificado con Vinicius, estúpida —comenta Katina riendo—. Y a la tonta de Luciérnaga casi se le escapa, esa chica no está nada bien, nada bien —expresa y hace un gesto con el dedo índice en su cabeza.

—Shhhhh —responde Ágata—. Tiene razón Alina. ¿Te piensas que una casualidad puede llevar a tanto? Es un punto —sentencia.

—¿Un punto? —pregunta Alina.

—Un punto, un momento. Fino, casi imperceptible, un detalle que no es casual, por el contrario, corresponde a algo más. Ya lo sabes, ya lo decía Dano. Algo está conectado, dos almas, dos momentos, dos lugares… y si de pronto la adversidad ha de separar estas partes, pues

deberán volver a reunirse, mi reina —dice y asiente con la cabeza—. Hay un punto en el que las deudas deben saldarse y las almas reencontrarse. No me parece tan loco.

Ambas la miran completamente embobadas. Katina, que siempre ha sido de lo más escéptica respecto de las señales y los puntos especiales, ha quedado igualmente rumiando en aquella teoría. Alina piensa y sabe que nada de esto puede ser casual a sus ojos.

—La línea de tiempo se ha vuelto a unir hoy —dice Katina concluyendo. A lo que Alina agrega:

—El tiempo no es lineal.

Las tres absortas en silencio. Ágata reacciona después de unos segundos y pide a los músicos que larguen en la siguiente ronda de canciones el famoso “Feeling good”, el momento lo amerita. La Verdi está a punto de explotar.

Juano se acerca en medio de aquellas trompetas con Maite ya dormida en brazos, Alina acciona y la besa delicadamente en la frente.

—Dejaré a Tanón en la casa. Me llevo a Maite. Mañana hablamos —dice con esfuerzo por aquellas trompetas, pero en claro tono de angustia.

Alina asienta con la cabeza y esboza una sonrisa que le duele casi igual de lo que le duele a él su ausencia.

Tanón le pellizca una mejilla y le guiña el ojo:

—Después hablamos —dice perspicaz.

Ambos abandonan la tienda. Juano sabe que la ha perdido.

Capítulo 14

Meme

—¿Me puedes explicar a dónde nos dirigimos, amigo? —pregunta Joan que sigue a rajatabla las instrucciones de Meme, pero con total incertidumbre.

Alina se había alejado con su padre por una de las calles linderas del Viejo Club y él había tenido el suficiente ojo para vislumbrar el auto de Juano, detectar el Ford verde uva metalizado y apurar el paso para seguirla.

«Me parece que esto es demasiado», pensaba para sí mismo, pero el impulso era mayor. Una fuerza dentro lo invitaba a hacer lo impensado y poco importaba si aquello estaba bien o mal. Pudo más el fuego de ir tras ella que quedarse detenido nuevamente. Ocho años separados ya habían sido suficientes. Iría a activar tras aquel carro a cualquier precio.

—¿A quién estamos siguiendo? Lo de detective no me funciona muy bien —comenta Joan ansioso y al volante.

—Ya calla, Joan, por favor, solo sigue disimuladamente el auto.

—¿Qué significa disimuladamente? ¡Ja! Eres de lo más raro, Máximo. Quizás ya te lo haya dicho antes, pero ahora lo confirmo.

—Está bien ser raro, me sienta mejor que andar fingiendo normalidad —dice Meme que se refriega los ojos y afina la vista para lograr verla.

La hora anuncia cierto embotellamiento que pone a Meme los pelos de punta. Un cruel peaje rompe la especie de persecución con una distancia considerable que hace perderlos arriba de la carretera libre.

—¡La puta madre! —exclama con frustración.

—Lo siento, amigo, todavía no tengo el carnet del FBI. Me bloqueo, me bloqueo bajo presión, ¿entiendes? Me pasa lo mismo en el juego, esto debe ser una señal, sí. Por eso mi débil rendimiento últimamente. ¿Te parece que tengo que ir al psicólogo? —pregunta Joan y Meme le da dos palmadas en el hombro y le sonríe.

Siguen a lo largo de la carretera en dirección al bar donde habían quedado ir esa tarde antes de que el destino se interpusiera en el camino. Una vez allí, se envuelven entre algunos tragos y muchachas preciosas que, sin pedirlo, se han dispuesto a acompañarlos. Pero Meme está en otro mundo y Joan, a pesar de que está bastante entretenido en los ojos de una de aquellas mujeres, se da cuenta de esto y le hace señas para que accione la noche un poco.

Las 9:20 p. m. caen abruptamente y su cabeza no ha dejado de rumiar un segundo en aquella escena. «Por dios, ¡qué hermosa estaba!», piensa y se envuelve en mucho más que deseo. Casi inconscientemente, toma el celular y busca nuevamente su perfil de Facebook. Alina ha aceptado la solicitud y aquello de pronto lo enciende. Está nervioso, se enreda entre sus dedos leyendo sus últimas publicaciones. Saltea las fotos con Juano, no necesita ver eso ahora. Un cartel enorme

aparece en medio de la pantalla, como si el universo tratará de zarandearlo más:

«Alina Mars asistirá a La G*ran Fiesta de la Verdi»*

Dice la descripción con fecha y hora de ese día y de ese preciso momento. Meme reacciona. Se muerde las uñas. Sigue mirando el perfil, las fotos de ella, se enmaraña de encanto al verla sonreír. Se replantea ser prudente, lucha cada tanto contra aquel ímpetu que lo empuja a hacer las cosas que lo apasionan a cualquier precio. Intenta tranquilizarse. Niega la idea que ronda y ancla en su cabeza de querer ir allí mismo y hacerse presente. Le parece demasiado. «No sería correcto», piensa y se harta de sí mismo de tener que saberse correcto para el mundo. No lo es. Es humano y la llama aviva vorazmente dentro suyo.

—¡Nos vamos! —le dice a Joan y se levanta de un sopetón de la banqueta de hierro.

Joan lo mira desconcertado. Se lee en sus ojos un «no puedes hacerme esto» y mira de reojo a la mujer de ojos cafés que tiene al lado. Meme saca su teléfono nuevamente, busca en el chat de WhatsApp el último mensaje de Joan, chequea su número, lo anota en una servilleta y se lo da a la mujer.

—Mañana lo llamas —le ordena y toma a Joan de la remera para que lo siga.

Joan ha quedado molesto, pero a su amigo no va a fallarle. Ambos emprenden camino a la Verdi.

Horas más tarde, estacionan, escurridizos, en la esquina de la tienda.

La noche ha caído abruptamente y el frío, aunque es intenso, no congela en demasía. Se escucha cierta melodía desde mitad de cuadra que procede de ambas tiendas y también se vislumbran pequeños grupos de gente entrando, saliendo y cargando bolsas. La Verdi original viste un atuendo de lo más luminoso y ha cambiado sutilmente su fachada conservando la historia. Meme observa, Joan habla:

—Amigo, perdón por lo que voy a decirte, pero creo que hoy estás demente. No entiendo nada. Estamos en esta esquina, solos, mirando la nada. ¡Tienes tus ojos clavados en una librería! ¿Acaso te has vuelto loco? —dice.

—No es una librería nada más.

—¡Lo que sea! ¡Me marcho, nos vamos! Estaba a punto de lanzarme en los brazos de la morena y me lo has arrebatado. De lo peor que me has hecho después de aquel mal pase con los Verdes. ¿Te acuerdas? El año pasado...

Meme no responde y Joan agrega:

—¿Acaso estás nervioso por mañana? Yo también, pero no estoy actuando como un maldito loco —reclama y Meme ignora—. Al menos puedes decirme qué diablos hacemos aquí, en una tienda de libros y con esa música aburrida que suena con trompetas y piano como *jazz* y —Joan calla de pronto. Mira a su amigo, quien le devuelve una mirada contundente. Joan hace una mueca de pena y se da cuenta de todo, pues aquel se ha derretido en historias acerca de Alina y del *jazz*:

—Es la muchacha de la cual me hablaste —afirma y Meme asienta con la cabeza—. ¿La de hace ocho años atrás? —pregunta, y aquel desliza el mismo movimiento.

Joan insiste:

—Es la que vimos en la puerta del Viejo Club, ¿verdad?

Meme tampoco responde, pero su expresión es evidente.

Un silencio entre ellos riega el aire. Apenas dos segundos bastaron para que un tirón sacuda a Joan de la butaca y lo accione: apaga el auto. Quita las llaves, toma su bufanda, ajusta su campera y le ordena a Meme:

—Bájate ya.

—¿Qué haces? —pregunta aquel confundido.

—Lo que hemos venido a hacer y ya deja de dar vueltas. Baja. Vamos a entrar.

—Estás loco —responde Meme.

—Tengo un amigo llamado Máximo que es peor.

—No voy a entrar.

—Lo harás.

—No puedo.

—Eres un idiota y cobarde.

—No soy ningún cobarde…

—Lo eres. Baja ya.

A Meme le tiembla el cuerpo, Joan apura:

—Arréglate ese cabello espantoso —ordena—. Entraremos dignos.

Meme vuelve a hacer un silencio, comenta con cierta frustración:

—Tiene novio… o esposo, o alguien en su vida. Yo ya soy historia.

—Ok. Está bien. Entiendo. Detalles que no me has dicho —reclama aquel que ya se ha puesto la camiseta de mejor amigo desde hace rato.

Meme alza los hombros como aquel niño de hace tiempo. Joan vuelve a accionar:

—Te conozco. Sé de tus pasiones. Por algo has querido venir. Ahora, lo repetiré en voz lenta: entraremos igual, la verás, ella te verá. Clavarás sus ojos en su mirada así —dice haciendo una demostración ridícula que causa una carcajada en Meme.

—Estás demente.

—¿Estamos ambos, puede ser?

—Lo estamos —responde Meme.

Joan sonríe.

—Así que, mi querido amigo, entraremos, con o sin novio.

Ambos toman coraje y bajan del auto en dirección a la tienda.

Unos metros antes de ingresar, Meme reconoce al muchacho alto de las fotos de Facebook con la niña saliendo de la tienda y encaja el rompecabezas a sus ojos. «Definitivamente es él», piensa y un reflejo le hace estirar el brazo para detener el paso de Joan. «Vaya, también me lo he cruzado en el Gran Salón», piensa encajando las piezas.

—Espera —le dice a su amigo.

Una grieta en el tiempo se abre, Meme observa al (ahora) reconocido Juano, acompañado de Tanón, entrar en su auto e irse con un semblante que no parece amable. Se pregunta por dentro si acaso Alina estará dentro de la tienda o si no y la respuesta llega automáticamente: «Por supuesto que está. Alina jamás dejaría la tienda», piensa.

Casi sincrónicamente, el auto pasa al lado de aquellos dos. Meme escurre la mirada hacia su derecha y baja la gorra que ha recuperado luego de que el viento se la robe en el Viejo Club. «Por si las moscas», susurra a Joan bastante más firme en su andar que hace segundos.

Un minuto después, ya están dentro.

Le late el corazón de una manera que podría asemejarse a los nervios previos a un partido. La tienda por dentro sí ha cambiado sobremanera y, aunque conserva las altas estanterías de manera reluciente, todo parece estar perfectamente modernizado a los tiempos de hoy, pero con ese toque de pasado intacto que concluye en un ambiente único. Luces cálidas, maderas brillosas, un colgante gigante de piedras en el medio de la sala. Libros perfectamente separados por sectores delimitados con carteles tallados y ornamentados.

Una recepción que los recibe con aperitivos y los invita cordialmente a pasar. Al fondo, un ventanal enorme que ya vislumbra el claro paso al jardín del fondo. En el aire: el tiempo que flota sin medida alguna, la música, los destellos de luces.

Joan le hace una seña y ambos se escabullen entre las estanterías de la Verdi.

—Presta atención y avísame cuando la veas —le dice a Meme, mientras sostiene un libro en su cara como si alguien fuera a reconocer aquel supuesto acto vandálico. Aquel sonríe, pero no está para nada relajado. Por el contrario, la música lo envuelve en un escenario fantasioso que lo deja unos segundos fuera de aquella realidad. Joan le zarandea el brazo:

—¡Despierta, tonto! —le dice y le da una palmada en la nuca.

Meme respira profundo y hace un paneo general del lugar, pero el tumulto le nubla la vista. Piensa, para sí mismo, que lo peor que le puede pasar ahora es que alguna otra casualidad le ponga a algún fanático de Los Azules en la sala y eso termine por acabar con su anonimato. Sabe que es poco probable, pero no imposible; así que cada tanto mira hacia el piso como para no revelarse al mundo.

Siguen recorriendo y pasando por cada estantería, el lugar parece más amplio de lo que recordaba, pero no se detienen en su andar.

Se escuchan carcajadas desde el jardín de invierno, los acordes de “Feeling good” de Nina Simone comienzan a sonar y Meme sabe que aquello solo puede significar una cosa: Alina está allí.

Inmediatamente, hace señas a Joan de para que lo siga y con cautela cruzan el portal que separa la tienda de aquel lugar reluciente.

Un atroz nerviosismo lo ha invadido. Se rasca la cabeza. se quita la gorra. Se percata de que es mejor tenerla puesta. La ubica de nuevo. Busca con la mirada a lo largo del jardín de invierno y reconoce como si fuera ayer a Katina sentada en una mesa y alzando una copa. Alina no está y continúa el recorrido con la vista para dar en el blanco que parece esconderse. Se anima más y se adentra en el jardín. El limonero que tanto recuerda se interpone ante él y roza con la palma de su

mano las hojas como para recoger recuerdos de hace un tiempo atrás. Joan ya se ha perdido con una mujer que le ofrece un trago y se ha quedado de cara al escenario obnubilado por aquel lugar. Meme continúa su trayecto y desespera puesto que no la ve. No encontrarla nuevamente sería el colmo e intenta no pensar en todo lo escéptico que su cabeza le arroja.

Segundos antes de rendirse y con sus ojos clavados en la pared mágica que carga, ahora, cintas de todos colores, aparece Alina vestida de un blanco inmaculado impecable. Queda perplejo. Se le anuda la garganta. El alma nuevamente le avisa de un sentimiento que ha guardado hace tiempo, pero que aún conserva. Intenta calmarse, cargarse del coraje que ha aprendido a cultivar estos años. La observa desde pocos metros y da pocos pasos hacia ella. Alina está de cara a la pared colgando lo que aparentemente es una carta más, como todas las que rodean aquel muro, y apoyando la palma de su mano en ella.

Meme da otro paso temeroso acomodando justo a sus espaldas. Alina continúa apoyando la mano en aquella pared y ahora apoya su mejilla izquierda sobre los ladrillos, como si quisiera escuchar algo del otro lado del muro. Meme da otro paso y está demasiado cerca como para escucharla decir «Dano» y suspirar con el viento que de pronto levanta y arroja sus cabellos en sus ojos. Meme aprovecha el juego de aquel vendaval y se ubica a su lado conservando un espacio prudente entre ambos.

Alina mantiene los ojos cerrados y parece estar hablando sola y demasiado bajo como para poder descifrarla. Los acordes de “Feeling good” sobrevuelan el ambiente y Meme apoya su mano en la pared mágica y con ojos abiertos aguardando a que Alina reaccione de estar soñando despierta, como suele hacer.

La melodía da un golpe en la percusión demasiado fuerte como para ser ignorada y aquella abre los ojos y se quita el cabello que ha quedado enroscado en su oreja derecha. Meme aparece frente a su persona:

—¡Mi Dios! —exclama y se despegan ambos del muro de un susto quedando cara a cara y enmudecidos.

Meme la mira agitado y hace un gesto levantando sus hombros como si fuera aquello su marca cuando acaso no hacen falta las palabras. Alina clava sus ojos en él con total desconcierto. Luego, observa su alrededor: Juano se ha ido, la Verdi está en llamas, Meme está frente a ella y no comprende nada muy bien, pero lo conoce. Sabe de su espíritu y de su osadía. Está a punto de decir algo, pero él interrumpe:

—No voy a volver a perderte —dice con mezcla de pena, tristeza y cansancio de años.

Alina se acerca sutilmente, respira profundo, él también lo hace y un aura de deseo, de erotismo, les recorre el cuerpo. Ambos están envueltos en una especie de universo paralelo. Nada alrededor existe más que aquel viento, más que aquellos acordes, más que aquellos dos que inmediatamente y llevados por un atroz impulso entrelazan sus cuerpos en un beso apasionado que se mezcla entre placer y una sensación de culpa por parte de Alina que ha venido calando por todo lo vivido con Juano. Joan, del otro lado de la pared, busca con la vista a su amigo y lo vislumbra desde lejos besando a la chica de sus sueños. Sonríe.

Los acordes de “Feelling good” concluyen impecables. La Verdi se deshace en aplausos a los

músicos. La noche invita a perderse.

Alina y Meme abandonan el jardín del fondo.

Capítulo 15

«Ven conmigo», le había dicho Alina y había tomado a Meme de la mano para escurrirse entre invitados y hacer oídos sordos a los mensajes de WhatsApp de Katina que, a pesar de su borrachera, ya los había divisado juntos a lo lejos, sin poder creer la escena. Tuvo que restregarse varias veces los ojos para caer en la cuenta de que no estaba tomada del todo por aquellos mojitos dulces, sino por la mera realidad que sus ojos traían: Meme y Alina se estaban besando en el medio de la Verdi, luego de ocho años, a los ojos del mundo. «Juano se acaba de ir», había exclamado Katina en su cabeza y sonreído escuetamente lanzando un grito: «¡Terrible!», había exclamado alzando una copa y brindando por aquellos.

Alina había subido las escaleras dobles caracol que conducían a la terraza de la Verdi y en la que, ocasionalmente, arrastraban cajas, trastes viejos y todo lo que quedaba de aquel cuartito del fondo desarmado de hace algunos años atrás y que ahora mudaba a un pequeño habitáculo en aquellas alturas. Ambos arremolinaban en aquel lugar y ahora la noche se incendiaba por demás.

—Estás hermosa —dice Meme y la toma del rostro mientras la besa.

Alina también lo hace y siente el roce de su lengua en la boca lo que enciende más la noche que ha caído abruptamente. No así el frío, pero ninguno de los dos lo siente. Meme pasa su mano por sus pechos, Alina escurre la suya por debajo de su campera para llegar a tocar su piel tersa y morena. Se pierde en su perfume. Observa el lunar que alguna vez le agitó el cuerpo y hoy se lo revuela. Están respirando profundo, agitado, intenso. Meme le suelta el cabello y Alina lo deja caer sobre sus hombros, se desarma un aroma a flores. Meme le arrastra el bretel del hermoso vestido blanco y hunde su cabeza nuevamente en sus pechos, que parecen oler a fresas. Siente al tacto de los labios, la piel erizada, pasa su lengua por sus pezones insistentemente y humedece aquel momento en un segundo. Alina toca su cuerpo, aprieta sus brazos, levanta su vestido y ubica la mano de aquel por debajo. Lo mira esperando a que accione. Quiere que lo haga, quiere sentirlo dentro de sí misma, ha esperado demasiado, ambos lo han hecho. Se puede ver cierto dejo de vergüenza en él que se pierde igualmente en placer al pasar su mano por entre medio de sus piernas y tocarlas, lo que provoca en ella un gemido que la invita inmediatamente a desabrocharle los pantalones. Meme la ayuda rápidamente y en menos de un minuto, de cara a la noche estrellada, se hunde en su cuerpo cerrando los ojos. La toma fuerte de los muslos, Alina le pide que no se detenga un segundo, ambos se están fundiendo. Meme lanza un “hermosa” casi dos segundos antes de terminar dentro de ella y Alina le responde echando su cabeza hacia atrás para sentir el orgasmo que ha llegado demasiado inmediato, pero los ha dejado a los dos exhaustos.

Unos minutos después, están acostados cubiertos de mantas viejas, en el piso de membrana de la terraza de la Verdi y en silencio. Las palabras han sobrado siempre y ahora no va a ser la excepción. Sin embargo, como siempre sucede, Meme rompe el hielo:

—¿Es tu novio? —dice con cierto recelo.

—¿Quién?

—El chico alto. El de pecas.

—¿Cómo sabes?

—Es tu novio, entonces —responde Meme con voz angustiada.

—Ya no —dice Alina—. Pero lo era.

—¿Lo amas? —le pregunta él queriendo saber cuánto más dolor le costará este encuentro.

—Basta, Meme.

—Soy Máximo —responde aclarando que ya no es aquel joven que conoció hace años—. ¿Y tu hija? —pregunta insistente.

—A ella sí la amo.

—Me imagino que sí.

—Pero no es mi hija —declara.

Meme la mira, le hubiera gustado indagar en eso, pero Alina interrumpe:

—¿Y quién es tu novia? —interpela.

—Nadie.

—No te creo. Desapareciste.

—No por ella.

—Entonces, tienes.

—Tenía, sí. Solíamos ser buenos amigos y luego ya…

—¿La amas? —pregunta Alina

—No—responde.

Alina suspira, mira las estrellas. Tiene demasiadas preguntas que no quiere hacer y a la vez sí. Se envuelve en sus ojos, le parece mentira tenerlo de frente. Vuelve a pensar si largar todo el rollo de interrogantes, pero la noche es demasiado hermosa para revolver aquello. Meme le acaricia la mejilla. Alina recuerda aquel pelotazo, el día del parque, el día que nevó, recuerda también el día que se fue y el dolor como si fuera hoy. Se levanta incómoda y se cubre con una manta. Lo mira fijamente. Luego clava sus ojos en la noche:

—Desapareciste —le dice con una dureza que desentona con la Alina de hace dos segundos.

—Te pedí que vuelvas y no volviste. Te vi con ese hombre en fotos —se defiende Meme.

Alina frunce el ceño:

—Egoísta —dice.

—Tú lo fuiste —ataca él y se levanta también. La mira. Pero ella no lo hace. Se está perdiendo entre más recuerdos. Habla:

—Yo estaba intentando hacer mi vida, tú te fuiste primero —reprocha—. Me abandonaste igualmente. Te lo pedí. Te pedí que vuelvas.

Hay un silencio incómodo entre ambos.

Meme intenta abrazarla. Alina lo evade. Se cubre los ojos, se muerde los labios. El tiempo pasado es una daga, el regalo es este, el ahora. Pero no lo ven.

—Mi padre falleció. Mis hermanos no sé en dónde están. Todos se fueron en su momento y cuando quise volver a ti, te vi con ese muchacho, el de pecas... en tu Facebook. Jamás me aceptaste tampoco mi solicitud de amistad. Por meses pendiente —reclama.

—¡Pero si nunca me mandaste nada!

—Máximo Rey. Soy ese que cancelaste mil veces.

Alina inclina sus ojos hacia arriba, la escena viene impoluta. Lo puede ver. Sabe ahora de dónde sonaba tan fuerte en su cabeza aquel nombre. Observa en Meme un aura de tristeza que aflora sólida.

Alina afloja, lo abraza, pero tiene bronca, enojo, también amor. Todo eso junto puede sentirse cuando de pronto crees que el mundo te ha arrebatado una historia de amor porque sí. Ambos están movilizados.

—Voy a cumplir 26 —le dice Meme y ambos ríen.

Están envueltos en aquella manta, en el medio de la noche con sus ropas a medio vestir y apoyan ahora sus cabezas una contra la otra:

—Miedo —susurra Meme.

—Igual —responde Alina mientras el corazón le late por demás a un futuro incierto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No sé. Quizás baste con no perdernos más y saber que existimos.

—No, a mí no me basta eso —responde él contundente.

Horas más tarde, el sol les pega de frente.

Capítulo 16

Alina y su padre se acomodan en las gradas de Los Azules que juegan la anteúltima fecha de un torneo que podrá o no llevarlos, finalmente, a la gloria. Se escuchan cánticos, aplausos, hay una escena que conoce bien donde el viento de invierno levanta papeles y recuerdos; donde nuevamente está su padre, su madre, quizás Jija que, cada tanto y cuando podía, se colaba entre las gradas. Si pudiera contar los días que esperó este momento, no le alcanzarían los números ni las palabras para explicar que es mucho más que un partido. Le encantaría no estar sumergida en la burbuja de ayer, pero siente el perfume de Meme en su piel, en su aura, como un halo que cada tanto la hechiza de besos, de caricias mojadas, y de todo lo de la noche anterior que le revuela el estómago y la hace sonreír y sonrojar a la vez. Mira a su alrededor, intenta disfrutar. Mira a su padre, responde un mensaje de Juano:

En 5 minutos empieza, le dice y siente ser el peor ser humano en el mundo. Jamás estuvo en sus planes romper el corazón de nadie, «¿No era este juego al revés?», piensa y suspira. La felicidad es tan atroz por momentos que siente culpa. Ha roto las reglas.

Cada tanto adjudica lo de anoche a un sueño hasta que en el WhatsApp aparece un mensaje de «Él», el nombre que le ha dado a Meme provisoriamente hasta que esté dispuesta a aceptar que algo ha vuelto a su vida para cerrar por fin una historia o para empezar una nueva.

—¿En qué parte del estadio estás? —le pregunta y ella sonríe.

—Siempre seré popular —le responde Alina perspicaz.

—¿Y tú?

—VIP, con un amigo y mi representante.

—¡Ja! ¡Vaya que cambió todo bastante! —escribe Alina y asiente con la cabeza.

El nuevo mensaje que llega es ignorado puesto que se ha quedado embobada con las banderas viejas que cuelgan lateralmente y que le regalan la imagen de su infancia. Intenta tomar una foto, Tanón también lo hace y la abraza. En el mismo instante, Meme le pregunta insistentemente por Stin. Alina aún no sabe que la presencia de aquel en el estadio se resume a una charla en una cena casual, en California, años atrás; a un viaje, a un papel entregado a tiempo exacto, a una acción que trajo una clara consecuencia adjudicada a quién sabe qué, pero que concluye en el encuentro de estos dos: ayer y hoy.

Meme está del otro lado del estadio un poco más cómodo y bebiendo una copa. Stin le está martillando su cabeza con España y el que no lo deje disfrutar de aquel encuentro lo exaspera.

—¿Dónde estabas anoche? Te llamé y nada. ¿Puedes responderme un mensaje? —reclama Stin.

—No eres mi madre —responde Meme incisivo.

Stin lo mira clavando una mirada lacerante en él. «Mocoso de mierda», piensa, pero en su lugar le responde:

—En dos días hay una reunión con los dirigentes de San Luque, ya casi cerramos —dice ponzoñoso y agrega—: Ya saben Los Azules de tu intención de irte. No les ha gustado nada, pero podrán superarlo —aclara sonriendo vilmente y Meme rechina los dientes.

—Te he dicho que tenía que pensarlo. ¿Acaso no me escuchas? ¿No vale lo que digo?

—Empieza el partido, disfruta —agrega Stin con cierto dejo de soberbia.

—A ti no te interesa en lo más mínimo este encuentro. Ya lo sabemos todos. —Cierra contundente Meme, que lo mira con dureza.

Con toda la paciencia que ha podido germinar en este tiempo, respira profundo e intenta quedarse con el sabor de una noche alucinante y un partido que promete lo mejor. Se desencanta levemente sabiendo que tendrá que resolver cuanto antes su futuro, pero se esfuerza en relajar. El árbitro pita el comienzo.

Veinte minutos después, Los Azules empatan 0 a 0 y el encuentro está trabado. El equipo contrario ha salido a comerlos vivos y el arquero local se lleva todos los aplausos, lo cual es bueno para él, pero traduce la situación en complicada. Alina y Tanón lanzan gritos, alientan. Los minutos pasan en un arco y «¡esto es asco!» gritan algunos fanáticos enajenados por el poco movimiento del equipo. El último minuto les regala una única jugada de riesgo, pero: «el 5 no es Meme», piensa Alina cuando dispara errando y contundente. Cuarenta y cinco minutos más dos de recupero y el entretiempo es una caricia. Un bálsamo a los nervios que afloran en todo el cuerpo. Si Los Azules pierden, no llegan y un empate los dejaría en el borde del abismo.

—¡Uff! —suspira Alina mirando a su padre y aquel hace gesto de secarse el sudor de la frente. Descansan.

Mientras tanto, observa que su WhatsApp tiene dos mensajes: otro más de Meme y uno de Juano. Sus ojos están en el horizonte. Piensa. Se pone seria. Está sumamente confundida o todo es demasiado raro a su sentir. Intenta lidiar nuevamente con la culpa inminente que le llega para contarse la narrativa de siempre de saberse culpable por todo. Borra ese pensar. «Las cosas pasan», piensa y abre el chat de Meme:

Por cierto, gracias por el papel que le diste a Cecilio. Pero Stin es insoportable

Lee el primer mensaje y a Alina se le detiene el pulso. Intenta armar en su mente el rompecabezas. Afina el recuerdo de ella misma entregando el recado a Cecilio.

—¡Joder! —exclama tomándose el pecho y sorprendida.

—¿Qué pasó? ¿Salió alguien? —pregunta Tanón, quien desconoce el perfecto engranaje.

—La coincidencia —responde Alina.

—¿Qué coincidencia?

—Ninguna. O sí…sí, en verdad sí, en verdad todas. Tanón se queda mirándola raro.

—¿Estás acá en el estadio o vuelas por otro lugar, Alina Mars?

—Me parece que un poco en cada lado.

—Ok. ¿Cuál es el otro lado?

Alina hace un silencio.

—Ya no me digas nada.

—¿Qué?

Tanón sonríe.

—El muchacho.

Se repite el silencio entre ambos, pero sostienen sus miradas.

—Has vuelto a verlo.

—Sí. Lo vi.

—No era una pregunta. Era una afirmación.

—¿Y tú cómo sabes?

—Pues lo vi contigo el otro día. Y, además, luces embobada —responde.

Alina lo codea y se muerde los labios, Tanón sonríe, pero de inmediato se pone serio.

—Solo una pregunta —dice—. ¿Y Juano?

Nuevamente, el silencio arremete entre ambos, mientras un señor grandote de gorra de flecos pasa vendiendo dulces. Su voz gruesa a todo volumen es motivo suficiente para cancelar la conversación.

Alina vuelve a tomar su celular y le responde a Meme:

Tenemos demasiado de qué hablar

El partido finaliza 0 a 0 y el punto que se llevan los pone en aprietos, pero no todo está perdido. Hay que ganar o ganar. En dos semanas, la final lo tendrá a Meme en una revancha que espera hace más de ocho años. La ilusión está intacta y el coraje también.

Capítulo 17

Está sentada bajo el limonero de la Verdi. Katina, a su lado, en silencio, la mira como suele mirarla cuando siente un poco de compasión, un poco de picardía, un poco de todo. Tiene el celular en la mano y en media hora tendrá que presentarse en el café que eligieron casi deliberadamente para tener una charla convocada por Juano. Ha pasado una semana del partido de Los Azules, de hablar todos los días con Meme. Han tenido que contarse algunas cosas, quizás no todas, pero al menos aquellas pequeñas piezas de un rompecabezas que han ido construyendo. Hay demasiadas coincidencias que ambos empiezan a identificar como “locas”, pero que, según Alina, Dano hubiera comprendido muy bien al igual que lo comprende Ágata. A pesar de la insistencia de Meme de volver a encontrarse y a pesar de Alina desear eso con toda su alma, sabe que necesita clarificarse. Ya no es una niña, está Maite en el medio. Y también en el medio hay miles de miedos.

Katina muerde una barra de chocolate, Alina le sonríe. Por momentos, son de nuevo aquellas jóvenes que con pocos e inexpertos veinte años se conocían en ese mismo lugar. Kati envuelve optimismo por todos lados, la vida le ha demostrado que puede ser excesivamente optimista, llevarse por delante el mundo y la ambición. Le ha pasado. Cada tanto, en ese mismo lugar, se recuesta con su hijo grande, pero también niño, a ver el sol salir y ponerse. Y tan solo aquello hacen entre risas y juegos. Ágata se suma a la charla o al silencio, ambas cosas hablan, dicen todo. Luz Luciérnaga aparece haciendo una pregunta acerca de una lista de títulos y Alina le hace señas de que lo arregle a su antojo.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta Ágata mirando a ambas.

—Un terrible desorden de todo —responde Alina.

—No creo que lo estés.

—¿Qué cosa?

—Desordenada.

—Pues, lo estoy.

—Lo está —agrega Katina quien mastica groseramente.

Ágata, que, a pesar de sus largos años, ha sabido permanecer en forma y con una vitalidad impecable, se acomoda en el pasto helado con las piernas cruzadas:

—A ver —dice—. Cierren los ojos —ordena.

Alina y Katina se miran y suspiran, pero hacen caso. Desde que Dano falleció, la vieja se ha transformado en sumamente espiritual. Alina siempre dice que cuando uno pierde a alguien, tiene que aferrarse a una idea de que algo más allá de todo existe. No hacerlo es morir en vida.

Apenas unos segundos pasan:

—Listo, ya pueden abrirlos —ordena Ágata.

—Pero no ha pasado ni un minuto —dice Katina.

—Ya vieron lo suficiente.

Alina piensa. Sabe de aquello, se lo ha enseñado Jija.

Ágata pregunta:

—¿Qué has visto tú, Katina?

—Mojitos y dinero.

Ágata niega con la cabeza y le da un pequeño golpecito en su nuca.

—¿Qué has visto tú, Alina? —le pregunta ahora a aquella y el silencio habla por sí solo.

Ágata asiente con la cabeza.

—Nos escuchamos poco los seres humanos —dice y agrega—: Hay una voz sutil, muy sutil dentro nuestro que tiene las respuestas, pero…

—No nos escuchamos —responde Alina.

El teléfono de Kati suena desde el anexo 21 rompiendo la escena. Alina no para de rumiar, pero cada palabra de su compañera ha calado profundo. Minutos más tarde, camina rumbo a Las Rosas, el conocido café donde Juano la ha convocado y donde sabe que podría acontecer lo que viene presintiendo hace días.

Está sentado en la mesa de madera del café restregándose las manos. Se retrepa en la silla cada tanto, cada tanto se rasca la frente. Mira a Alina con aquel amor descomunal que sabe que no es correspondido y que atraviesa su alma. Ella también está triste. Pero el tiempo les ha enseñado a ambos.

Alina habla:

—Me pediste que viniera.

—Porque ya nada da para más, ¿no lo crees? —dice y Alina asiente con la cabeza.

—Intentaré ser breve —dice Juano serio—. Estoy haciendo los trámites para volver a California.

Alina asiente con la cabeza nuevamente y el nudo en la panza le da una arcada que disimula con su mano.

—Y volveré con Maite —agrega Juano y a Alina un salto en el corazón le detiene el tiempo.

—¡No! —grita y las personas alrededor captan su atención. Se percata de ello con vergüenza y se acomoda en la silla, nerviosa—. No puedes llevarte a Maite —susurra en voz baja y acercando su cabeza hacia él.

—Sí puedo.

—No vas a hacerlo, ella es mi...

—Alu… no es tu hija. Es mi hermana.

Alina muerde bronca, enojo y tristeza. Cierra los puños. No evita sus lágrimas:

—¿Lo haces a propósito? ¿Para lastimarme? —le dice.

Juano sonríe sarcásticamente:

—Todo lo que he tratado de hacer este tiempo es lo contrario. He intentado todo para hacerte feliz. No alcanzó. Okey, lo asumo. Lo acepto. Pero ya basta, ya basta de esto. Es injusto para

ambos —dice y agrega—: la traeré de vuelta para las vacaciones de verano y podrás ir a verla cuando gustes —comenta.

Alina piensa, se esfuerza, baraja posibilidades y soluciones inconsistentes. Nada cierra.

—Creció conmigo... no es justo tampoco —dice embargada de tristeza.

—No es justo que me quede mientras vives enamorada de otra persona.

Alina se detiene y lo mira.

—Yo sé que no tengo lo que tiene él. Perdí. Te perdí. Sé que nunca lo olvidaste. Yo pude haber olvidado todo por ti y tú no has podido. Y te detesto por eso —dice Juano con lágrimas en los ojos—, pero también te amo, y el amor es mucho más fuerte como para entender que tengo que dejarte libre, dejarte ser. Pero entiende, Alu, Maite es mi hermana. Ella lo es…

Alina se toma el pecho y respira agitadamente. Hace una pausa que parece infinita; luego, habla:

—¿Cuándo? —pregunta.

—En dos semanas —responde Juano.

Ambos abandonan el café con el corazón absolutamente roto.

Capítulo 18

Le acaricia el cabello y le sonríe. Luego, ajusta sus patines y la besa en la frente.

—Mirame, Alu—dice Maite y se lanza a la pista a hacer un trompo que la deja anonadada. La pequeña ha aprendido muy rápido. Alina se encanta cada vez que la ve envolverse en curvas y trompos porque sabe que aquello es volcarle una parte de su vida. Se queda sostenida en un recuerdo de hace años atrás donde, en esta misma pista, ella aprendía también a ser la patinadora que soñaba, animada por Bety, quien cada tanto la llama para recordarle todo lo vivido. Le hubiera encantado seguir rumiando en aquello, pero Lagust, la profesora de turno (quien, por cierto, la conoce bien pues han patinado juntas en numerosas ocasiones), se acerca a las gradas.

—Necesitamos una profesora para el último grupo —le dice haciendo un gesto de súplica con las manos. Lagust había ya intentado aquello con Alina apenas llegó a Buenos Aires, pero el acomodarse en la ciudad más las responsabilidades en la Verdi, no se lo habían permitido. Sin embargo, ahora la idea al menos la interpelaba, hacía un tiempo que fantaseaba con tomar el grupo de las jóvenes y prepararlas.

Alina suspira.

—¿Me lo estás ofreciendo o quieres que te ayude a buscar a alguien? —pregunta jocosamente y Lagust hace una mueca de evidencia.

Alina, sin reparos, responde:

—Ok, pero solo el grupo de las 7. Antes, imposible. La Verdi me reclama —comenta y, antes de que pudiera ver la cara de felicidad de Lagust, se levanta de las gradas y se dirige a las afueras del salón con un aura de satisfacción.

Una vez allí, saca de su bolsillo una caja de cigarros que ha intentado evitar desde el café con Juano, pero que ahora le resulta vital. Lo enciende, una náusea le recorre el cuerpo, pero la deja pasar. No fuma desde que murió Jija. Nunca le gustó, de hecho, lo odia. Pero, en estos momentos, encuentra en ese cigarro un respiro. Suelta el humo de la primera pitada y un sabor amargo le recorre la boca y el presente.

«¿Qué pasaría si Meme no hubiera aparecido ahora?», piensa y la respuesta es la misma: «Tampoco hubiera podido fingir amar a Juano». Machaca su cabeza por no poder amar a quien le dio todo. Se envuelve en pensamientos incisivos que le dicen que ha rechazado lo que quizás todos quisieran tener. Pero para Alina la familia es otra cosa. Lo sabe. Lo asume. Lo siente. Lo sintió cuando Meme le enseñó a ser libre, lo sintió cuando partió a California sola con incluso miles de miedos… lo siente ahora sabiendo que está a punto de perderlo todo.

—Soy humana —dice en voz alta y suspira.

Serlo implica enfrentarse cada tanto a sus sombras, a sus creencias impuestas, a sus patrones, a sus supuestos “deber ser”. Por eso, cada tanto la culpa la ahoga, como si fuera un pecado querer ser otra cosa. Rompe la norma, no quiere lo que todos. Tiene otros sueños.

Está a punto de dejar ir a Maite y traga saliva, pero sus ojos no disimulan. Le duele, le duele el

alma, pero asume y ha asumido que cada tanto es parte de crecer. Sueña con manejar grandes grupos de patín y llevar a las niñas a competir. Sueña con viajar por el mundo libremente, sueña con extender la Verdi tanto como se pueda. En ninguno de sus sueños está Juano y se siente fatal por saberlo tan claramente.

Una fina llovizna riega el Viejo Club y afina la nostalgia. Juano aparece de imprevisto rompiendo la escena que se le había tornado dulcemente triste.

—He venido a buscar a Mai —le dice.

—Hola —responde Alina y Juano asienta con la cabeza.

—Te he dicho que se quedaba a dormir conmigo —reclama Alina.

—Te he mandado un mensaje y no lo has leído —comenta—. No me siento bien y quisiera estar con ella hoy. Además, mi tía la llamará y ya sabes cómo es con ella… Me ha estado ayudando con lo de la vuelta —explica.

—A nuestra casa azul —dice Alina dándole otra pitada al cigarro.

Juano la mira y le responde:

—Tú no fumas.

Alina resuelve:

—No me conoces bien.

—Me queda muy en claro eso —dice Juano y Alina traga bronca, tristeza y frustración y, en contraposición a todo lo que pudiera insultar al tiempo, le dice con ojos llorosos:

—Yo te quiero, te quiero un montón.

Un silencio incómodo se abre entre los dos. Alina no sostiene las lágrimas y Juano tiene los ojos empañados. Se dispone a darle la última pitada a su cigarro y hace señas de entrar para ir a despedirse de Maite sabiendo que igualmente mañana la recogerá en el jardín y pasarán tiempo juntas.

Antes de irse, Juano habla:

—¡Ey! —exclama—. Pero yo no te quiero, yo te amo —le dice y Alina lo mira con la tristeza sólida que ha sabido mirarlo últimamente. Se le acerca, hace una mueca de pena, le acaricia el rostro.

—Perdón por romperte el corazón —le dice y lo abraza.

Una hora más tarde, está sentada en uno de los bancos de plástico de la estación amarilla de colectivo frente al Viejo Club. Ha visto salir a Juano con Mai y ha llorado en soledad. La luz de la estación acompaña la llovizna tenue y titilante lo que hace de aquel lugar un lugar sombrío. El invierno torna la noche temprano y el cielo es una bola de grises. Alina siente un nudo en el pecho, en la garganta, un vacío que no sentía desde hacía exactamente ocho años atrás. Se pregunta a sí misma si estos momentos no la llevan, al fin y al cabo, a otros más luminosos, como ha sabido antes experimentar. Sabe que sí. También sabe que transitar las propias oscuridades es cosa solo de valientes. Tiene 34 años, tiene sueños entre manos, niega lo que alguna vez creyó que quería ser, comprende el amor desde lugares diferentes, se siente diferente. Sentirse diferente en este mundo a veces duele demasiado. Intenta soportar sus decisiones, por

momentos quiere aflojar y correr a los brazos de Juano para decirle que no se vaya, que lo intentarán, que está bien, que sí. Pero sería traicionarse a sí misma, traicionarlo a él, a Maite. No lo siente. Sabe que ellos tienen que seguir su camino.

—No sé cómo vivir —se dice riendo y llorando, e interpelando todas sus teorías hasta ahora pensadas.

Un colectivo se acerca con un cartel que aduce letras que no lee muy bien, pero que llega a distinguir un "HERMOSA" en grande. Recuerda que eso mismo escribió Meme en su mensaje de las últimas horas.

Mira el celular, son las ocho y pico de la noche, y está absolutamente congelada en el banco que se ha tornado helado a su sentir. El colectivo se escurre y, detrás de él, un chico que podría jurar conocer aparece. Alina da un salto:

—¡¿Meme?! —exclama claramente sorprendida y aquel le devuelve las palabras:

—¡¿Alina?! —responde con el mismo gesto.

Se miran sorprendidos y de pies a cabeza. Alina lleva un buzo descocido, los cabellos atados, los ojos manchados de negro y las zapatillas algo húmedas por la lluvia. Meme, a diferencia de aquellos primeros encuentros, tiene una campera negra larga con una capucha que le tapa la cabeza, pero que no termina de disimular su demacrado rostro.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —interroga ella.

—Lo mismo pregunto —responde Meme y le hace un gesto pidiéndole permiso para sentarse a su lado.

Se miran ambos confundidos. Alina divaga en pensamientos que le dicen que él la ha estado siguiendo, pero están a metros del Viejo Club. Ella sabe que Meme ahora es Máximo y que ese lugar es de ambos. En verdad, siempre lo fue.

Suspira.

—Cada tanto me quedo aquí cuando me pasan cosas… y, créeme, hoy es un día de ellos —confiesa Alina.

—Somos dos.

—¿Por qué lo dices?

—No soporto más.

—Yo tampoco.

—¿Qué cosa? —interroga Meme.

—Bueno, por empezar que todos piensen que soy Alina, la chica que todo lo puede y la que tiene todo claro y la que tiene ahora dinero y la que podría irse donde quiera ya mismo. Y la inteligente y la valiente, pues nada de eso soy... —dice con tristeza.

—Pues…nada de eso pienso. Excepto lo de valiente —responde Meme y Alina lo mira.

—¿Y qué piensas? —le pregunta.

—Que sos Alina. La chica del pelotazo, que trae sueños en sus manos, que es valiente a veces y, cada tanto, humana, como todos…

El ruido de un colectivo que pasa crea una pausa. Alina recoge las últimas palabras:

—Y cada tanto humana… —susurra recordando que eso mismo se dijo minutos atrás.

Meme vuelve a hablar:

—Si vamos a hablar de lo que cada uno piensa, tú piensas que soy Máximo, ahora alguien reconocido, con algunos pesos más; supongo que hasta piensas que soy creído, quizás hasta egocéntrico y sí… lejos de lo que alguna vez negué. Cobarde. Soy a veces un maldito cobarde —dice, y ambos ríen.

Alina escurre su mirada algo incómoda entre aquellos ojos como el primer día:

—Pienso que no sos Máximo, estoy convencida de que sos Meme. El del pelotazo. El de los dibujos. El que se divierte con lo que sea que tenga a mano.

Meme la mira, el corazón le dice lo exacto y traga saliva. Todos estos días ha insistido en verla una y otra vez, pero ha sabido darle tiempo... él también lo ha necesitado. Sin embargo, tenerla enfrente es cosa de magia a su sentir.

—Qué casualidad encontrarnos en esta parada hoy —dice—. Me he peleado con Stin y me siento fatal, he querido venir al club a pensar.

Alina reflexiona:

—Al final, parece que te he hundido más que ayudarte.

—No, no lo has hecho. Ciertamente sin Stin no hubiera podido llegar aquí tan directamente como lo he hecho.

—Hubieras llegado de otro modo.

—No. Me hubiera rendido.

—Meme nunca se rinde.

—Máximo, sí.

La luz tenue de la parada de colectivo parpadea ahora por demás. El viento arremolina y el estar sentados los congela el doble. Alina interroga queriendo saber más:

—¿Y quieres irte a España o no? —pregunta y Meme piensa.

—Quiero, pero no ahora. Sé que soy grande ya, pero quisiera un tiempo más aquí, es decir…no quiero irme y dejar a mi club, necesito más tiempo.

—Para disfrutar con nuestros Azules —dice Alina y aquel responde:

—Sí. Y para que te vuelvas a enamorar de mí como hace ocho años —declara, pero no la mira; su mirada está en un punto de luz de un semáforo en amarillo.

Alina sí que lo está mirando puesto que aquellas palabras han calado hondo. Si supiera él que en ningún momento dejó de hacerlo, entendería por qué están sentados ambos en aquel lugar a una misma hora, un día azaroso. Y como ya no hay reparos en decirlo, habla:

—Ya lo hago —responde, y su mirada ahora viaja al semáforo que ha puesto en verde.

Meme cierra los ojos y larga un suspiro. Como si aquello fuera descansar de ocho años de estar buscándose. Le extiende la mano, Alina también lo hace. Están los dos envueltos en sus universos internos, pero tomados de la mano. Hay una línea de tiempo enfrente que les propone avanzar, pero no saben cómo. El teléfono de Meme suena y Stin llamando otra vez le revuelve la paciencia. Corta de inmediato, pero lo que parecía una simple llamada se vuelve una pesadilla al

ver a Stin apareciendo en la carretera paralela al colectivo amarillo.

—Sabía que estabas aquí —exclama desde el otro lado de la acera y baja del auto.

La fachada arrogante del hombre no deja lugar a dudas de lo insoportable que ha de ser para Meme.

—¿Tengo que buscarte como si fueras un niño perdido? —le dice y agrega—: Y esta muchacha, ¿quién…

—Alina —responden los tres casi en un coro perfecto. Stin sonríe incómodamente.

—¿Cómo has estado? —le pregunta, pero ella no responde. Stin agrega—: Al parecer, tenías razón —dice y con su cabeza señala a Meme.

—Al parecer, sí —responde Alina—. Lo que no sabía era que usted iba a perseguirlo insoportablemente —manifiesta incisiva.

Stin se sacude la ropa, se incomoda un poco, luego habla:

—Ya sabes, temas de fútbol.

—Di lo que quieras delante de ella, lo sabe todo de mí —responde Meme.

A Stin se le nota la molestia, intenta disimular preguntándole a Alina por su padre, pero la incomodidad es evidente.

—Mi padre está bien, me dijo que no habla más con usted porque es un hipócrita que le ha fallado más de una vez —dice en un sincericidio que hace reír a Meme.

Stin niega con la cabeza y la mira fijamente.

—¿Acaso son dos niños jugando? ¿Qué es esto? —pregunta con cierta ira que ya deja entrever en sus gestos.

—¿Lo somos? —pregunta Meme.

—Lo somos —responde Alina.

Stin, que ha estado tragando veneno desde hace rato, se acerca a Meme y casi vorazmente le dice:

—Pues me importa nada si son niños o qué. Todo lo que tienes es gracias a mí, mocoso desgraciado. Así que vete a la mierda con tu amiga y tus caprichos. La semana que viene, vas a jugar ese último partido y luego firmarás ese contrato o me encargaré de sacarte todo lo que tienes; hasta esta puta campera —amenaza con ira y un odio que espanta.

Alina se encoge de hombros. Aprieta fuerte la mano de Meme.

—Maldito psicópata enfermo —le dice ella.

—Tú no te metas. Es más, ni deberías a estas horas estar con ella, Máximo. ¿Qué ha pasado contigo? —le dice y se aleja subiéndose a su auto.

Meme queda *shockeado* y Alina insultando.

—¿Y qué hago ahora? —pregunta Meme.

—¿Qué hacemos ahora? —responde ella.

Ambos se quedan en la parada del colectivo, abrazados. El frío de Buenos Aires cada minuto cala más incisivo. Una música que anuncia “Yellow” suena desde algún lugar recóndito. Meme

respira profundo, ella también.

Luego, él habla:

—Alu…

—¿Qué?

—¿Nos tenemos?

Alina piensa, vuelve a respirar hondo:

—Me tienes. ¿Yo te tengo?

—Claro que me tienes.

—¿Entonces? —pregunta Alina y él la mira sonriendo:

—Entonces tenemos todo.

Capítulo 19

Una semana después

Meme

Meme se encuentra rumbo al hotel donde en pocos minutos se juntará con el equipo para compartir los últimos entrenamientos y prepararse de cara a lo que se disputará en tan solo dos días en el Viejo Club: la final de primera de Los Azules contra Los Verdes. Un clásico. Una final que lleva años sosteniendo entre sus manos.

Se está mordiendo las uñas e intenta recuperar en su respiración algo de tranquilidad. Hace una semana exactamente Stin se paraba frente a él sacudiendo todos sus planes. Los últimos meses había intentado depositar en él nuevas oportunidades, pero aquello había sido lo último que podía soportar. Desde aquel día, no habían vuelto a hablar, solo un mensaje escurridizo que anunciaba que, por supuesto, iría al partido de Los Azules y adornaba con un par de palabras más pidiéndole disculpas por los excesos de aquella noche. Meme jamás le respondió y tampoco iba a hacerlo.

El día soleado de julio arroja un rayo de luz sobre su rostro que lo acaricia y le da calidez. Poco importa ahora su vil representante, hace días que no para de pensar en ella. La última noche que la vio, habían coincidido en la parada del colectivo. Una coincidencia que los encontraba mirándose tímidos, pero confesándose aquel amor de años. Cierra los ojos para empaparse de esa noche: él está tomándola de la mano; Alina, también a él. La lluvia cae alrededor y un escalofrío recorre el cuerpo de ambos, lo que invita a aquel a besarla. Cada vez que lo hace, siente que el mundo se hunde en ello y nada más importa. Y ese lugar es su absoluto refugio. Se regocija en el recuerdo, le sienta bien sentirla tan cerca después de haberla sentido tan lejos. La tiene, eso le había dicho ella, pero el miedo late fuerte. Cuando estás aún herido, cuando lo has perdido todo antes, que todo vuelva a salir mal te aterra, pero también te invita a vivir el segundo, el paso a paso, el ahora.

Aquella noche, un mensaje de Juano avisándole que Mai no se sentía bien, interrumpió la supuesta velada. Aun así, la acompañó hasta su casa donde la dejó con un “no sé qué” en el corazón, de ese que se sabe que es espina. El resto de los días habían hablado día y noche. Se habían contado algunas anécdotas necesarias de los últimos ocho años que no habían podido ser. Todo era demasiado hermoso, pero demasiado incierto para él que también sabía que Alina estaba a punto de perder algo preciado: su relación con Mai.

Le había contado ya de lo importante que era la niña para ella y de lo dura que sería su partida. Meme se limitó a acompañarla en ese dolor y cada tanto a volver a confirmar lo importante: Alina seguía amándolo y con eso al menos bastaba, por ahora, en ese instante, porque en su cabeza ya había una idea plenamente aterrizada: viajar con ella a España. Y esa idea había atravesado su psique desde incluso antes de encontrarla en los molinetes del Viejo Club.

El trayecto se hace más liviano pensando en aquellos encuentros. Meme abre los ojos al sol y se regocija en un mensaje que cae de pronto como respuesta a todo lo que daba vueltas en su cabeza:

Alina, del otro lado, le dice:

Iré a verte

Y él sonríe.

Llega al hotel con una motivación bastante más grande que en los partidos anteriores.

Alina

Escribe mientras sonríe sentada en el banco de madera del jardín del fondo y larga un suspiro:

Iré a verte

Está exhausta luego de acomodar decenas de estanterías ayudando a Luz Luciérnaga. Lo ha hecho para olvidarse de que en doce horas Maite estará a kilómetros de distancia de su vida. Vinicius aparece en la escena informando que todo está en orden en la 21 y, como si fuera un acto cotidiano, besa a Katina en la boca apasionadamente. Luego, se pierde por el fondo.

Katina la mira, se encoge los hombros:

—Sí, pasaron cosas —dice y ríe mientras Alina se para de inmediato y se acerca a chismosear casi a carcajadas. Ágata se suma a estas dos pidiendo orden.

Los momentos que las tres comparten en la Verdi tienen ese condimento, esa chispa, ese momento donde todo se pierde, se desarma y arma mágicamente. Katina no tarda en largar todo el rollo que ha vivido de manera inminente con Vinicius, pero un mensaje ruidoso interrumpe en el celular de Alina. Es Juano y lleva una daga en su texto:

Gracias por hacerme conocer Buenos Aires, el amor, todo. Te voy a extrañar. Odio las despedidas. Así que esta es la mía, quizás más fría. Pero espero que efectiva al fin

Alina rompe en llanto, lo que detiene el contar vigoroso de su amiga.

—Alu —dicen ambas, casi al unísono, y le acarician la espalda.

Ambas, y sobre todo Katina, han estado en todos los momentos en los que tenía el corazón en llamas.

—Me duele el alma y tengo miedo de que todo esto sea un gran error —dice casi temblando.

Ágata hace una mueca de ternura, apoya su mano en el pecho de su amiga, le sonríe:

—Sabes que esto no es un error, yo sé que muy dentro lo sabes. Y nos pasa a todos que, como la otra tarde te he dicho, si cerramos los ojos, lo sabemos todo. Porque el alma es sutil, el alma nos habla —comenta con la sabiduría con la que sabe expresarse.

—No soy tan sabia como tú, Aga. Amo a Meme con toda mi alma, pero no sé qué pasará con él. Y a la vez estoy dejando ir a dos personas que me volvieron a construir. Y a la vez, nada de lo que me pasa tiene que ver con ellos, sino conmigo. Quiero otra cosa para mi vida, diferente a la gente normal. ¿Está mal no querer una familia tipo, un trabajo convencional, una rutina diaria?

—Está mal no ser tú —responde Katina y Alina suspira.

—Juano y Maite son tan importantes... ellos me construyeron.

—No. Tú te has construido, tú lo has hecho junto con ellos, hermosos compañeros, pero tú lo has hecho sola y ahora también estás decidiendo sola. Decidir requiere coraje, el coraje es un gran escenario —responde Ágata.

Alina las abraza fuerte, no disimula sus lágrimas, pero se reconforta en ellas. Luego, pide permiso a Katina y toma su bicicleta para ir hasta lo de Juano.

Minutos más tarde, se encuentra en la pequeña casa de aquel donde, junto con Tanón, se envuelven en valijas y cajas. Tanón, a pedido de Alina, se quedó unos días más para vivenciar la

final de Los Azules y ya luego volverá a California con sus otros hijos y su trabajo de empresario formal. Mientras tanto, la recibe sonriente, pero el semblante de ella es otro, así que luego de arrojarle una de aquellas señas que solo ellos entienden, abandona aquel el lugar y los deja solos.

—Gracias por el mensaje —dice Alina acercándose a Juano y abrazando a Maite.

No contiene sus lágrimas y Maite lo ha notado.

—Alu, nos vamos a ver pronto. Yo te voy a hablar —le dice Maite consolándola, como si los roles hoy se invirtieran.

Maite ha sabido de esto hace rato y la niña parece ser de otro planeta. Parece comprender lo que los adultos cargados de miedos y experiencias vividas no pueden comprender.

—Prométeme —dice Alina y la toma en brazos.

Maite está grande, sus casi 8 años que no aparenta la convierten en una niña especial, luminosa, dulce.

—Te prometo —le dice y le entrega una pulsera que ha construido con piedras naranjas.

Alina se levanta, seca sus lágrimas, engancha su pulsera en su mano.

—Esta es mi despedida. No iré al aeropuerto. Lo siento. No puedo —dice, y Juano asiente con la cabeza.

Un suspiro con sabor a tristeza los toma por completo. Alina habla:

—Gracias por haberme regalado tanto. Los quiero con mi alma a ambos. Me enseñaron el saber disfrutar. A echar sonrisas, aunque me estén pasando mil cosas, a tirarme de un tobogán como si fuera la primera vez y ser feliz... Pero, ya sabes, buscamos cosas diferentes. Yo sé que ambos encontrarán lo que buscan. Y como estoy convencida de ello, los dejo ir —dice entre lágrimas y Juano corre a su encuentro.

Ambos se quedan abrazados fuerte hasta que él habla:

—Fue un placer que me rompas el corazón —dice tomándola de la mano y encogiendo los hombros.

Alina apenas respira, la tarde se ha bañado de nostalgia. Toma de nuevo a Maite en brazos, le corre el cabello detrás de la oreja, le besa la mejilla, la abraza nuevamente:

—Estás para siempre en mí, Mai.

—Estoy para siempre en vos, Alu.

El tiempo no es lineal

Se apoya algo cansada en las sillas nórdicas de la cocina que Jija tanto amaba. Está del otro lado de la mesa azul marino, la misma donde solía tomar ricos desayunos e idear grandes planes de amores fallidos. Allí mismo le había entregado aquel famoso par de patines de talle 36 y ruedas número 57 que terminó por darle la gran revancha nada más ni nada menos que allí, en el famoso Gran Salón. Pero esta vez es diferente. O quizás no, quizás esta vez sea similar. Porque aquella vez lloraba desconsolada por Piper y ahora, ahora no sabe muy bien por qué llora, pero llora con el corazón latiendo igual que hace años atrás.

Son las 11:11 p. m. Hace pocos días ha despedido a Maite en la casa, ha sido toda una vorágine que le ha comido el alma. Hace un minuto estaba impecable, no se le caían las lágrimas a borbotones, como ahora, o por lo menos aparentaba bastante bien el nudo en la garganta. Todavía relucían sus pestañas, y podía pararse y simular frente al mundo ser la Alina que todo siempre lo puede. En esta que se ha convertido de pronto y que a los ojos del mundo parece segura, reluciente, increíble; la que cada tanto apenas se permite equivocarse, errar. La que está en los detalles, la inteligente, la resiliente, dirían todos. Pero lo cierto es que puertas adentro es una batalla. Lo cierto es que está aterrada, el amor la aterra. Ha saltado a lo incierto. La incertidumbre de haberse equivocado o no le anuda también el pecho.

«Cuando el dolor ya está instalado hondo y arremete, aférrate a tus sueños», recuerda en palabras de Jija. Hoy todo se resume a Jija. Por Jija estuvo en aquel salón antes y también después. Si la vieja cascarrabias no hubiera sido tan insistente y ponzoñosa en el acto de perseguir sus sueños, nada hubiera pasado. A Alina le habían enseñado muy bien a no rendirse y eso mismo era cada tanto su milagro y cada tanto su condena.

Tiene los ojos hinchados y negros por el maquillaje corrido, y por pasar horas sin dormir pensando. Fantasea demasiado, pero aprendió a bajar a la tierra porque así lo requiere el vivir. No evita cada tanto viajar por las nubes un rato y descansar de la exigente que lo quiere todo perfecto. «La perfección no es un valor», piensa, pero le cuesta el suspiro.

Tiene sus manos en el medio del alma y le está aturdiendo el teléfono que no ha parado de sonar desde hace días. Del otro lado, Juano llama preguntando cómo está. Sabe que la extraña, sabe que tiene el corazón destruido. Comprende el dolor porque eso mismo la rompió a ella antes y la rompe ahora, aunque en otras circunstancias: jamás en la vida hubiera querido dañar a quien le devolvió la esperanza. Pero el corazón no sabe de razones y Alina eso también lo sabe. Cuando amas a alguien, amas a alguien y no importa lo que hagas para intentar negarlo, no importa cuánto intentes esconderlo o disimularlo, brotará por cada grieta de tu persona y te envolverá como el amor saber envolver. Y será inefable.

Susurra ahora algo para sí misma, hace una mueca, pestañea pesado. Se retrepa en la silla cada tanto y, cuando lo hace, respira más profundo; como si tuviese que acomodarse un poco el alma para volver a decir algo que al final no dice porque no puede. Tiene la boca seca, las manos le tiemblan, le aturde demasiado todo, pero jamás bajaría la vista. El silencio inunda y tiene escamas, tiene pequeños adornos, adornos musicales en forma de respiración cortada, claqueo de

dedos, tictac de un reloj que parece haberse detenido un día de aquel enero del 2007 y volver a funcionar ahora, de pronto, sin permiso, sin piedad. «¿Por qué?», se pregunta para sí misma, y tiene la respuesta: porque sí. Porque el amor te desarma y te arma casi ocho años después al ver los mismos ojos. Porque te revuelve las tripas y te tironea desde adentro como una fuerza que nadie nunca podría explicar con palabras. Porque te muestra a viva luz las miserias de uno, del otro, de ambos. Sabe Alina que es porque sí, sabe que no hay explicaciones lógicas para todo. Sabe que simplemente así sucede.

Estira su cuello hacia un lado y hacia el otro. Recoge su pelo, se seca una lágrima con su mano, quiere disimular, pero ya nada puede disimular. Toma un pañuelo, lo pasa por su cara intentando barrer la mancha negra que se ha formado sobre su párpado. No sabe que la tiene, pero lo supone. No quiere que la vean así. A veces quiere volver el tiempo atrás, a cuando era más joven, donde unas noches sin dormir no causaban estragos. Exagera. Siempre lo hizo y siempre lo hará. Es fanática de lo barroco, de todo, todo mucho o todo poco, pero todo. No hay grises. El día que entendió por qué nunca había tenido grises, lloró también. A eso también la había llevado él. Si él supiera que su amor la llevó a enterarse de quién era… pero no lo sabe. No sabe el tiempo que ha pasado esperándolo, pensándolo cada día, invocando a los dioses en los que no creía para, aunque sea, tener noticias de su existencia. No sabe realmente las veces que volvió a buscarlo al Viejo Club, que volvió incluso a verlo en caras ajenas. Ninguno de los dos tampoco sabía que aquel día que se despidieron en la puerta del club iba a ser el primer día del resto de ocho años que los separarían. Alina carga cierta rabia que mezcla con pena y nostalgia, y entiende que todo eso puede convivir en sí misma perfectamente.

Y se une en un segundo al comprender que el día que se rindió, fue el mismo día que decidió no buscarlo más. No escribir más sobre él, dejarlo atrás. El día que se rindió, probablemente haya sido el mismo día que él necesitó encontrarla.

Hace una mueca, quiere decir algo. «¿Qué?», piensa y nada sale, pues tendría que empezar desde muy atrás, cuando todavía el viejo Dano existía, para levantarla en peso y sacudirle las ideas. Se le está estrujando el alma y cualquiera que la conoce un poco lo notaría, pero quien no podría pensar que está perfectamente inmutable. Sabe mentir.

Se les está estrujando la mirada contra aquellos ojos que jamás olvidó, pero de donde jamás correría la vista. Se le está estrujando el alma, pero no está sola: Meme está del otro lado de la mesa azul marino. Tiene el pelo impecable, como lo ha tenido siempre, y un par de ropas caras que podrían traducirlo, ahora, en alguien de mejor pasar. «Tiene demasiadas cosas iguales, tiene demasiadas diferentes», piensan ambos en perfecta sincronía. La vida los ha encontrado nuevamente o, en verdad, jamás se han desprendido el uno del otro. Como un hilo invisible que dicen que conecta a las personas de una manera cuasimágica y que Alina catalogaría de empalagosa. Lo cierto es que allí mismo están, en total silencio y en total desconcierto. Como si hubieran olvidado algo atrás y ahora lo hubieran encontrado. Están teñidos de bronca contra el tiempo y a la vez de una felicidad y un amor inconmensurable. Se miran, se miran y no pueden dejar de hacerlo. Se miran como aquel primer 23 de mayo hace ocho años atrás.

Meme rompe el silencio:

—¿Te arrepientes? —pregunta y le incomodan los segundos.

—De nada —responde Alina —, pero duele —agrega y se escurre otra lágrima.

Meme respira profundo, estira su mano, la acaricia. Alina lo hace también. En el aire hay pocas palabras, pero está pasando todo.

Alina habla ahora:

—El tiempo no es lineal.

—¿Qué?

—Eso, que no es lineal —dice, y Meme la mira, pensativo.

—¿Podemos entonces volver al primer día que te vi patinando?

Alina lo mira y mirarlo es anular la total duda de todas sus decisiones. «Donde comprendan tu locura, ahí es», piensa y le sonríe.

—Podemos —responde contundente.

—¿Y cómo hacemos? —pregunta Meme.

—Bueno, quizás primero tengamos que diseñar algún plan para que Stin no nos interrumpa todo el tiempo —comenta ella y ambos ríen.

—Tengo un plan.

—¿Lo tienes en verdad?

—Lo tengo. Pero no me sueltes la mano.

—No lo haré.

—Al final del partido, espérame. Pase lo que pase, espérame. Te amo —dice Meme y Alina asiente con la cabeza.

—Pase lo que pase. Ahí estaré. Te amo.

Ambos se despegan de la silla y se abrazan en un beso interminable.

Capítulo 20

11 minutos antes del partido final

La noche anterior a un partido definitorio siempre es especial. Las horas pasan y la adrenalina sube a topes inimaginables. Meme lo vive así, juega una y otra vez el encuentro en su cabeza. Aparece en sus pensamientos una copa olvidada tiempo atrás, se sostiene de eso. No hay lugar para el pesimismo cuando se ha esperado tanto, pero la confianza que se tiene interpela aquel pasado que lo tiene amordazado.

A su edad, el deportista sabe que su mejor momento físico es este. Nunca es fácil llegar a una final y, mucho menos, se puede predecir que habrá otra oportunidad. El fútbol a veces da revancha y otras, no. Y eso es contundente en su sentir. Lo sabe.

Los Azules tienen la gran chance de ser campeones frente a su rival de toda la vida, Los Verdes. Los clásicos se viven así, a mordidas. Un escudo, un color y un equipo que ancla en el pecho desde los orígenes. Una historia, la de Meme y la de otros que entrelazan de pronto en este instante.

En el vestuario se respira confianza. Meme, que ha estado sacando pecho a lo líder, pero que no puede disimular sus nervios, se sienta al lado de Joan, su ya conocido amigo y socio dentro del campo. Hoy también hay revancha para él, hoy Joan navega y lucha con sus inseguridades que han estado calando, pero que, con ánimos de Meme y el técnico, ha podido disipar. Hoy no hay lugar para la duda, así lo requiere el encuentro. Ambos se entienden con tan solo una mirada. Saben cuándo tirarla larga o jugar corto. Si hablar con calma o revolear algún insulto. Uno retroalimenta al otro y así han sabido construir una dupla que, en minutos, tendrá que salir a demostrar si aquel trabajo fue suficiente.

Meme ya no disimula, el pulso le tiembla. Se pone las vendas, las saca, repite tres veces. Se acerca el pitazo inicial y el corazón le late a límites insospechados. Piensa en su padre, piensa en Alina, también en su madre ausente.

Nunca fue un *crack*, todo ha sido sacrificio, pero hoy quiere demostrarles a ellos que por ellos está ahí. El regalarles la gloria es su sueño.

El estadio explota, el marco es imponente. Alina se muerde las uñas y el alma, abraza a su padre quien también está completamente eufórico. Esta vez, supo aceptar un lugar privilegiado que Meme les consiguió por ser Máximo Rey y se acomodaron ambos en los aledaños de la platea preferencial. El recuerdo de un Meme en camilla revuela en su cabeza y hace numerosos esfuerzos por anularlo. Hay un segundo donde la escena se repite en su mente como si hubiera sido ayer. Alina ahora sabe que el tiempo no es lineal, aquel momento es este.

60 segundos antes del inicio

Pisa el campo sosteniendo el pie derecho, se hace la señal de la cruz. En estas instancias, cree en toda eminencia que pueda ayudarlo desde cualquier plano. Alina logra divisarlo a la perfección, se le hunde el pecho y el estómago sostiene un nudo. Mirarlo con la oficial de Los Azules le moviliza el cuerpo. Respira profundo para calmar su ansiedad que ha arremetido inminente a su garganta. Se deshace en un grito.

La foto obligatoria, el saludo de los capitanes, la moneda lanzada al aire y sacan Los Verdes. El árbitro marca el comienzo del juego, explotan las tribunas.

La primera pelota cae milagrosamente en los pies de Meme que quiere jugar a su derecha, pero no concreta. Los Verdes la roban y entran a presionar cada jugada. En el medio, es carne de cañón si no logra tener movilidad, pero, por suerte, la jugada rival termina con un tiro débil a las manos del arquero. Meme recién se está levantando y el *shock* de saber que los 90’ van a ser durísimos, lo toma de lleno.

Toca la pelota, intenta generar, Los Verdes van con todo. Lo incomodan, lo chocan, le raspan la pelota para que no salga limpia. El partido es fricción y poco fútbol y, en esa línea, el rival se siente cómodo trabajando con la ventaja de saber que solo perdiendo se les podría escapar la copa.

El primer tiempo cierra con un sabor amargo y con más tensión que juego.

En el descanso, el entrenador ataca frente a todos, vislumbra a Meme sentado y con la cabeza gacha, y se le retrepan los nervios. No es un buen síntoma, piensa en sacarlo. Lo llama a un costado, le toca el hombro, le da una palmada en la espalda. Hoy no va a exigirle, hoy va a pedirle que deje de lado los temores, que disfrute, que recoja aquello que soñó durante toda su estadía en el Viejo Club. Desde los tempranos 16 hasta esta parte.

—Jugá, Meme, jugá. Sé vos. Disfrutá. Basta de planes. Vos sabés cómo hacerlo, siempre lo has sabido —le dice y a Meme le titila el llanto.

Necesitaba eso más que nunca. Desprenderse de cualquier presión, arremangarse el partido como en cualquier potrero. Joan supo también intervenir y ahora lo toma del cuello y lo mira a los ojos:

—Hoy vas a quedar en la historia —le dice y lo abraza fuerte.

Con el 5 en la espalda, Meme sale agigantado. Se mueve, gana las divididas. Los rivales que antes lo chocaban pierden el duelo desconcertados. Poco a poco, se va transformando en Máximo, el dueño del medio de la cancha y, desde allí, Los Azules crecen. El partido hay que trabajarlo. El mal momento quedó atrás, pero todavía falta lo más difícil: el gol del campeonato. Un empate no sirve. Sin goles, no hay amores y, mucho menos, vueltas olímpicas. Lo sufren, pero la garra es contundente, es sólida.

Dos minutos para marcar el tiempo cumplido y el deseo de un recupero que les dé el milagro les riega el sentido. El árbitro cobra una falta dudosa cerca del área y una chance para Los Verdes de asegurar el título les revuelve las tripas. Siempre fueron fuertes por arriba, con

marcadores centrales altos que se imponen en el juego aéreo. La pegada del 10 casi que puede caer donde quisiera. Y así es: la pelota sale como desde un guante, pero el 2 entra con todo y mete un cabezazo tremendo lejos del arquero. La suerte es un jugador más y el destino les da el guiño que necesitan. La pelota revienta el travesaño, pica en la línea, entra un delantero para empujarla y Joan logra patearla hacia afuera.

Casi no queda tiempo.

«Arriesgarse a saltar a lo incierto», piensa Meme y se prende en adrenalina. El cuarto árbitro levanta el cartel y estos cinco minutos son definitivamente los últimos. Todos están en ataque, Meme es el encargado de sostener lo poco que queda de defensa. El contragolpe letal es inminente, pero a pesar de los calambres y la falta de oxígeno, Meme logra cortar ese avance prometedor tirándose al piso. Abre hacia la derecha, se olvida por completo de su función, algo dentro de él se despierta y le dice que esté cerca del área contraria. El centro del 8 llega con fuerza, pero los centrales verdes rechazan hacia la medialuna. Y allí está él, esperando toda la vida la oportunidad. La pelota cae mansa, sin peso y justo para su pierna hábil. Sabe que no puede fallar y ocho años le tiñen un segundo, pero no modifican su accionar. Acomoda el cuerpo y le da con todo el empeine; como dicen los libros, tirando el torso para adelante para que no se eleve. La bomba no puede haber sido mejor. Toma más velocidad en cada metro y se clava en el ángulo superior derecho.

Es el gol del campeonato, el de la Copa, el de la coronación para todos... pero para Meme es ganar la batalla, la que no se ve, la que con los años se hace herida…

El equipo se abraza, el estadio se cae en cánticos y allí está él, tomándose revancha de Los Verdes y de la vida.

Los Azules son campeones de primera.

Capítulo 21

El estadio explota en papeles azules, blancos y gritos de los fanáticos. Hoy más que nunca los fans son protagonistas de este día. El coro nunca cesó, ni siquiera en el momento en que Los Verdes parecían comerse el mundo. Se abrazan entre sí, se trepan de un alambrado que levanta exacto en la zona popular. Hay emoción y llanto. En el llanto se pierde Tanón, se pierde Alina que del otro lado de la platea busca a Meme con la vista más que empañada. Le tiembla el pulso, pero saca su celular y toma una foto, graba un video que luego enviará a sus hermanos en California, a los que no ha parado de hablarles de este mismo día, el día soñado. También se lo enviará a Mai, a ella que le ha enseñado cada canción de Los Azules. No se deja capturar por la tecnología y guarda el celular, prefiere conservar en sus ojos cada detalle. El momento es inefable.

Meme festeja con sus compañeros en el medio del campo. Un grupo de periodistas los rodean y algunos hinchas que han sabido saltarse la valla protectora entran a saludarlo. Él, sin embargo, la busca a ella. Se saca su camiseta, se pierde entre las personas. En el camino hacia la platea es interrumpido por todos, todos quieren saludar al plantel campeón. A los héroes que han roto una mala racha de años.

Intenta divisarla entre la multitud que ha conglomerado en el barral y la divisa junto a Tanón. «Hermosa», piensa y le hace señas. Alina ya tiene los ojos sobre él, nunca los ha sacado. Se acerca a la valla como puede esquivando a la muchedumbre, se escurre entre algunos viejos fanáticos privilegiados también de aquel lugar. Meme se trepa y le da la camiseta. Ambos quedan tomados de la mano y llorando. Alina le hace señas de que vaya, que festeje. Es su momento. El momento soñado.

Una hora más tarde, Tanón se retira del Viejo Club y Alina espera a Meme como él mismo le ha pedido antes de salir a batallar: «Pase lo que pase, espérame», le había dicho y ella lo había prometido. El abrazo iba a llegar para festejar o para maldecir. Pero ella estaría.

Se lo ve venir desde el fondo de la sala de prensa, busca a Alina entre algunos familiares que han estado allí esperando a otros jugadores. Ella lo mira desde la distancia y aplaude orgullosa. Meme se acerca sonriendo y con un dejo de timidez. La abraza, respira profundo. Es el día de su vida.

—Te amo —le dice.

—Te amo —responde y apenas están por besarse, Stin interrumpe:

—Pues los besos podrían dejarse para otro momento, pero felicidades —dice con el semblante duro de siempre.

Se ha cruzado con Tanón en las gradas y ha querido saludarlo, pero aquel había respondido con el sarcasmo que Tanón sabía responder. Desde temprano, Stin acumulaba broncas y el campeonato de Los Azules nada le importaba.

Meme se para frente a él y lo mira desafiante. Le sonríe con sorna:

—Stin, estás despedido. Quítame todo. No me interesa. Ya tengo aquí lo suficiente —dice y la mira a Alina sonriendo—. Me importa una puta madre lo que digas ya. Ya no eres más mi representante y como te atrevas a volver a amenazarme, te denunciaré. Puedes hablar con mi abogado que ya sabe todo. Te he dejado su teléfono en tu mail.

Stin queda pasmado. El Máximo que vislumbra ya no es el niño que a todo decía que sí por llegar a donde sea.

—Maldito ni-

—Maldito, nada. Agradece que tienes puesta esa horrible campera gracias a mí. No tengo nada más que hablar contigo. Ya tengo nueva representante —dice y señala a Alina quien asiente con la cabeza con seguridad y le sonríe.

Ambos se besan.

Stin amenaza una vez más, pero aquellos dos lo ignoran. Las personas alrededor ya han dado cuenta de su mala reputación y lo miran con cierto desdén. Se retira incómodo rechinando los dientes y golpeando bancos.

Horas más tarde, un gran festejo de Los Azules se levanta en los aledaños del Viejo Club. Las bocinas no han parado de sonar. El frío no se ha sentido en ningún momento, la emoción calienta el alma.

Alina y Meme se pierden en la noche sabiendo que han logrado ganar un partido que duró 8 años.

Capítulo 22

2222

El amor sucede

Da vueltas alrededor del limonero, mientras habla por llamada con Maite quien le está contando acerca de sus patines nuevos. Escucharla del otro lado reír es una caricia a su alma. En estas últimas semanas, Alina ha planeado una escapada a California de tan solo unos pocos días para ver a la niña debutar en la nueva categoría de patinadoras. Meme la mira y disfruta de aquella expresión de felicidad, se apoya en la pared mágica y se reconforta en la brisa cálida que hoy acaricia.

Han pasado apenas dos semanas desde la victoria de Los Azules, pero se siente en el cuerpo como si fuera ayer. Alina corta la llamada y acomoda su espalda que ha podido alivianar de pesos innecesarios sobre la pared mágica y de cara al sol. Detrás de ellos, hay un papel, un deseo que han sabido escribir años atrás, y que ahora los encuentra juntos y tomados de la mano.

Katina espía perspicaz y lanza un alarido:

—¡Empalagosos! —exclama y se escurre en una carcajada.

La tarde deslumbra. Hay aroma a fresas, a sol tibio, a un lugar conocido y confortable.

—Entonces... —dice Meme, quien se ha estado pellizcando por si acaso todo lo vivido últimamente fuera un sueño.

—Entonces, sí. Acepto —responde Alina, y Meme se despega de la pared de inmediato.

—¿Me hablas en serio? —pregunta y Alina hace un gesto de burla.

—Te hablo en serio, hombre. A España —le dice y él sonríe.

—A España —responde y la toma de la cintura hacia lo alto y dando vueltas.

El festejo hace ruido y Luz Luciérnaga, que ha sabido manejar la agenda de Alina, se asoma interrumpiendo:

—Alinaaaaaaaaaa —grita—. ¿Tú no tienes que ir a dar clases hoy? —le dice, y aquella se da cuenta de lo embobada que ha estado últimamente.

Se desliza de Meme, acomoda su ropa ligeramente, y se dispone a buscar su mochila y sus patines rápidamente.

—Voy contigo —dice Meme siguiéndola por detrás.

Minutos más tarde, el Viejo Club los recibe con una estrella más.

Atraviesan la puerta azul del Gran Salón. A pesar de haber arribado a las apuradas, solo ha llegado una niña que aún reniega con sus patines en las gradas. Alina la saluda cálidamente y se acomoda a pocos metros para calzarse los suyos. Hoy se ha dispuesto a usar los que alguna vez Jija sacó por debajo de la mesa azul marino. Meme a su lado le revuelve un cordón, ella lo codea. Lo toma de la cara, lo besa en la boca. «Vuelvo en minutos», le dice guiñando un ojo y

moviendo su trasero frente a él, lo que causa una carcajada en aquel.

Se lanza a la pista y los años nunca pasan cuando la pasión ancla fuerte. Desliza lenta y sutilmente; su tobillo ha sabido luchar contra tempestades, pero puede superar su marca y lo sabe. Toma velocidad, da un giro, se abre en una curva, da un pequeño salto, resuelve en un trompo. La música suena y sabe su ayudante que cuando Alina toca el Gran Salón, Nina Simone ha de presentarse. Suena “Black is the color” y se deja llevar por aquella sutileza que ornamenta con sus manos perfectas. Respira libertad, baja la velocidad bordeando la valla. Gira sobre su eje justo frente a Meme y clava el freno allí mismo dando su pequeña demostración de poder. Lo mira y sonríe, él le devuelve la gracia y habla primero, como siempre ha sabido hacer:

—¡Wow, fue como si te llevaran ángeles!

Exclama y le acaricia la cabeza sabiendo que el amor ha sabido atravesar tiempos, tristezas sólidas, distancias. Sonríen ambos sabiendo que esta es la historia de la espera más larga de sus días. Se miran y no pueden dejar de hacerlo, alguna vez tuvieron solo eso y a eso se aferraron. Se miran y saben que lo que es para ti, te encuentra, te busca, te revolea, te toma y te enciende años después para demostrarte que valió la pena, que todo está finamente conectado, que al final... al final eran tan solo magia.

Índice

Prólogo Pág. 13
Capítulo 1 Pág. 23
Capítulo 2 Pág. 27
Capítulo 3 Pág. 33
Capítulo 4 Pág. 39
Capítulo 5 Pág. 45
Capítulo 6 Pág. 51
Capítulo 7 Pág. 57
Capítulo 8 Pág. 63
Capítulo 9 Pág. 71
Capítulo 10 Pág. 77
Capítulo 12 Pág. 97
Capítulo 13 Pág. 101
Capítulo 14 Pág. 109
Capítulo 15 Pág. 119
Capítulo 16 Pág. 125
Capítulo 17 Pág. 131
Capítulo 18 Pág. 137
Capítulo 19 Pág. 147
Capítulo 20 Pág. 159
Capítulo 21 Pág. 165
Capítulo 22 Pág. 169

Dale
la oportunidad
a un novel

Conocé más sobre esta obra en
www.tintalibre.com.ar
o escaneando el código.

RESEÑAS
FRAGMENTOS
BIOGRAFÍA
SINOPSIS
COMENTARIOS
EBOOK DISPONIBLE

Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2024
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899

(tinta libre)
ediciones

Table of Contents

Prólogo
Al final éramos magia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Índice